2ª Edición

MEGADIOS

Todo un suceso literario,
un placer para el lector.

Germán
Camacho López



Nueva Literatura Latinoamericana siglo XXI

Germán Camacho López

NUEVA LITERATURA LATINOAMÉRICANA
SIGLO XXI

NUEVA LITERATURA LATINOAMÉRICANA
SIGLO XXI

Germán
Camacho López

MegaDios

Colombia

2011

MEGADIOS

NUEVA LITERATURA LATINOAMÉRICANA SIGLO XXI

Germán Camacho López

MEGADIOS

Título original: ***MEGADIOS***
Idioma: Castellano
1ª edición: Julio 2011

Bogotá, Colombia

La hoy república de Colombia, fue parte de la ultima unidad de países suramericanos conocida como la gran Colombia. Conformada por el entonces, Virreinato de la nueva Granada, Capitanía de Venezuela, Presidencia de Quito; unión frustrada a inicios de 1830. Desde entonces cada uno de los países que la integró ha luchado por fortalecer su democracia, edificada sobre los principios de la hermandad y la igualdad. No obstante, mucha sangre ha corrido bajo el designio de la corrupción, el sometimiento, y los criterios políticos que siempre afectan a una nación. El recuerdo de este vínculo original perdura sostenido por la imagen visible en cada plaza de un héroe ancestral: Simón Bolívar, el libertador. Imagen manipulada al antojo y conveniencia de los gobernantes de turno.

Colombia no es el resultado de una construcción social ideal, ni mucho menos el sueño de estado, que reposa en el ideario de ciudadanos humildes que luchan por sobrevivir; es simplemente la elaboración de un concepto,

un ideal, un algo abstracto que revive cada mañana, tan enfermo y tan sano como puede ser.

La vida es una tienda de sueños

PREFACIO

Un par de años antes había arribado proveniente de Alemania, la misma tierra de Albert Einstein, un alemán cuya estatura rayaba en los dos metros. Su particular aspecto lo diferenciaba del resto de vecinos del pequeño poblado rural, próximo a la capital de la república; situado en la zona de la altiplanicie cundiboyacense, que es un conjunto de tierras empinadas y planas enclavadas en la cordillera de los Andes Colombianos. Antiguamente fue este el territorio de los muiscas, también llamados chibchas, hoy la mayoría de los habitantes son el resultado del mestizaje de esa tribu con los colonizadores españoles.

I

El alemán era rubio como el sol, y sus ojos marrón oscuro disímiles de los verdes o azules, que uno esperaría acertar en un teutón, parecían no combinar con su fisonomía. Las cejas eran prolongadas, finas, casi unidas en el ceño, la contextura atlética y la piel muy nívea.

Este teutón había ingresado al país y por alguna razón, se había establecido en aquella circunscrita localidad de escasos dos mil habitantes; equipado tan solo con un par de maletas. Algunos afirmaban que tan solo al ver aquel paisaje, se había enamorado de aquella tierra y la nostalgia de abandonar tan pletórico lugar, le reprimía del regreso a su nación. Por supuesto, para cualquiera podría resultar una insensatez, al sopesar las condiciones que distanciaban a los dos países: una Alemania prospera que había superado los antecedentes de un pasado doloroso, con una economía creciente y una notabilidad innegable,

en lo que era para entonces la unión europea; la otra cara de la moneda la exhibía un país que por su geografía, paisajes, calidez humana, y ubicación privilegiada dentro de la masa continental, estaría llamada a ser una nación pujante. Sin embargo, lo que debe ser no siempre es y Colombia no era más que una parodia de estado, sumido en la corrupción, el terrorismo y la falta de oportunidades para sus habitantes; con todo y eso, propios y extraños caían rendidos ante su magia, poco importaba la inestabilidad social y política, la apatía de la clase burguesa, la de los propios ciudadanos de a pie. Empero, todo esto se evaporaba tan solo descargar la mirada, sobre el esplendor de sus playas bañadas por dos mares, montañas de diversidad única, bosques y selvas por doquier. Reflexionado esto resultaría fácil intuir que el alemán, había acertado una perfección desigual de la que ofrecía su heredad, pero incuestionable desde todo punto. Más otras razones podría albergar su corazón, cuestiones que solo él

conocía, asuntos cuyo velo oculto revelaría el inexpugnable tiempo.

Cada mañana se podía ver a Hans Bermer, atravesando el suelo terroso bañado de sueños campesinos, en procura del parque central. A pesar del tiempo que llevaba entre ellos, aun resultaba curioso para muchos advertir su presencia, que se descubría con los primeros rayos del amanecer. Proyectando su efigie en el pardo que formaba el camino; vestido con una sudadera que incluso siendo la talla más grande del almacén a él parecía quedarle pequeña. Cada mañana, el alemán, repetía esa rutina hasta la extenuación, abatiendo los kilómetros que distanciaban su vivienda en las afueras del pueblo, del parque central enclavado al norte, entre arboles de acacia. Allí prolongaba por unos minutos más el ejercicio gimnástico.

De otro lado, y no pretendo con esto resultar porfiado, genera en mí curiosidad las razones por las

cuales un ciudadano alemán, deja de lado la tecnología, comodidades, adelantos y oportunidades de su propio país; para internarse en medio de la nada. En un lugar extraído del mundo de la fábula, donde el sol llega con voluntad etérea y animo abreviado, tan solo por ser su deber; un lugar de utopías donde el transcurrir apacible de la vida, motiva que el más irrelevante suceso sea noticia de primera plana. De ahí que para algunos obreros que se disponían a su labor, muy temprano en la mañana, resultara un entretenido espectáculo observar al rubio gigante, haciendo gala de su resistencia física hasta el desfallecimiento. A lo mejor verlo colapsar habría ocasionado tal conmoción, semejante a la de un ciclópeo edificio derrumbándose.

Por su semblante se diría que Bermer, no sobrepasaba la línea de los treinta años. Del peculio que sostenía su supervivencia poco se sabía, empero, dos meses antes había iniciado labores como docente de educación física, en la única escuela del pueblo; cuyo nombre y lema revelaban más allá de su pobre

realidad, una expectativa de futuro <escuela nuestra señora de la esperanza, edificando el mañana>

Esta se erigía en el flanco izquierdo de aquel alargado terruño, transversal al parque principal; donde se elevaban sus blanquecinos muros, coronados con el oxidado alambre de púas, que prevenía el ingreso de malhechores al claustro educativo. Aunque en honor a la verdad, tal vez aquella comarca nunca había padecido dicho azote, a menos que se tenga como tal, a un añejo habitante de nombre Adanis, de quien resultaría arduo delimitar su condición de ladrón o tonto del pueblo; y a quien probablemente, su carácter menesteroso le había valido la desconfianza justificada o no de algunos lugareños.

Lo cierto es que hace ya varios años este hombre de baja estatura, infrecuentes ojos azules adornados por gruesas cejas onduladas; heredados probablemente de alguno de sus desconocidos progenitores, huérfano desde siempre. Había dejado una polvareda tras de sí, escapando del acoso de las vecinas, que armadas con

escobas de paja lo persiguieran hasta la salida del pueblo, bajo la grave imputación del robo de un par de gallinas viejas. Desde aquel día, jamás regresó al sitio que fuera morada de sus aparentes fechorías, insignificantes estas, en parangón a las de los ilustres doctores que detentan el poder y establecen las leyes que rigen a las naciones.

Más no nos extraviemos del tema, y retomemos la incógnita que nos trae a esta dilucidación. Del alemán o su familia poco o nada se sabía, y claro por su propia boca mucho menos; siendo este un vecino bastante escaso de palabras, no por desconocimiento del lenguaje castellano, sino por ser ese su carácter. Al ver al germano inmóvil y distraído en la profundidad de sus reflexiones, era inevitable que dominaran la memoria, las iconografías de aquellas antiguas esculturas griegas; talladas por la exquisitez de manos instruidas en el fino arte de dar vitalidad a la roca. En contrapartida a su recia envoltura y escases verbal, sus buenas maneras y don de colaboración eran

incuestionables; siempre comedido y solidario para con sus alumnos, quienes extenuados en el arduo oficio de la gimnasia, seguían atentos bajo el inflexible vapuleo del refulgente sol, cada indicación venida de la voz del enorme instructor; hospedados sobre el asfalto de la cancha de baloncesto, que cumplía también las veces de pista de atletismo y cartabón de microfútbol.

Probablemente la única hermandad que unía aquel estoico pueblecito, con la plétora de las estupendas urbes alemanas, era el saludo vehemente del caluroso sol en las mañanas; esas mismas en las cuales Hans Bermer, paseaba a un enorme rottweiler a quien llamaba Hund, quien en aspecto y tamaño en nada divergía de su particular amo. Incluso en el carácter apacible le semejaba, mas no por ello soslayaba el aturdimiento y pasos apurados de aquellos que de topetazo, se acertaban con su mirada de cachorro inocente; luciendo la lengua babosa que obraba el

ejercicio de la correría, máxime cuando juguetón pretendía lanzarse sobre ellos.

Acertado resulta concluir que tal vez el teutón, al igual que la mayoría de vecinos, simplemente inhalaba gustoso el aroma de herbaje, tierra y simplicidad que brotaba de aquel suelo; que seguramente, un viajero como él se regocijaba del tiempo inconcluso, que abrazaba aquel terrón de patria, una que no era la suya pero sentía propia. Pese a que, sobre seguro un día partiría de la misma forma como había llegado, cuando el bastonazo de la nostalgia le removiera en la mente el recuerdo de sus raíces; las que jamás logran dejarse atrás, aun habiendo atravesado mares y cielos y conocido miles de historias.

Además, como resultado del supuesto más que por propia definición del alemán, algunos decían que este había visitado múltiples lugares alrededor del mundo y entrado en contacto con disímiles y originales culturas, empero, el bálsamo mágico que arropaba aquel lugar lo había cautivado. Y estoy convencido que

así tendría que ser, pocas dudas tengo de ello. Lo que si era tácito respecto de Hans, era que antes en su tierra natal, había sido también instructor gimnástico, pero concerniente a sus parientes o conexos emanaba un arcano que velaba dicha inquisición.

II

La aurora despertó sin el beso cálido del sol sobre su frente. Quizás el astro rey espoleaba distraído otros rincones del planeta, sin encomendar a su memoria celeste, el minúsculo retazo de tierra que se erigía cerca de la capital Colombiana, o a lo mejor, el agotamiento de su diaria labor le consintió esa mañana una traviesa licencia, como inocente broma jugada a los vecinos del pueblo.

Despuntaban las seis de la mañana, sin embargo, la cerrazón que se erigía apenas si permitía que se esbozaran difusas siluetas en las calles; y sobre el cielo

fuliginoso un minúsculo resplandor anunciaba la llegada del astro rey, el cual, aunque tarde jamás evadiría su convenio de brindar calor a esas almas humildes.

Aun en tal lobreguez conseguía distinguirse a lo lejos la inconfundible silueta de Hans Bermer, el alemán, acompañado por su perro Hund; cumpliendo acucioso su matutina labor gimnastica, mientras era espiado por los ojos tonalidad caramelo de una hermosa jovencita, quien a la distancia le hizo una seña con la mano, en indicación de saludo y también como solicitud de espera. Se trataba de Dery, una adolescente aleccionándose en las primeras semanas de su vida adulta, quien por habito tenia ser una de las primeras en llegar al colegio y en ocasiones al cruzar el parque, tropezaba con Hans; el cual llegaba un poco más tarde a dictar sus clases de instrucción física, en la misma institución. El alemán pareció no verla y continuó inmerso en sus asuntos, entretanto ella se aproximó para reiterar el saludo.

Ya estando al interior de la glorieta que formaban los muros y sillas de concreto del parque central, Hans, distinguió desde su posición las formas femíneas que se allegaban y se incorporó para dar la bienvenida a la recién llegada; entretanto, tomaba una botella de agua dando un profundo sorbo de esta, seguido secó su rostro con una pequeña toalla, que en sus manos lucia todavía más diminuta; la cual descargó al instante sobre el respaldo de una de las bancas color verde.

—¡Hola Profe…!—Saludó ella reverencialmente—

—Que tal Dery—Respondió él, con un apreciable acento cargado en su entonación, aunque en un perfecto español.

E igualmente Hund, el enorme rottweiler, pareció querer unirse al parloteo; corriendo alegre por los recovecos del parque, meneando la cola, saltando en medio de su amo y la allegada visita, ladrando y dando muestras de fortaleza física acorde a la de su dueño.

El alemán se excusó con Dery, y le pidió que le esperase un instante mientras culminaba su estricta rutina, por su parte, ella se entretuvo acariciando el suave pelaje del gigantesco can y viendo como la musculación de los brazos fuertes de su institutor, resplandecía con la caricia del sol que finalmente, los honraba con su presencia.

Cuando el atleta dio por finiquitada su práctica, giró para ver a Dery, ensimismada en sus divagaciones sobre los asuntos de la vida adulta, que iniciaba a despuntar en ella, probablemente, quehaceres pendientes o la exigua motivación académica que suele acompañar a los pregraduados en el último año escolar. Hans, secó una vez más las gotas de sudor que se deslizaban por su rostro y se sentó junto a ella en la despintada banca de concreto; mientras Hund, agitaba la cola en la expectativa de una caricia. Y entonces hablaron mientras dejaban perder la mirada, en las efigies de una veintena de personas que a esa hora, seis y treinta de la mañana, cruzaban en una romería la

avenida principal, adyacente al oasis verde que los cobijaba.

El espontáneo dúo habló sobre dispares temas como la escuela, la familia, los sueños, las expectativas, esto y aquello; pasaron luego la mayor parte del tiempo, departiendo sobre las cincuenta razones por las cuales el aprendizaje, es el más importante legado de los padres a los hijos. Si bien, resultaba también innegable en un país como ese, la constante queja por la falta de oportunidades para los jóvenes que iniciaban su vida laboral. Una amena plática que se atizó sobre los minutos, hasta franquear en dirección de cuestiones más apreciables, filosóficas y profundas, con matices estimablemente místicos; sobre los cuales cada uno proponía su punto de vista.

—Profesor —indagó ella— dígame su apreciación en relación con esto ¿Cuál es el beneficio según su opinión de acumular una gran fortuna?—

—Bueno, antes de responder tu pregunta quisiera pedirte algo—dijo él esbozando una sonrisa—puedes

llamarme Hans, y dirigirte a mí con la simplicidad que lo haces con tus otros amigos—

—Claro Prof…—asentó ella ruborizándose al instante su níveo rostro—perdón…Hans—

—Así está mejor—observó él—respecto de tu pregunta, en mi opinión la fortuna económica, que entiendo es a lo que nos referimos aquí, y lo que expresaré a continuación es algo de lo que tal vez, algunas personas no estén muy convencidas y otras incluso otorguen un axiomático matiz religioso a esta cuestión; diré que si alguien posee el beneficio de un considerable acrecentamiento económico y en su corazón no florece la avaricia, puede gracias a ello favorecer ampliamente a su comunidad; bien sea por convicción social, por aliviar un indeliberado sentimiento de culpa que le embarga, o si su naturaleza es religiosa, puramente en la intención de no ofender a Dios—

—Pero ¿acaso no indican las escrituras que difícilmente logra entrar un rico al reino del cielo,

siendo más fácil pasar un camello por el ojo de una aguja? Esto según he leído—espetó Dery.

—Claro que sí y hallarás sentido en esto, al observar como el avaro que adolece de conciencia, de religión o empatía; impone a su razonar la constante esperanza de ser redimido por la gracia del dinero, sea cual fuere su circunstancia y tal necedad es equivalente a la del mercader, quien ha colmado con excesivas mercaderías a su camello, y pretende con este atravesar el ojo de la aguja o puerta de ingreso a la ciudad, en los pueblos de la antigüedad; por supuesto, que le vendrá inútil todo esfuerzo para lograrlo y forzosamente deberá aligerar su carga.

—Ahora comprendo y creo estar de acuerdo contigo Hans—afirmó ella— Pero podría decirse que esto de lo que hablamos es aplicable también a la religión o la filosofía, y de esta forma las personas se pueden ver tentadas a simplificar los conceptos y creencias. Por ejemplo: ¿Podríamos decir que todo se reduce al bien y el mal? virtualmente dar al necesitado

de las plétoras que nos honran y pedir a Dios, cuando la escases, agobia. Pero razono entonces que para algunos la imagen de un ser superior, básicamente surgiría cuando es prelación exhortarle o corresponder su gracia y no en cada naturalidad cotidiana.

Y Pongo otro ejemplo: Una persona que acude a la misericordia de Dios, cuando aqueja la crisis, transcurrido el tiempo establece un negocio y obtiene de su labor generosas utilidades; en su dogma agradece a Dios. Pero ¿acaso antes al estar en dificultad, fue ese el apremio que lo avecinó a su divinidad? a ciencia cierta no. Sin embargo, pareciera que para algunas personas, Dios, está solo cuando se pide y llega la bonanza y una vez instituida, solo queda el insuficientemente obrar que controla sus actos. ¿Pero finalmente, cual es el proceder de Dios? ¿Cómo actúa? ¿Cuál es su rasero para medir los actos de los hombres sean estos justos o no?

—Entiendo el contenido de tu reflexión y debo decir que resultaría arduo particularizar o descifrar a Dios,

desde la óptica humana; por lo tanto, debemos partir de una premisa y es ella la libre potestad que ha sido conferida al ser humano, instituida en el imperio de su propio razonar. Empero, Dios, sigue como un apegado guía, cada uno de nuestros pasos, aun cuando no podamos notar su presencia física. Y como parte integral de él y de su energía incorruptible, recibimos señales, enseñanzas, sucesos; que en esa misma libertad de elección que nos rige tomamos o desestimamos por propia voluntad—afirmó Hans.

—Pero relacionado a mi pregunta: de alguna manera Dios, tomaría partido en la calamidad para socorrer al necesitado y en la abundancia tocaría el corazón para hacerlo bondadoso—indagó Dery.

—Justamente, gracias a ese vinculo activo que une al hombre con Dios—dijo Bermer— y al albedrío concedido, es como este toma decisiones en un camino de dos senderos; esto comúnmente es dilucidado como: solidaridad, empatía, afecto, esperanza que acrecienta la energía fructuosa que cada uno alberga.

Del otro lado de la moneda están la avaricia, la negligencia, la pereza, el temor y demás que aminoran esa energía, por tanto no es Dios, quien decide por el hombre, sino que es él mismo quien decide en su autonomía—

—Juzgo en tu discernir que cualquier acto sea bondadoso o egoísta, parte de la propia voluntad y desde ella afecta no solo nuestra realidad, sino también la de aquellos que nos rodean. Y por tanto la religión viene a ser más compleja y no consiste en hechos sino en la fe, que viene a obrar como la convicción de que ese albedrío, que nos permite conducirnos según sintamos, está presente como un derecho inalienable y aun consultando a Dios, en cada instante, tendremos siempre su consejo; mas al final será nuestra voluntad la que decida.

—Es cierto —dijo el alemán interrumpiendo la reflexión de la muchacha—así hemos de dar el debido crédito a Jesús, quien a través de sus enseñanzas y con el sacrificio de su propio ser; condescendió al hombre

su real relevancia dentro del orden universal, uno al cual toda criatura viva pertenece, como parte integral de un todo. De la misma forma nos enseño que es el ser humano una fuerza activa capaz de afectar todo aquello que le rodea.

III

Para Dery, resultaba inevitable sentir curiosidad por las respuestas del alemán. Su semblante así lo denotaba y con la sentencia de cada incógnita, nacía de inmediato un nuevo interrogante, el cual quería despejar en ese solícito instante que afablemente le brindaba Hans, y seguramente, al verlo tan enorme y apacible al mismo tiempo, percibía en él los modales y erudiciones de un hombre que conocía el mundo, múltiples culturas y diversas clases de personas; tal vez por ello se aferraba a las respuestas venidas de los labios de aquel, sin ocuparse del tiempo o de lo

inoportuna de su indagación. Por otra parte el rubio alemán no daba muestras de sentirse incomodo en su presencia, por el contrario parecía recrearse en la charla y fascinarse con el tema al igual que la joven.

La sucesión de consultas y respuestas perduró varios minutos más, sonrisas fueron y vinieron bajo el cálido abrigo de las acacias reverdecidas. La curiosidad de Dery, no acertaba colofón, preguntando entonces al alemán cuantos años contaba, y la respuesta de este no pudo resultarle más donosa, cuando con rostro circunspecto respondió que había nacido hace mucho, más de quince mil millones de años antes, según dijo y que cada tanto los componentes de su ser se reunían formando a personas como Hans, u otros seres vivos. Así halló Dery, en su profesor de educación física, una simpatía que no conocía hasta esa mañana en la cual el sol, había retrasado su naciente. Y disfrutó superlativamente esa compañía, acertando en las inesperadas deliberaciones su propia forma de pensar;

olvidando por completo que las manecillas del reloj jamás se detienen, incluso, cuando la ocasión es destacada y revisando la hora se percató que iba demorada para la primera clase; entonces a toda prisa tomó de la banca del parque su morral estudiantil y se despidió con un estrechón de mano de su cordial institutor.

—Profe…perdón Hans, debo irme—dijo poniéndose de pie—pero me gustaría mucho continuar con nuestra conversación y te agradezco claro por el grato momento—finalizó, dejando relucir el albo de sus pequeños dientes al sonreír.

—Soy yo quien te agradece Dery—respondió Bermer—ahora ve a tus clases, no sea que por mi culpa consigas una mala calificación…ya nos veremos en la clase de gimnasia.

Dery, acarició el pelaje de Hund, y atravesó el parque en dirección al colegio, entretanto Hans, se incorporó también tomando su toalla y la botella de

agua, para luego asir por la correa a su rottweiler color azabache.

La realidad cotidiana del aula estudiantil recibió a la jovencita, llevando su mochila atiborrada de vívidos sueños; ya dispuesta en el escritorio de madera por el que otras vidas y otros sueños habían pasado dejando su marca, inició la clase de matemáticas; números, signos y semblantes histéricos. Entretanto, el discernimiento de Dery, viajaba por otras latitudes que se hacían tardías entre cifras, y anhelante aguardaba el momento en que el reloj señalara las once de la mañana o lo que era lo mismo el inicio de la clase de gimnasia.

Finalmente, la mañana fue sucumbiendo, cincuenta y seis minutos la separaban de las doce del mediodía; aunque la proclama del conclusivo de matemáticas no llegaba, de modo que sin esperar aviso uno a uno los jóvenes, con el cerebro abreviado por el estacazo de los números se distendieron en sus puestos y seguido como un resorte se alzaron de ellos; claramente

optaban el agotamiento físico, en sustitución de la extenuación mental. Basto con este franco acto para que la maestra entendiera palmariamente, la señal, deseándoles un feliz resto de tarde. Así tras ella avanzaron todos en una ruta común que se bifurcó en el quicio de la puerta; la educadora avanzó rumbo al salón de docentes y los colegiales en sentido inverso hacia la cancha de baloncesto.

Al llegar a la plazoleta donde se erigían las mástiles de metal, que con sus aros y lonas acopladas sobre el encumbrado tablero blanco, formaban las porterías, ya los esperaba Bermer; quien luego de saludar, sin mayor pausa expuso la rutina del día: quince vueltas alrededor de la cancha de asfalto, seguido una ronda de flexiones, luego sentadillas, de nuevo mas flexiones; todo esto bajo la socarrona caricia del intenso sol. Pero mientras a muchos le resultaba antipático el inflexible instructor, Dery, ese mediodía prestaba toda atención, aguardando tan solo el instante en que el triple sonido metálico de la vieja campana, anunciara el final de la

clase y así aproximarse a él para concertar el momento oportuno de proseguir la interrumpida charla.

La señal anhelada llegó. La jornada matutina había concluido, los estudiantes se avivaron en despedirse, apresurándose hacia las gavetas por sus mochilas. Por su parte Dery, luego de tomar su talega, aguardó paciente un virtual acercamiento de su maestro, el cual nunca se dio; por tanto debió tomar ella la iniciativa allegándose hacia él, con la única excusa que cruzó su mente en ese momento.

—Que tal profe…estuvo agotadora la clase, aún más por el intenso calor—

—Hans, simplemente la observó sonriendo y asentando con la cabeza, mientras tomaba su maletín y lo guindaba sobre su hombro—

No obstante, la jovencita persistió avanzando tras él, quien se adelantaba rumbo a la salida.

—Hans, no quisiera resultar inoportuna, pero la conversación de esta mañana me resultó indudablemente interesante. Sabes… no siempre nos

topamos con personas que den verdadero valor a estos temas—

—El alemán observó el rostro iluminado por la expectación de la jovencita parada frente a él y sonriendo consultó ¿En dónde vives?—

—Vivo en la parte alta, en las casas próximas al cerro de la Santa Congregación—indicó ella—a unas tres cuadras de tu domicilio.

—Hans, concibió que su alumna procuraba de él, tan solos unos minutos para departir sobre aquellos temas, que no tenían cabida en la mente adolescente de sus compañeros de clases y era esa la razón por la cual se allegaba a él. Por tanto, al no tener vehículo y siendo corta la distancia que los separaba de su destino, estaría bien caminar sirviendo de compañía el uno al otro; de tal modo que marcharon por el sendero terroso que se extendía ante ellos, retomando la disertación que quedara inconclusa esa misma mañana.

La sorpresa florecía en la juvenil mente de la muchacha, quien hasta ese día había tenido un concepto diferente en relación con su educador; sin imaginarlo se descubría ante ella un hombre de creencias o tratados filosóficos, y su remembranza se retrotraía, al paraje en el cual la conversación había sido interrumpida, de tal modo que evitando omitir o redundar sobre temas que ya se hubiesen elucidado, prosiguió:

—Dime entonces Hans—dijo—, ¿Cuál es tu opinión sobre el acceso a la información, sea esta buena o mala, llámese religión, noticias, política, filosofía o cualquier otra y de qué forma puede llegar a afectar las relación entre las personas?

—Pues diría que es justo —contesto él— señalar que la información aun siendo un derecho de toda persona, azarosamente ha terminado por caer en manos equivocadas y como una mercadería quedar reservada a quien puede pagar su costo, esto claro la reviste de la manipulación en pro del beneficio de unos cuantos—

—Siendo así—observó ella—¿Podríamos decir que herramientas de comunicación tan importantes como el internet, la radio o la televisión sustentan tan solo una fracción mínima de los conocimientos?

—Sin duda—asentó Bermer—asimismo, solo aquella tendiente a mantener el equilibrio establecido por los intereses particulares y no generales, y según el juicio de quienes la vigilan esta información, debe ser de fácil discernimiento para las personas del común; por supuesto, algunos animosos se aficionan por revelar lo que llamaríamos verdad ¿pero finalmente, que es la verdad? Si cada óptica es diferente. De cualquier modo, incluso herramientas tecnológicas como internet, son sin más, una visión sesgada del mundo que nos rodea y dentro de ella afloran intereses particulares—

—Pero inclusive con semejante control el mundo resulta cada vez más caótico, entonces podemos decir qué… ¿Las crisis las ocasionamos nosotros por nuestra propia cuenta, producto de toda esa información

confusa y de la falta de interés al profundizar en temas que nos generan incertidumbre?

— ¿Y qué otra cosa podríamos pensar? —dijo él— Cuando este cultivo de confusión, que de manera consciente o no terminamos por infundir unos a otros, no viene más que a agravar la contrariedad de un mundo, socialmente sostenido por múltiples y modificadas creencias; cuyo origen en algunos casos desconocemos, pero por alguna razón aceptamos dócilmente sin ahondar en su naturaleza. Convendría evidentemente, entender el verdadero rol de la humanidad, su relevancia en el orden universal y la importancia de cada individuo dentro de ese todo.

— ¿Pero cómo poder controlar o cuando menos entender estos factores, que provienen de diferentes fuentes y sobre los cuales pareciéramos no tener ningún dominio?—

—Desde tiempo atrás la asociación entre poder, dominio y ambición; ha motivado que se forme un enjambre de datos, que se filtran a través de los medios

de comunicación masivos. Hoy tenemos televisión, radio, magazines, internet y demás; gran parte de esta información adolece de relevancia y su objetivo primordial no es otro que entretener y en otros casos desviar la atención sobre aspectos más sensibles. Cuando una persona es sometida tenazmente a esta forma de comunicación, disipa su capacidad de deliberar sobre aquello que le rodea; se ensimisma y adapta. Es esta una decisión voluntaria, como un adicto que opta tomar una droga que le genera gratificación, excusando el daño que ocasiona a su organismo—

—Resulta inquietante lo que devela tu observación—expresó Dery— al ser apreciable como el poder económico, busca asiduamente controlar esos medios de comunicación, y sus grandes inversiones siempre tienden a atesorar ese acceso a la información—y continuó—a veces las personas son como aquellos zombis de las producciones de cine, deambulando por el mundo sin voluntad propia;

mucho menos entendiendo, como tú dices, su verdadero poder—

—Azarosamente ocurre de esa forma—observó Hans—y sin pretenderlo, las personas condenan a su propia progenie a un futuro incierto, y es la sociedad quien debe despertar al cambio y tomar una postura resuelta sobre su destino y articulación dentro del plan universal—

—No tengo duda que así debe ser—asentó Dery—pero ahora cuéntame, si no resulto entremetida, acerca de ti.

—¿Y qué quieres saber de mi?—sonrió el alemán.

—Bueno, te diré la verdad. Antes de este día te tenia por una persona muy callada e incluso huraña, pero ahora que te he empezado a conocer, siento que tus ideas son acordes a mi propia manera de ver el mundo y me gustaría que este fuera el inicio de una buena amistad—dijo Dery, ruborizándose con evidente timidez.

IV

Las posteriores líneas de la conversación, se trazaron sobre diversos aspectos familiares; la niñez de cada uno, gustos, aficiones y expectativas. Bermer, relató a la joven como teniendo tan solo catorce años de edad, su padre había muerto dejando a la viuda con él, quien era su único hijo. También la difícil situación que afrontaba su nación fraccionada en dos repúblicas, como consecuencia de los estragos derivados de la segunda guerra mundial. Además, de las dificultades económicas que afectaron a parte de la población durante la década de los setenta´s y ochenta´s. Razón que lo había empujado a iniciar su vida laboral a temprana edad, en tareas que requerían de gran desgaste corporal, lo cual impulsaría finalmente, el desarrollo de su contextura física.

Poco después, según relató Bermer, la madre también había fallecido; privándole así de la única

familia con la cual contaba, dejándole desolado y viviendo en una vieja pensión, subsistiendo con los exiguos ingresos que generaba su labor.

Esta situación había suscitado en él, un desapego de aquellas condiciones que le rodeaban y sintiéndose cada vez mas ajeno de aquellas urbes, por las cuales lo conducían sus pasos; había optado mirar hacia otros horizontes y tomar la ruta de la migración, que lo llevaría a conocer el mundo, diversas culturas, y personas valiosas; de cualquier manera, su amada Alemania, siempre tendría un lugar privilegiado en su corazón, de la misma forma que lo tenían aquellos a quienes conocía y desinteresadamente le brindaban su amistad, consejo y apoyo.

Ante estas palabras Dery, se apenó al conocer su historia, pero al mismo tiempo sonrió sintiendo que también ella, a partir de ese momento entraría a formar parte de aquel mundo fantástico, que albergaba la mente del alemán; el viajero que dos años antes llegara

a ese minúsculo pueblo, donde había permanecido más tiempo que el cualquier otro lugar.

Así continuó la conversación, mientras el sol, la distancia y los minutos eran benévolos con ellos; consintiéndoles un espacio para conocerse mejor.

—Bien ¿y cómo saber si nuestros principios y valores son diferentes a los de otros? O Si de alguna manera ¿nuestro carácter alberga un sentido más crítico?—

—Pues si estamos atentos a lo dicho antes —replicó— podríamos entrever que cada quien define los hechos, eventos e información conforme a sus propias vivencias, formación familiar, académica y social; construyendo con ello una iconografía mental acorde a sus propias creencias o provecho. Sin embargo, resulta esencial para el hombre poder discernir, que dicho concepto es una elección propia, libre de engaño y de esa forma asumir que él mismo, ha dado un mal paso o efectuado una valoración desacertada, si fuera el caso. Una vez que ha logrado

esto, su carácter se torna deliberante y sus decisiones son resultado de un consiente razonar—

—Si entiendo lo que dices— indicó Dery—el hombre posee la capacidad cognitiva necesaria, para tomar una postura crítica en relación con los factores externos y propios que afectan su entorno, con todo, el exceso de información falseada a la que se ve expuesto, trastorna su libre decisión; pero aun así conserva en su interior una fuerza que le permite prever la decisión adecuada para cada escenario—

—Así lo considero, no obstante, al conectar con la fuerza universal de la cual proviene, sea a través de la oración, la meditación o la reflexión profunda y sincera; logra un impulso adicional, como si una voz le hablase al oído, reajustando sus valores, principios y vigorizando el concepto que tiene sobre sí mismo— argumentó Hans.

—Espero no abrumarte con estos temas Hans—dijo Dery—pero en ocasiones percibo que la mayoría de eventos vienen a nosotros en una suerte de azar, sin

que podamos ejercer control alguno sobre ellos. Cuando en realidad considero deberíamos ir nosotros en su búsqueda; provocarlos, activarlos y controlarlos. Pero acaso ¿Por qué es así? O ¿de dónde provienen?—

—Mi opinión al respecto—formuló Bermer— es que antes de un hecho cualquiera sea este, se presentan algunos factores como sutiles indicios de ese evento; estos deberían avisarnos, ser la antesala de que algo está pronto a suceder. Cuando la mente está dispuesta, sin las licencias que otorgan la pereza, el temor, el consumismo, la reactividad, el prejuicio; es posible identificar dichas señales, si bien, la ansiedad del día a día, y la dispersión con la que agobiamos nuestros pensamientos, provoca que estos simples detalles resulten imperceptibles y de forma dócil consintamos, que los sucesos vengan a nosotros sin la más mínima previsión; esto es lo que llamamos azar—

— Y aun estando dispuesta la mente para tal nivel de cognición ¿por qué razón en ocasiones

percibimos aquello que denominan deja vu?—interpeló la joven—

— ¿Qué entiendes por deja vu?—dijo él.

—Bueno, en ocasiones me sucede que tengo una vivencia, la cual percibo ya había sucedido con anterioridad; incluso teniendo la certeza de no haber experimentado nada similar en ningún otro momento. Y en ocasiones aunque suene extraño, es como si me encontrara en algún espacio o tiempo diferente, y en ese lugar si lo hubiera vivido—

—Creo que la respuesta podría ser más simple de lo que imaginamos, y estar asociado al funcionamiento de la mente humana y su pericia para acumular múltiple información, una más relevante que otra; la primera vendrá con facilidad al ser requerida, pero los recuerdos que evaluamos intrascendentes, permanecen ahí como registros mentales latentes. De manera que estando en una situación determinada, en la cual armonicen esas diversas memorias; sentiremos de algún modo la

evocación de algo antes sucedido, es decir, toda situación que contenga nueve de diez reminiscencias previas, vendría a apreciarse como un deja vu. Por supuesto, que no pretendo con esto restar relevancia al asunto, ni afirmar que sea de esa manera, meramente, doy una opinión. Si bien, la explicación podría pasar por cualquier otra latitud espinosa para nuestro entendimiento—contesto él.

—Me resulta sugestivo tu planteamiento, y me lleva a pensar que en ocasiones aplicamos excesivo misticismo, sobre temas que pueden tener ilustraciones bastantes simples—avaló ella y continuó—pero dime concerniente a la religión, y demás temas que tratamos antes ¿cómo crees que influyen estas creencias la cotidianidad de las personas?—

—A mi modo de ver la religión, la filosofía y el misticismo son innatas en el hombre desde sus propios inicios y se originan en su destreza para cuestionar su entorno y modificarlo para su

beneficio; de ese carácter derivan las religiones, como dije antes, para servir de paliativo en los momentos de crisis y vivificante anímico cuando se requiere tomar decisiones. Pero también de alguna forma esas creencias evolucionan con la humanidad, se desarrollan y adaptan al cambio de los tiempos; tornándose dúctiles y de fácil traspaso, y es que aun con el ritmo de vida actual la religión sigue siendo parte integral de la sociedad. El hombre necesita creer, porque es este el lazo que lo une con su naturaleza universal, e impide que dé por sentado todos los acontecimientos que sobrevienen a su alrededor—Explicó Hans.

—Entonces la religión vendría a ser una suerte de revitalizante armónico ¿pero cuál es su beneficio practico?—indagó Dery.

—Su esencia misma es la construcción. De igual forma que fabricamos un vehículo para transportarnos, la religión es el bastimento que consiente una filiación entre las personas, es como mirarse en un espejo y

saber que quien está frente a ti, se aviene a tus ideas y por lo tanto resulta confiable. A su vez esta tendencia a creer, fortalece el vínculo con la energía esencial del universo, de la cual todo ser forma parte. Incluso, sin pretender acometer una odiosa comparación, en la guerra y toda su capacidad destructiva que genera ciclópeas distancias y fracturas en una sociedad; resulta innegable que al final, ella misma fortifica y apega a los ciudadanos en la búsqueda conjunta de la paz. De la misma forma aún cuando concebimos diferencias y en algunos casos conflicto religiosos, las disparejas doctrinas meramente, demuestran que la humanidad entera tiene conciencia de una fuerza superior; aunque a veces le resulte espinoso su entendimiento—respondió él.

—Y ¿existe un alma que da vida a nuestros cuerpos?—

—Sabemos que tanto energía como materia tuvieron un origen universal, la ciencia lo llama big bang, los diversos dogmas lo consideran creacionismo; en

ambos casos como mencioné energía y materia están provistas de un vínculo. Por tanto es irrefutable que dentro de cada ser vivo, palpita una frecuencia energética que ha sido infundida desde el origen mismo de todo, la cual se manifiesta en un universo rebosante de vitalidad.

—Pero ¿Cual piensas que fue el principio de todo? ¿Crees que sea como lo expresa la ciencia y sus complejas teorías? O acaso ¿la razón está del lado de las creencias religiosas? –indagó Dery.

—Pienso—dijo él—Que la habilidad del hombre para interpretar el universo, su origen y su propia presencia en él, es innata; de ahí provienen sus certezas, aun cuando sobrevenga dificultoso computarlas en cantidades, cifras y valores. Los seres vivos no son fruto del azar, y cada persona en su abstracción lo percibe, su sentir así lo revela; refrendando en su mente un origen resultante de la unión de diversas fuerzas, que interactúan con habilidad renovadora.

—¿Evolución?—advirtió ella.

—Sin duda, no solo física, sino también energética, espiritual o como quiera concebirse; continua, invariable, casi intuitiva y el universo al igual que el hombre crece como un todo dentro del cual estamos contenidos.

— ¿Es esto lo mismo a lo que hacías referencia, cuando pregunté por tu edad?

— Sí y no—

—¿A qué te refieres?

—Es suficiente saber que somos parte de un todo a nivel cósmico—contestó Hans— que una estrella, un planeta, el agua de un rio, una planta; forman parte integral de una fuerza viva y latente en actividad constante, al interior de la cual cada uno forma a su vez un micro universo, en el que propende garantizar su seguridad y allanar el camino hacia la integralidad. Lo que tú puedes señalar hoy como real, está estrechamente ligado a la realidad de otros, y así influye recíprocamente modificando su forma, energía y percepción; es un efecto cascada en ocasiones tan

pausado que es casi imperceptible, sin embargo, está definiendo la existencia de todos.

—Entiendo entonces que de alguna forma los unos dependemos de las acciones de los otros y que también todo acontecimiento tiene una causa que deriva en un efecto, forjando una estremecimiento que altera nuestra conducta; venga este suceso de forma directa o indirecta. Pero ¿Dónde encaja en esto la religión?—indagó ella.

Sin embargo, antes de Hans, poder responder se descubrió ante ellos la casa de Dery, a solo unos pasos; empotrada sobre un terraplén natural, y a la cual finalmente llegaron conquistando un par de escalones improvisados, sobre el terreno pedregoso. Se trataba de una sencilla vivienda prefabricada, cuya entrada se amparaba con una discreta puerta de madera, pintada de color verde; que dejaba ver la tonalidad original del listón de cedro, a través de las delgadas grietas originadas por el paso de los años.

—Bueno, ya llegamos… aquí vivo—anunció Dery, con aparente sinsabor, al ver la conversación truncada; mas entendiendo que no debía caer en la extralimitación, sobre el tiempo que su profesor amablemente le ofrecía, con expresión cálida espetó:

—¿Crees que podamos continuar esta conversación otro día?

—Por qué no, tal vez en el transcurso de esta semana encontremos algún espacio, por ahora ve a descansar — asintió el alemán con una sonrisa.

—¿Quieres pasar?— invitó la joven—¿puedo ofrecerte algo de beber, quizá un café?—

—Estoy bien así, te agradezco—objetó el alemán— otro día te acepto la invitación.

Dery, vaciló al cruzar el quicio de la puerta, y finalmente se adentró en la vivienda, girando su cabeza para dar una última mirada al alemán que aguardaba su ingreso.

—Gracias por la compañía—dijo Dery, y levantó la mano para despedirse.

Hans, respondió el gesto y dando media vuelta se marchó.

Bermer, acababa de hacer una reflexión cautivamente y desde el punto de vista de ella ajustada a sus propias creencias. Pero como es propio del tiempo ir lento cuando no debe y apurarse en los momentos más regocijados, de nuevo la charla se aplazaba. Y cerrando la puerta tras de sí, anunció su llegada.

—Mamá ya llegué—farfulló, escudriñando con la mirada la imagen de su progenitora quien emergió desde una habitación, escapando de inmediato de sus quehaceres domésticos, para salir al encuentro de su hija y prodigarle un afectuoso abrazo.

—Hola mi niña ¿Cómo estuvo el colegio hoy?—consultó la mujer.

—¡Bien mamá, la verdad bastante bien!—exclamó la jovencita—lo de siempre la agobiante matemáticas, lengua castellana y el profesor de gimnasia nos llevó al punto de la extenuación —y continuó— relatándole los

pormenores a su progenitora, con el rostro iluminado con una remozada vitalidad— a propósito el profesor Hans, me acompañó hoy, vive a pocas cuadras de aquí—

—Ven…ven—dijo la madre señalando uno de los asientos del comedor, ubicado adyacente al salón en el cual platicaban—siéntate—¿Cómo es eso que tu profesor te trajo hasta aquí?—consultó con sorpresa y un dejo de picardía, tal vez advirtiendo que el semblante de su retoño, lucia despabilado ese mediodía; contrario a otros días en que llegaba extenuada y con escasas ganas de parloteo.

— Solo eso, que me acompañó—respondió ella con una sonrisa, mientras tomaba la mano de la señora y la acariciaba, y cambiando el tema consultó—¿y bien mamá, quieres que te ayude a preparar el almuerzo?

—No hace falta cariño, ya está listo, mejor ve a cambiarte el uniforme, mientras dispongo la mesa—

—Gracias mamá, ya regreso—dijo la jovencita incorporándose de la silla.

El resto de la tarde excusó a Dery, de tareas escolares, y regocijada en el descanso de su humilde, pero acogedor espacio, se entretuvo en asistir a su progenitora; con la vitalidad de una inédita energía que le inundaba los sistemas de su juvenil cuerpo, sin acertar la causa o fuente promotora. Con todo, el calor ígneo de ese día que inundaba cada rincón, esta vez no resultaba fachoso, por el contrario era revitalizante.

V

Me atrevo a discurrir por un camino de reflexiones, que llevan mis pensamientos en la dirección del origen de lo simple, como fuete de todo ¿a que me refiero? La emoción de Dery, conexa al hecho de encontrar en una figura de autoridad como Hans Bermer, ideas símiles a las suyas; por banal que pueda resultar a otros, había reforzado en ella sus conceptos. De ese modo interpreto funciona la plataforma del universo mismo,

y es que vivimos en un microcosmos capaz de generar fuerzas colosales. Al ver nuestro reflejo en un espejo, jamás recapacitamos que ese cuerpo proyectado, es la unión de partículas subatómicas que de algún modo crearon ese ser; así mismo cada pequeño evento, cada decisión, frase, camino que elegimos afecta no solo nuestra realidad, sino que también pasa a ser el componente de algo que a veces escapa a nuestro entendimiento, y es esto, aquella fuerza universal en la que todo está contenido. El origen de lo simple, el big bang, la creación; la construcción de un cosmos ciclópeo y complejo que provino de la nada.

Entiendo claro, que toda experiencia relevante o no, proviene de un suceso palpable. No vivimos en función de la microrealidad, por el contrario nuestra curiosidad abarca aquella ingente realidad que nos rodea; no nos vemos a nosotros mismos como el producto de una partícula subatómica, sino como seres humanos, estructuras vivas admirables capaces de crear a su vez, otros escenarios sin duda apreciables.

En este proceso evolutivo el hombre ha aprendido de su experiencia, generalmente desde el punto de vista del suceso como un todo, el acierto y la tragedia a partir del resultado que este genera; pero no desde los imperceptibles antecedentes que lo ocasionan.

Esta experiencia y forma de interpretar el entorno, desde el efecto y no desde su origen, estimula un entendimiento limitado, es decir, una casa es eso…una casa; no se aprecia como el proceso de unir diversas piezas minúsculas de manera magistral. Nadie compra una vivienda indagando a su vendedor cuantos clavos, kilos de hierro, cemento, madera, o tejas la componen; esta información le viene irrelevante al comprador, siempre que la vivienda no presente daños estructurales. Del mismo modo concebimos que mas allá de nuestro mundo, existe un universo titánico, no obstante, entenderlo desde su estructura básica, atómica, desde su origen y fuerzas activas; resulta demasiado arduo. Así la religión, la filosofía, y el misticismo permiten dar por sentado que ese cosmos

está ahí, fue creado, es real, y lo podemos ver; es una verdad incuestionable. Por tanto dirán algunos, es innecesario ahondar en confusiones teóricas o análisis enmarañados.

Empero, interpreto que de alguna forma esto equivale a decir que la religión, la filosofía y el misticismo son un conjunto de creencias que nacen del hombre, y es este quien por propia voluntad las crea, mas no sobre la base de hechos comprobables.

Para las personas antes y ahora, aquello que escapa a su lógico raciocinio se clarifica al trasladarlo a un nivel subjetivo; en el cual no puede ser dañado y facilita, igualmente, su simplificación y legado a otros, sin generar controversias que desestabilicen el orden establecido.

¿Entonces si es el hombre quien crea la religión, esto vendría a significar así mismo, que es él quien define las características de Dios?

Y para proponer una salida al respecto, tomo como ejemplo la antigua cultura Griega, con su

panteón de Dioses y Diosas, siempre cercanos a la cotidianidad del hombre, y generalmente ligados a los aspectos de la vida, que adolecían de un fácil entendimiento. Símil es la historia del antiguo Egipto y otras sofisticadas civilizaciones, por otro lado, el desarrollo mismo del hombre nos condujo en dirección del monoteísmo, de un solo Dios, capaz de abarcar todo lo inentendible, abreviando un mundo repleto de enigmas.

¿Pero existe realmente un ser superior de la forma que lo identifica la religión, incluso a veces lejano e indiferente? O ¿habita en la recóndita lejanía del cosmos una mirada vigía que nos guía y protege?

Estoy convencido que hay una fuerza palpitante, en cada rincón de esa formidable aglomeración de materia oscura y planetas; donde está guindada nuestra pequeña esfera azul a la que llamamos hogar, y quizá seamos la generación convocada a escribir el evangelio del reencuentro con la fuerza

vital del universo. Un llamado, una coincidencia, un sueño, la simple casualidad; cada pequeño patrón de nuestra existencia está relacionado, es una convocatoria. Como migas de pan que vamos dejando en el camino, en la búsqueda del éxito ¿pero cuál es este triunfo? Sino otro que nos lleve al reencuentro con una entidad viva, a quien escasamente acertamos definir, y aun así, apreciamos como nuestro padre universal.

Cada uno de nosotros se enfrenta a diario con una incógnita: nacer, crecer, formar una familia, tener hijos, llorar, reír; todo este aprendizaje y toda la ansiedad que genera ¿para al final llanamente, marcharnos olvidándolo todo? Entonces ¿cuál sería el sentido de nuestro paso por el mundo?

Lo que en ocasiones parecemos ignorar es que toda actividad, todo suceso; se presenta como una señal, un llamado, la pregunta constante en nuestra cabeza ¿Qué somos? ¿de dónde provenimos? ¿Por qué estamos vivos y consientes? ¿Cuál es nuestro

papel dentro del universo? Y a pesar de la religión que nos permite dar todo por sentado, la cuestión sigue dando vueltas en la cabeza; como también a pesar de los enormes esfuerzos de la ciencia, en pro de dar respuesta a esos interrogantes, la pregunta persiste. Claro, es incuestionable que ese ardor de la ciencia, nos ha llevado a vislumbrar la formación del cosmos, los planetas, la misma vida desde las raíces químicas y físicas; pero no logra evidenciar el por qué de la fuerza que habita nuestro interior.

Nuevamente nos encontramos con las teorías sobre el universo, el mundo, la vida, nuestra sociedad; eficaces al dar una explicación global a nuestra existencia, mas lo simple, lo elemental, lo esencial, esa voz que nos obliga a recorrer un camino de búsqueda constante, no consigue acallarse con dichas elucidaciones. Por tanto deben ser estas herramientas a nuestro alcance, vehículos que impulsen nuestro camino de conocimiento, mas no verdades de vida; si lo que pretendemos es no

ser simplistas, en nuestra de exploración por entendernos como parte integral e indivisible de lo que existe.

Nuestro conocimiento se enriquece cada instante con toda experiencia personal, detalles en apariencia imperceptibles, migas de pan que sugieren un universo formado de puntualidades, que conducen a un todo.

VI

La mañana siguiente recibió a Dery, con la caricia de un rayo de luz rebasando la ventana; el olor a café inundaba la vivienda y los deberes académicos le esperaban. Adpero algo más le inquietaba, tanto que durante el desayuno lució impaciente y ensimismada.

Por eso la madre mirándola a los ojos consultó, verificando si acaso algo la incomodaba, mientras daba un sorbo a la taza de café—¿Cariño ocurre algo?—preguntó.

—No mamá, en absoluto, estoy bastante bien—aseveró ella.

Al terminar sus alimentos se dirigió a la cocina y enjuagó los platos, luego tomó su mochila y besando la frente de la señora marchó rumbo al colegio; en el trayecto su mente se alargaba en el recuerdo del baturrillo filosófico del día anterior y apostaba a la figuración, de continuar sus charlas con el maestro Hans, una vez terminaran las clases. Mas ese día las obligaciones académicas del gigante alemán, lo solazaron en su propio orbe; tanto que al cruzar junto a Dery, quien parloteaba con otros jovencitos, probablemente, no notó su presencia en aquel grupo y siguió su camino.

Una marea de decepción recorrió las entrañas de la muchacha y el resto de la semana no resultó diferente,

tanto que interpretó en la conducta de Hans, displicencia y apatía hacia su persona. Tal vez lo había abrumado con sus temas reflexionó y optó no importunarlo y aguardar paciente que él mismo tomara la iniciativa de acercarse a ella.

En conclusión llegó el viernes peripuesto de su habitual ensalmo, la radiación del sol entonaba el fastuoso azul del cielo, y en el colegio todo era alborozo; llegaba el fin de semana y cuando menos por un par de días quedaban atrás exámenes, quiz y trabajos. Los arboles habían florecido por esa época y dejaban abatir las semillas desde sus ramas revistiendo el suelo de un manto verde, y en el aire se filtraban murmullos y risas.

Finalmente, la campana anunció el término de las clases y el tropel de alumnos y mochilas escapó rumbo a la salida. Ya estando afuera el resplandor del sol parecía más intenso, encandilando las pupilas. Dery, observó la pequeña tienda que se apostaba adyacente a

la portería de la institución educativa, con sus pequeñas sillas de madera caoba, y el aviso naranja colgado bajo el tejaroz, que contrastaba con el azul pálido de las paredes; Al fondo requintadas sobre el muro, un par de macetas con sus ficus, y al interior se lograba ver la vitrina repleta de productos, como también la figura de alguien conocido, levantando una taza de café; se trataba del gigante alemán, vestido con una chaqueta color miel. De inmediato la joven dudó ingresar a la tienda o proseguir su camino, pero justo entonces él giró encontrándose de frente sus miradas y seguido le hizo una señal invitándola a acercarse. —¡Caray, que sorpresa! –Dijo la muchacha dirigiendo a Hans Bermer, luego de saludar a Piedad, la dueña del establecimiento y continuó –el otro día te vi y pasaste por mi lado sin saludar—reivindicó.

Hans, pareció avergonzado y de inmediato se excusó manifestando un usual despiste que en ocasiones lo sumergía en sus asuntos, mas era esto sin ninguna intención de resultar antipático o poco cortés.

—Descuida, era por tomarte el pelo—dijo ella riendo—sé que mantienes muy ocupado, por el contrario te agradezco que con todas tus obligaciones, tengas un tiempo para que hablemos—

—Y es con mucho gusto—expresó Hans—realmente disfruto hacerlo. Dery, no podía evitar sentir un inusitado disturbio en sus emociones, el cual no conseguía discernir, mientras su profesor le consultaba si tomaría alguna bebida.

—Sí, una gaseosa estaría bien…gracias—dijo.

—Nos podría traer una bebida cola por favor—ordenó Hans, al tendero.

—¿y bien como estuvo la semana?—indagó Dery.

—Bueno cuéntame primero—dijo él— ¿Cómo van tus clases?

La muchacha alzó la vista para observarlo y responder –Bastante bien, con algunas dificultades en matemáticas e idioma extranjero, pero nada espinoso—sonrió.

—Si necesitas ayuda con algún tema, no dudes consultarme—ofreció él.

La sonrisa de Dery, se hizo más amplia, sin duda, percibía que entre los dos brotaba una mutua simpatía.

VII

¿Cómo florece la amistad, el amor y las diversas relaciones de interdependencia humana?

Muchas líneas, horas de investigación y complejo raciocinio ha requerido entender la necesidad del hombre de vivir en sociedad, de ser apreciado y aceptado, y como esto condiciona todo su entorno.

El estado de ánimo y la predisposición de agruparse, establecer alianzas, formar una pareja, fortalecer los lazos familiares; resulta innegable en nuestra especie y tal vez, sería simplista afirmar que todo parte de una necesidad reproductiva, básica y

primigenia, dada la sofisticación del pensamiento humano.

El sentimiento de individualidad que atesoramos y defendemos ante cualquier arremetida, ese mismo que consideramos un derecho inexpugnable, que nos permite tomar decisiones, elegir opciones, plantarnos retos constantes; inevitablemente se ve influenciado por la relación con otros. Imaginemos por un momento ¿cómo nos sentiríamos ante la inminencia del fin del mundo? ¿Cómo reaccionaríamos ante tal evento? Acaso, ¿nos ensimismaríamos y retiramos a un lugar solitario esperando el funesto desenlace? O por el contrario propenderíamos la compañía e nuestros seres queridos, y la amplia expresión de nuestros sentimientos hacia ellos. Y es que las desdichas padecidas por la humanidad a lo largo de su historia, han demostrado que la tragedia une, fortalece vínculos, modifica la individualidad; nos torna socialmente abiertos, solidarios, empáticos y afectuosos.

Esto seguramente, porque en esencia eso somos, aun desde los procesos básicos de nuestro cerebro; desde las limitantes de nuestra propia materialidad, resulta imposible no entendernos como género, como especie, la especie humana. Incluso en nuestra individualidad nos sabemos parte de un todo, de una energía vital que nos une en un vínculo perenne. Es la relación con otros, con la naturaleza y el entorno, el impulso que admite el florecimiento de habilidades a veces extraordinarias; entonces comprendemos que toda verdad es modificable, que todo a nuestro alrededor también lo es, y estamos en constante evolución hacia niveles de conciencia, energía y ser superiores. Por eso conocerte a ti, saberme importante a tus ojos; entender que reconoces y valoras mis palabras, sentimientos y pensamientos, me permite ascender a nuevos niveles. Para eso vinimos al mundo, para aprender, entender, ser maestros y guías unos de otros.

De la misma forma que es arduo entender el origen de todo, también viene tortuoso imaginar el final de un modo distinto a la nada, desaparecer, dejar de ser, ¿pero es posible simplemente dejar de existir, aun cuando es palpable nuestro legado en el mundo? por tanto no creo que haya un fin de la forma en que algunos lo han interpretado, diría que todo es subjetivo; energía en constante cambio, al igual que ocurre con el universo. Cambiamos al conocer a otros, algo en nuestro interior se modifica; nos hacemos diferentes, trascendemos a otros planos sutiles de realidad, como una danza universal constante y armónica.

Retomando el asunto de la religión, la filosofía o el misticismo; si somos individuos con libertad de elección, si solo de nosotros depende el camino, porque tácitamente nosotros mismos lo construimos y recorremos ¿de dónde viene la necesidad de creer en

un ser superior y de interpretarnos como parte de un algo trascendental?

No debe existir lugar en el mundo, donde no haya alguna forma de creencia religiosa, soportada sobre la base de una fuerza superior; incluso para pobladores de terrenos inhóspitos y aislados de cualquier forma de civilización. De alguna manera su propia práctica de supervivencia, sus condiciones particulares, usualmente estimulan esas creencias. Sin embargo, ¿Qué hace tan diferentes las diversas doctrinas religiosas? posiblemente, sean las condiciones propias y desemejantes peculiaridades de cada grupo poblacional, con todo, la pregunta que deberíamos formularnos es ¿realmente son tan diferentes estos dogmas?

Relacionado con el tema de la antigua cultura griega, egipcia, escandinava y demás, respecto de las religiones modernas; encontramos una particularidad en todas ellas: un ser superior, al cual el hombre

admira y teme al mismo tiempo, pero al que quiere ser siempre cercano, sentirse próximo y familiar ante su figura. Distante y próximo, símil y diferente, fielmente es este el modo en que también nos vemos unos a otros ¿simple coincidencia?.

Al conversar con otro armonizamos o disentimos de sus opiniones, no obstante, con cada una de sus palabras, estamos concibiendo una imagen mental de lo que este disertante nos dice; es allí donde la semejanza nos acerca y la discrepancia encumbra una muralla. ¿Confiamos o desconfiamos? creamos de inmediato un concepto, nos hacemos próximos o lejanos. ¿Funciona la religión de forma similar? ¿Para los católicos el Dios, musulmán, hinduista o budista resulta exótico y nebuloso? Así mismo ocurre para las diferentes vertientes religiosas entre cada una de ellas. Verosímilmente, esto si ocurre, y de la profunda influencia que tiene la religiosidad en la vida y la sociedad humana; que define en buena parte la

cultura, organización social e interpretación del entorno, deviene, que resulte más fácil relacionarse entre símiles, coterráneos, conciudadanos; aun cuando la influencia real de esto en la vida cotidiana es difícil de computar. Empero, en un mundo cada vez más globalizado, las relaciones y la interdependencia suaviza y facilita la reciprocidad entre grupos poblacionales diversos, si bien, de paso pareciera afectar el establecimiento y compromiso religioso. ¿Vendría esto a significar que las personas privilegian sus necesidades de socialización en contraposición de sus creencias? o ¿por el contrario las adaptan y flexibilizan en procura del bienestar global?

El mundo cambia sin duda, y los paradigmas se desmantelan en el establecimiento de otros. Dios, mismo es adaptado, modernizado, adecuado a la actualidad; de ahí el valor de un ser supremo único y próximo a lo humano, capaz de entender las necesidades y conflictos de la humanidad. Hábil en

aplicarse al cambio, como nosotros mismos hacemos; ya no resultan necesarios variados Dioses, cambiando constantemente de rol, sino uno solo capacitado para ejercer todas las labores que requiere su trascendental labor.

¿Existe entonces oposición entre las desemejantes formas adjudicadas a Dios, por cada cultura?

No, en cada una de ellas, Dios, es próximo, familiar, supremo y sobre todo somos nosotros reflejo de su forma misma.

¿Finalmente existe Dios, o lo inventó el hombre?

Sería demasiado pretencioso, ingenuo e imprudente por parte del hombre, creer que ha sido él quien ha creado a Dios, como lo fue en su momento considerar que era la tierra, el astro en torno al cual giraban soles y planetas; este planteamiento provino del escaso conocimiento, como también el viaje de Cristobal Colon, que lo llevó a encontrar un nuevo continente, que evidentemente no era nuevo, sino desconocido para otras culturas.

De ahí sobreviene la dispensa del discernimiento, que solo se logra a través de la interacción con otros; la erudición se construye, se teoriza y comprueba, se transmite. Pocos cuestionarían que el estar ante un individuo docto en múltiples tareas, genera una leve aprensión y fascinación al mismo tiempo; quizá por eso maravilla el contacto con aquel instruido, máxime cuando por alguna razón encontramos coincidencia entre nuestras creencias y las suyas e interpretamos que de algún modo, hemos avanzado un escalón que nos permite estar próximos a este y su conocimiento.

De cualquier forma todo conocimiento, inclusive moderado, es valioso; toda persona instruida o no trae consigo una enseñanza. En un universo regido por una fuerza todopoderosa ¿Es de algún modo el hombre también supremo? Lo que podría decirse al respecto es que individualmente, es parte integral de esa potencia cósmica; unido a otros se fortalece y logrando la integralidad de todos, sin duda se transfigura en un

poderío capaz de modificar su entorno; junto al cual forma parte de un algo magnánimo.

De ahí que cada acto, expresión, gesto, dialogo, opinión; tenga un saber, un sentido espontáneo de aprendizaje y unión. En conclusión vivimos como individuos, adpero somos parte de un todo indivisible.

VIII

En la tienda conversaron y rieron largo rato Hans, y Dery.

—¿De tal modo que tienes aprietos con la clase matemáticas?—examinó Bermer, mientras ella reía sacudiendo la cabeza en señal de negación, y jugueteaba dando vueltas a la botella de gaseosa.

–¿Y por qué piensas que es eso?

–Para ser honesta creo que no he sido lo suficientemente aplicada, y te lo digo a ti, porque me generas confianza.

–Ya veo—observó él—muchas personas tienen dificultades con esa materia, diría yo que dicho conflicto parte del hecho de ser una ciencia exacta; en cambio la filosofía resulta más acorde con la dispersión que a veces padece la mente humana y que la hace divagar sobre múltiples hipótesis.

–Claro—asintió ella— resulta más fácil exponer tu punto de vista ¿has notado? en pocas ocasiones las personas te llevan la contraria; aunque tratándose de números nadie aceptaría que dos más dos son cinco. Pienso yo que tiene que ver también, con que las personas no disfrutamos de la excesiva rigidez y en ocasiones así percibo a las matemáticas, como algo demasiado exacto—

–Es acertada tu observación—corroboró él.

—Pero me pregunto entonces ¿si estamos en constante aprendizaje y todo a nuestro alrededor puede ser modificado, entonces por qué los números funcionan de esa forma, sin ningún margen para el error ni sujetos a alteración ninguna?

—Es una buena pregunta—dijo Hans—y me atrevo a decir que incluso en el tema de los números, hay aspectos que aun desconocemos. Realmente es exiguo el conocimiento del hombre respecto de las fuerzas, la física y la forma universales e incluso algunas de ellas podrían ser contrarias a su entendimiento—

—Claro—interrumpió Dery, y pienso que por eso la política, la economía, la filosofía, el idioma e incluso la misma religión; son el producto de nuestra necesidad de entender, aunque finalmente provienen de nosotros. De ahí que puedan modificarse o adaptarse a medida que aprendemos y descubrimos nuevas cosas, por el contrario las matemáticas parecen estar presentes en cada aspecto del mundo y el universo en general—

—Es totalmente cierto—registró Bemer—inclusive el uso de las matemáticas se puede apreciar en antiguas culturas, como la sumeria, egipcia, maya, mesopotámica; y aunque el hombre probablemente, está al tanto de solo un fragmento de aquel

conocimiento global, hablando de números estos se mantienen inalterables a través del tiempo, a diferencia de otras formas del conocimiento—

—Pasando a otro tema Hans, el otro día vino una discusión sobre un tema en la clase de literatura, una parte de nosotros defendía su postura, y otro grupo aseguraba que sus postulados eran acertados. Al final no logramos un consenso y persistió la sensación de que ambas partes tenían razón ¿es posible que se presente una circunstancia en la que los planteamientos de ambas partes sean acertados? —

—Yo solo puedo decir que ahora, y a través de la historia cada pueblo se ha adjudicado el control sobre la verdad—contestó él—adpero ¿qué es la verdad? Si a veces es tan relativa como las propias emociones, que en algunas circunstancias son las que nos controlan. Mas diría que el universo no es un tendido plano del cual puedes observar todas sus formas; contrario a esto hay algunas leyes físicas que parecen desafiar todo raciocinio. De la misma forma una verdad por

extravagante que parezca, al ser comprobada podría rebatir una opinión aceptada por todos, y esto puede comprobarse en el tema de los paradigmas, que constantemente son modificados para adecuarse a realidades más próximas—

—¿Y cómo encontrar la verdadera respuesta a la incógnita de lo que es la especie humana?—indagó Dery.

—El primer paso considero, es el respeto a las fuerzas y formas de la naturaleza; incluyendo en esto el respeto hacia nuestros semejantes. Entendiendo que los seres vivos tenemos diversas capacidades, destrezas, y formas de relacionarnos con ese entorno, ser interdependientes, y procurar el crecimiento mutuo; eso palmariamente, nos fortalecería llevándonos a representar mejor nuestro rol en la fuerza universal, siendo complemento en la integralidad y aproximándonos al entendimiento de lo que somos realmente—

—¿Puedo preguntar como llegaste a pensar de esa manera?, la cual percibo no muy habitual en el común de las personas. ¿Acaso te relacionaste con hombres de fe, filósofos o místicos de alguna índole?—consultó ella.

—La verdad no identifico ningún aspecto en particular que me haya conducido en esa dirección—respondió Bermer— de hecho, recuerdo que desde pequeño, tuve siempre un concepto muy propio sobre diversos temas y quizá haber quedado solo a temprana edad, terminó por fortalecer mi carácter; además, la confianza en mí mismo, la certeza de ser mas que un simple evento accidental de la naturaleza, o el haber tenido la valiosa oportunidad de conocer tantos lugares maravillosos alrededor del mundo, enriqueció mis conceptos y me ayudó a vislumbrar la grandeza creadora—

En ese instante Dery, miró la hora percatándose que el tiempo había transcurrido velozmente.

—¡Hans, se hace tarde!—exclamó—debo irme—

—Descuida yo te acompaño—dijo el alemán—haciendo una señal al tendero y dejando un billete sobre la mesa. Entonces dejaron el establecimiento.

—¡Hasta luego Piedad!—espetó la joven desde la puerta.

—¡Adiós Dery!—escapó una voz desde el trasfondo del local.

IX

La curiosidad por las ideas del alemán aumentaba en ella, a medida que avanzaban por la rúa que conducía a sus hogares; algunas ideas venían coincidentes y otros conceptos le resultaban novedosos, enriqueciendo sus ideas. Mientras saludaban rostros conocidos al paso por las viviendas que adornaban las callejas enlosadas de ocre.

Y por un instante se convertían en el centro de atención para los vecinos, que observaban al inédito

dúo ganando metros hacia su destino. El calor era intenso, mas no insoportable, y Bermer, compensaba la curiosidad de la muchacha con sus respuestas, a su vez ella trataba de convencerle a veces de puntos de vista diferentes; también en ocasiones se apartaban del tema central de sus conversaciones, para abordar asuntos más próximos a la cotidianidad, la familia, el trabajo, los amigos y los sueños.

—En ocasiones tenemos tantas expectativas y apostamos todo a ellas, pero pareciera que nada sale como pensamos ¿Por qué crees que pase eso?—dijo Dery—¿acaso no basta con confiar en sí mismo y se necesita siempre de una fuerza externa que reafirme esa voluntad?

—¿Quién puede decirlo? A cada uno la certeza de conseguir sus objetivos lo impulsa de formas diferentes; aunque sus actos en sí, están condicionados por sus propia creencia en sí mismo o en una fuerza superior—dijo Hans—Dios, o la fe a la que te entregas se muestra como una voz que suele hablarte al oído;

podríamos llamarle conciencia. También lo hace por medio del impulso, del ánimo que te conduce en una dirección, pero debes estar siempre atenta para escuchar.

—Y algunas personas, en esto te incluyo, que lucen un poco diferentes; siempre calmados, felices, seguros de sus actos ¿es eso una decisión propia, una predisposición o este poderío interior les ha sido otorgado?

—Esa sin duda diría es una decisión propia, el resultado del conocimiento, de escuchar y aprender de otros—contestó.

De ese modo argumentaban sus ideas este simétrico dúo, mientras ganaban terreno hacia sus correspondientes moradas. Para Dery, lo mejor de los viernes, era la sensación de libertad que traían consigo; y asimismo, ahora tenía la oportunidad de tratar con alguien temas que con sus compañeros y amigos de colegio nunca disertaba. Y a pesar de no querer abatir a Hans, con preguntas, le resultaba agradable hablar con

este sobre cualquier tema; escapar de las conversaciones rutinarias de un pequeño pueblo donde nada extraordinario ocurría.

Manifiestamente, en tan poco tiempo había empezado a sentirlo cercano, como si lo conociera de antes; era el milagro de la amistad que presto florece en el corazón humano.

—¿Y crees en milagros? O piensas que somos nosotros mismos y nuestra fuerza de voluntad logra la ocurrencia de algunos sucesos extraordinarios—preguntó ella.

—Considero por las referencias que tengo sobre milagros que siempre hay implícito en ellos, la propia voluntad del hombre porque estos acontezcan o cuando menos su necesidad consciente o subjetiva, de que un suceso determinado tome una dirección delimitada. Y pienso al respecto que sin duda es su propio impulso, lo que mueve esos acontecimientos en apariencia sobrenaturales; suscitados en una

destreza surgida desde el momento mismo de su nacimiento, la cual aun en su galimatías existencial conserva y permanece como una faro, cuya luz guía hacia el camino de su naturaleza divina—

—¿Quieres decir entonces que existen eventos prodigiosos, generados por nuestra propia fuerza interior?—

—Interpreto, y creo no ser el único, que la creencia, la confianza, la fe, el arrojo; son fuerzas impulsoras que nos estimulan a proceder de una u otra forma. Si bien, ese instante final, esa fracción de segundo en que algo se transforma, se genera y modifica la realidad misma, es siempre una decisión propia. Lo que consideramos milagro hoy, es disímil de lo que generaba admiración ayer; y pongo como ejemplo de ello: una persona que siglos atrás padecía una fuerte neumonía y de pronto las defensas naturales de su propio cuerpo le aliviaban, a diferencia de otros cientos que habían muerto por igual causa. Ayer cualquiera pensaría en milagro,

hoy razonaríamos que la medicina, la alimentación, los hábitos de vida, el clima y otros actuaron también en su favor. Así que de nuevo acudo a la palabra que antes he usado: conocimiento. Y es ese saber el privilegio que nos brinda Dios, y permite que seamos promotores de hechos extraordinarios—

—¿Pero acaso no ocurren hoy tragedias ineludibles para unos, de las que otros salen avante? ¿Eso significa que algunos tienen más propensión a ejecutar eventos maravillosos? por ejemplo Jesucristo, y los milagros que se le atribuyen ¿que vendrían a ser?—indagó con curiosidad Dery.

—Veras si has tenido la oportunidad de conocer ampliamente sobre Jesús, y su labor mesiánica, hallaras como él basa su mensaje en la armonía del ser humano con su prójimo y el entorno; como viene a mostrar la grandeza del hombre y su relevancia en el orden cósmico. Por supuesto, todo evento proyectado desde su formidable

discernimiento de las fuerzas universales; se torna en sí mismo un hecho milagroso, puesto que su poderío sobre ellas resplandece en relación con la capacidad del hombre común y desprevenido; quien solo ha obtenido una visión sesgada del mundo, limitada desde sus propios condicionamientos mentales, sean voluntarios o impuestos, y al cual sus ojos revelan solo lo que a su entender es posible y palpablemente real. Entonces la verdad se hace medible, pero si escapa a esa providencia, corre el riesgo de tornarse en milagro, mito, o peor aún; una rareza. Por tanto es preferible resignar aquel evento al baúl de las cuestiones prodigiosas—

Las palabras del alemán y la inflexión de su voz, parecían transportar a Dery, a un lugar de ensueño; como si sus pies se levantaran conduciendo sus pasos por el viento y el universo completo viniera en perspectiva hacia ella. Se sentía emocionada y podía escuchar el corazón palpitándole con fuerza

dentro de su pecho, e imágenes ignotas colmaban el espacio en el más profundo silencio, en medio del cual flotaba sintiéndose libre.

Podía reconocerse a sí misma como parte integral de un todo cósmico, era como si danzara entre los árboles, el viento, el cielo; fundiéndose en uno solo, siendo el centro en torno al cual giraba el propio universo.

—Sabes algo—dijo ella—En ocasiones me pregunto si veo las cosas de la misma forma que lo hacen otros, es como si en algunos momentos tuviera las sensación de estar viviendo dentro de una ilusión; aun cuando puedo ver que no falta nada en mi, y pueda percibirme real, capaz de mejorar y alcanzar objetivos. Como si de pronto todo pudiera desaparecer ¿Entiendes a lo que me refiero? En mi mente ¿cómo puedo saber que es real y que no?—

—Te comprendo y lo que sientes es bastante habitual en la mayoría de personas, lo primero que

debemos hacer es dilucidar el concepto de lo que consideramos real, ¿Qué es? ¿Únicamente algo evidente, conmensurable? Podemos afirmar que no. Un ejemplo de ello, es que no advertimos a Dios, por medio de nuestros sentidos físicos; no obstante, estamos al tanto de su existencia, y cuando vibramos en armonía podemos apreciar su naturaleza. De igual modo los sentimientos, emociones, están ahí, lo sabemos; inclusive cuando no podemos cuantificarlos. Por supuesto, podemos decir que una emoción es fuerte, ¿pero cuál es su tamaño? O ¿cuál es el aspecto de Dios? Es por eso que el hombre tiende a dar forma física, a esos aspectos de la energía que escapan a su discernir; de ese modo logra hacerlos cercanos, próximos a él. De la misma forma somos nosotros energía en constante cambio, evolución; ascendiendo a niveles de integralidad. Y cuando vislumbramos someramente nuestra verdadera naturaleza, entendemos que todo alrededor puede modificarse,

incluso nuestra propia realidad cuántica; es esta la sensación de estar dentro de una escenario ilusorio, básicamente es una mirada a otros planos de esa realidad—

—¿Como alcanzar la armonía de la que hablas Hans? ¿Cuáles creencias pueden aportar en mayor medida a ese logro y garantizar tu bienestar? O ¿Cómo por voluntad propia podemos visualizar esos otros planos de la realidad, si no existe un impulso externo para ello?—interpeló Dery.

—Dentro de ti esta la habilidad para elegir, es una simiente innata desde tu nacimiento. Si quieres ver y escuchar, tu propia conciencia señalará el camino.

—Pero ¿Y acaso el temor no es un muro que también parece ser natural en el ser humano?—

—No existe razón para temer a lo desconocido, puesto que no hay garantía de que aquello que consideramos certero nos haga bien; como tampoco que lo desconocido pueda dañarnos, por el contrario toda experiencia es aprendizaje y si la voluntad se

fortalece, el conocimiento señala en dirección al camino del éxito. Sin embargo, la aceptación de los hechos que sobrevienen, no implica que no debamos deliberar sobre ellos o aspirar optimizarlos. Pues todo está supeditado a mejorar, es esa la naturaleza de un universo que se modifica a si mismo constantemente—

—Empero, siempre vamos a encontrar entre el cuerpo y la mente algunas contradicciones—afirmó Dery— y lo uno puede llevar a la confusión de lo otro. Entonces ¿cómo saber cual decisión es acertada? Sí en ocasiones los pensamientos son confusos y van en contravía de lo que meditamos sensato.

—Tienes razón, la memoria es un potente almacenador de pensamientos y creencias—contestó él— aunque también es quien decide sobre las acciones del cuerpo; por el sendero que optemos avanzar, es la mente y su conocimiento quien nos guía, es ella nuestro gran aliado si aprendemos a escucharla.

—En conclusión ¿Cómo tener la certeza de estar viviendo algo real, y no el resultado distorsionado de nuestras expectativas?—

—El universo, Dery, se renueva incesantemente debido a su condición de totalidad; cada suceso del pasado forzosamente queda atrapado dentro del espacio temporal, de modo que lo real es una elección de nuestra propia mente.

Así las cosas, lo relevante dentro de tus vivencias es la respuesta emocional que muestras ante ellas, y el aprendizaje que logras en cada momento; recuerda que somos parte de un todo, y esa integralidad guía tus pasos y percepción sobre el mundo. Lo que crees real es lo que en un momento determinado, necesitas percibir innegable—

X

Mientras Hans, y Dery, reflexionaban sobre estos temas, el mediodía parecía haberse detenido, y sus pasos hacerse más pausados; cuando de pronto se percataron de la hora, el reloj señalaba treinta minutos sobre la una de la tarde, y la muchacha calculó que la madre estaría furiosa por la tardanza.

Aun así, el día resplandecía y las palabras del alemán seguían girando en la cabeza de la joven, finalmente, llegando al terraplén coronado por la sencilla vivienda, se despidieron con un estrechón de manos.

El fin de semana transcurrió como era habitual en el pequeño pueblo, sin eventos estimables. Dery, como cualquier jovencita de su edad, no disfrutaba estar encerrada entre las cuatro paredes de la vivienda; de modo que después de apurar los quehaceres domésticos, pidió permiso a su progenitora para salir a dar una vuelta. La madre luego de prodigarle un afectuoso beso, no se

molestó en dilatadas recomendaciones a excepción del encargo de no llegar muy tarde.

Dery, cerró la puerta tras de sí y unas cuadras más adelante curioseó con la mirada la casa de Hans. Dado que a través de las cortinas entreabiertas, se perfilaba la enorme figura de Hund, quien no llevaba consigo el grueso collarín de metal, con el cual lo conducía su amo, resultaba evidente que Bermer, no estaba en casa.

Al no encontrar rostros conocidos, los pasos de la joven la condujeron minutos después hasta el parque central del pueblo; donde se cruzó con cientos de curiosos que habían estado esa mañana en un desfile que ya concluía. Unos metros delante de ella pudo ver a Sebastián, uno de sus amigos de colegio, acompañado por Gonzalo y otro joven que no conocía, los cuales al parecer presenciaban el desfile. El joven se aproximó para saludar, y asumiendo que también ella había estado presente en aquella programación matutina consultó:

—¿Ya vas para la casa, Dery?

Antes de responder apareció el otro amigo, quien la joven no conocía, para despedirse de Sebastián, y venía acompañado por Gonzalo, quien se quedó con ellos.

Como todos vivían relativamente cerca, y ante el hecho evidente de que concluido el desfile no habría mucho por hacer en aquel lugar, Dery, aparentó autenticidad en la conjetura de su amigo.

—Sí, solo vine a dar una vuelta, estaba aburrida en casa—dijo—aunque ya regresaba, así que vamos.

—Y bien, ¿qué hay de nuevo?— Indagó el muchacho cruzando su brazo por encima del hombro de Dery, y continuó—el viernes te estuve esperando para salir juntos, pero desapareciste apenas sonó la campana—

—Sí, ocurre que me encontré con el profesor Hans, en la tienda de Piedad, y nos quedamos hablando un rato—

—¿Con el gigante? — interpeló con una sonrisa.

Avanzaron entonces conversando sobre asuntos de estudio, hasta detenerse en casa de Gonzalo, quien vivía sobre la misma cuadra de Sebastián. Al llegar se encontraron con Marcela, y Gustavo, el hermano de ella; vecinos del barrio, quienes les saludaron e invitaron amablemente a quedarse un momento.

Allí mismo coincidieron con la madre Gonzalo, y la de Sebastián; una señora entrada en años, la cual había visto crecer a Dery, junto a su hijo y con quien la muchacha solía tener agradables conversaciones cada vez que se presentaba la ocasión. La señora Estaba sentada junto a la otra, en sendos sillones mecedores y los jóvenes recién llegados se acomodaron junto a los otros, sobre el andén.

Al verla la mujer saludó y dijo: —Dery, hace tiempo no nos veíamos, ya casi no vienes por acá.

—Es verdad—asentó ella—usted sabe que me agrada visitarlos y venir a conversar; pero a veces las ocupaciones del colegio quitan bastante tiempo.

Sin embargo, siempre los recuerdo y si hay oportunidad vengo para compartir un rato—

Los minutos sobrevinieron rodeados de aquel ambiente familiar, con las consabidas críticas referentes a la actitud de algunos maestros, y sus tortuosas asignaturas; como también sobre las pilatunas que sonrojaban de cólera a otros menos pacientes. Y se tropezaban estos temas con los recuerdos de los mayores, relacionados con la vida apacible que se había señoreado, hasta la llegada de los recientes gobiernos, en los que podía reconocerse su falta de voluntad hacia los más humildes. La fila que formaban los jóvenes simulaba un consejo atento, a los dictámenes del consejo de ancianos, conformado por las dos matronas desde sus altas sillas mecedoras; entonces la mamá de Sebastián, dictaminó:

—Les diré algo, muchas veces nos reunimos unos cuantos del barrio y hablamos sobre diferentes temas; algunos se lamentan de la situación del

pueblo, otros de las fiestas y también en ocasiones vienen de visita algunos familiares. Cada quien alarmado por sus asuntos, por la situación económica, esto y lo otro. Pero yo pienso que de nada sirve tanta queja a mi parecer, miren que éstos culpan al gobierno de todo y seguramente de unas cosas no es culpable. Porque si fuera de ese modo yo no tendría una pensión, ni una casa.

Lo que digo, aunque innegable resulta que la gente se queja y la situación a veces lo amerita; es que debemos mirar que hemos hecho nosotros para que esto sea diferente o mejor. Por ejemplo: el otro día me encontré con el párroco Matías, y mientras departíamos alguien cruzó junto a nosotros y al verlo preguntó: —¿Cómo esta padre Matías? ¿Cómo va la iglesia? ¿Los feligreses si han asistido?

Y de inmediato él repuso:

—Que preguntas son esas hombre, cuando tú ni siquiera te asomas por la parroquia; en vez de andar

preguntando deberías visitar la iglesia con más frecuencia.

Me pareció que su respuesta fue correcta; porque en efecto, las personas viven más pendientes de la vida de otros, que de la suya propia y sin duda ir a orar produce una gran paz y aclara las ideas—concluyó la señora.

—Estoy totalmente de acuerdo con lo que dice—asentó Dery, y los demás ratificaron también con un gesto de la cabeza—

Así transcurrió el resto de la tarde, en la acostumbrada pero seductora rutina; sin mayores distingos de opinión, entre bromas y risas. Reconociendo en aquellos rostros el halito de la amistad. Pero Dery, recordó la recomendación de su madre y aun en lo grato de la charla, no podía pasar por encima de las indulgencias de su progenitora; de modo de se despidió casi a disgusto, excusándose con los presentes.

—Bien, realmente he disfrutado la compañía pero debo ir a casa—dijo— quedan en la suya—

—Según lo que acabas de decir —observó Sebastián, sonriendo— Cómo estamos en el andén, parece que es bastante grande la casa ¿verdad?

—Pero el tramo de andén si lo es—contestó ella riendo y seguido se retiró a paso apurado, conjeturando el enojo de la madre por la tardanza, puesto que ya despuntaban las seis de la tarde.

Recorrió con celeridad ocho cuadras que la alejaban de su destino, mientras levantaba la mano en gesto de saludo, como réplica a la reverencia que hacían algunos a su paso. De pronto diminutas gotas de lluvia iniciaron a caer y la delgada línea de fango que se formaba frente a ella demoraba su avance, aun cuando la precipitación no era intensa. No tenia forma de saber cuál sería el ánimo de su progenitora al verla llegar, empero, esto le preocupaba; hasta que distinguió a la señora parada

sobre el quicio de la puerta, evidentemente aguardando por ella.

—Entonces desde la distancia cada vez más efímera que las distanciaba exclamó:

—Mamá discúlpeme, es que estaba en casa de Gonzalo, con Sebastián, y la mamá de este y me entretuve hablando con ella—

Pero en lugar de la reconvención que esperaba, la señora la observó con ternura y manifestó:

—Descuida hija, mejor apresúrate que la tarde se aviene con una borrasca—

—¡Gracias mamá!—expresó ella, agitando el cabello y sacudiendo su calzado antes de entrar; luego le dio un beso en la mejilla a la señora.

Al ingresar al cálido ambiente de su heredad, descargó sobre el mueble principal de la sala, un pequeño bolsito donde llevaba siempre sus artículos personales.

—Ve y te cambias mientras te preparó un café—invitó la madre.

—Gracias—indicó de nuevo, mientras avanzaba en dirección a su habitación, con evidente frío recorriéndole el cuerpo.

—Ya vuelvo— continuó, apurándose hacia el cuarto, oprimió el interruptor de la luz y entonces se estiró sobre la cama y de pronto una sonrisa venida de un lugar desconocido le iluminó el rostro; luego se incorporó y tomó ropa seca de la cómoda, se cambió de inmediato y avanzó de nuevo hacia la sala donde aguardaban dos humeantes tazas de café.

—Y cuéntame hija— Indagó la madre sentada frente a ella—¿Cómo se encuentra la mamá de Sebastián?

—Bastante bien. Muy locuaz y amable como siempre, te ha enviado saludos—

Madre e hija continuaron departiendo un instante más, hasta terminar la taza con la bebida y disponerse a sus deberes cada una, antes de la cena.

La jovencita regresó a su cuarto, encendió la luz; se sentó sobre el filo de la cama y extendió su brazo para

oprimir la tecla del interruptor, de una vieja grabadora que descansaba sobre la mesa de noche; luego giró la perilla en busca de su estación musical preferida.

— ¡Dery, la cena esta lista! —gritó poco después su madre desde el salón principal.

Ella descolgó con flojera los pies, que un segundo antes había subido a la cama, calzándose unas sandalias y espetó.

—¡Ya voy mamá!—

Al salir de la habitación el olor a guisado inundaba el ambiente.

—¿Qué rico huele?—elogió la jovencita, mientras la madre corría los sillones del comedor donde se ubicarían.

Cenaron y departieron sobre asuntos del colegio durante los minutos que duro la comida. Ambas detestaban la soledad por eso era grato poder tenerse la una a la otra y conversar sobre cualquier asunto, evidentemente eran muy parecidas; no solo en su físico sino también en el carácter.

El resto de la tarde hasta bien entrada la noche, la muchacha se la pasó dando vueltas a los canales de la televisión y dormitando a ratos; hasta que el sonido de la vieja máquina de coser, donde la madre solía distraerse en las tardes, se activaba haciéndola despertar de nuevo. Sabía que su progenitora zurcía por diversión, púes hace mucho no lo hacía como labor, pese a que, cuando tenía oportunidad no dudaba en confeccionar para su hija un bonito vestido o le hacia un remiendo requerido al uniforme del colegio.

Por su parte la muchacha cuando no tenía mayores obligaciones escolares y podía mantenerse despierta hasta el linde de la madrugada, solía levantarse de su cama y dejar el cuarto, para salir a preparar un par de tazas de café y convidar a su mamá, quien agradecía el gesto con una sonrisa. Seguido la joven avanzaba hacía a la puerta para airearse un rato, contemplando las hermosas y pequeñas flores que el rocío facultaba emerger; las cuales con sus tonalidades amarillas,

azules o rojas, le recordaban sus mejores épocas de niñez, cuando acariciando las azucenas, soñaba quedarse viviendo en aquel paradisiaco terruño por siempre.

XI

Echando de menos la adolescencia que hace poco se había ido, y acogiendo los afanes que trae consigo la vida adulta; en el corazón de Dery, llovía la inquietud sobre el azaroso rumbo que tomaría su vida una vez dejara el colegio. Los días siguientes tampoco agenciaron la distracción, que generaba sus charlas filosóficas con Bermer, dado que apenas si cruzó palabras con el alemán, quien parecía siempre atareado.

Pero sobretodo la invadía de nerviosismo su futuro académico. Siendo ese su último año escolar, sobre seguro, tendría que enfrentarse a su mayor temor:

abrirse camino en la capital, una urbe que superaba descomunalmente la realidad de aquel pueblecito. Su sueño era estudiar pedagogía, dado su don para enseñar a otros, y la enorme paciencia que asumía en el trato con los más pequeños. Pero de la capital básicamente conocía aquello que mostraban algunos canales de televisión y ese desconcierto palpitaba en su pecho; puesto que no siempre se reflejaba en aquellas imágenes el lugar cálido y ameno al cual estaba habituada.

Ciertamente, no solo para ella sino también para los demás estudiantes, comenzaba a brotar la expectación; y se les podía ver a algunos de ellos más absortos de lo usual. Si bien, aparte de ello, todo parecía continuar su cauce habitual, los mismos rostros, maestros, exámenes, familias, parroquia, tiendas y bares; un cuadro indeleble, sin alteración alguna. Y ese mes de Junio, tampoco era diferente.

Cuando menos eso se pensaba hasta que una tarde llegaron al pueblo, salidos de quien sabe donde un

grupo de forasteros; a bordo de coches inusuales en la región, tan estrafalarios como sus conductores, quienes se detuvieron justo frente a la tienda de Piedad, y descendieron de ellos evidenciando armas en el cinto.

Eran alrededor de diez los que llegaron, y uno a uno se instalaron sobre las butacas de la tienda; los vecinos ajenos a tanta fanfarria los observaban con recelo, mientras estos mostraban en su léxico un carácter bullanguero, y a uno de ellos se le escuchó decir dirigiéndose a otro apostado contiguo a él:

—El patrón dijo que está a un par de días de acá—y continuó—esperemos a ver si aquí le parece bien o si seguimos el camino.

Algunos muchachos salían de clases a esa hora, entre ellos Dery, quien percatándose de los fachosos automóviles y la presencia de los forasteros, los siguió con la vista; deteniéndose por un instante, ante el nerviosismo que generaba el aspecto de aquellos y el saber que si bien en el pueblo nunca habían ocurrido hechos lamentables, al menos no alguno que ella

recordara; lo cierto era que la realidad del país en otros lugares era totalmente distinta. La violencia ya se había ensañado con otras regiones y si bien, la mayoría de personas eran humildes campesinos, los recién llegados y las intenciones que pudieran traer a cuestas, no dejaban de generar desconfianza.

Pero aun evidenciado este sentimiento hacia los extraños, la hospitalidad era característica natural de la comunidad y por eso se les atendía de buena manera; con la misma cordialidad que se haría con un vecino, claro, palmariamente, con el anhelo que solo estuvieran de paso.

Dery, bajó la vista y continuó su camino, en la convicción de que no existía motivo de preocupación; podía tratarse solo de escoltas de alguna empresa multinacional que iban de paso, eso prefería pensar. Nada malo ocurriría.

Mientras reflexionaba, Sebastián, la alcanzó tocándole con la mano la espalda.

—Hola preciosa ¿vas a casa?

—Sí, vamos rápido—respondió ella—tengo mucha hambre y quiero llegar pronto, además, me siento cansada.

Al poco tiempo los alcanzó Javier, otro compañero de estudio y poco después cada quien estuvo en su respectiva vivienda.

Entretanto, en la tienda de Piedad, los visitantes seguían pidiendo bebidas y también algo de comer. Y cada vez que el tendero servía la mesa le resultaba inevitable mirar las armas que portaban; mientras ellos daban un sorbo de la botella y no tenían ningún miramiento de hablar casi a los gritos sobre asuntos evidentemente turbios. Incluso en semejante disyuntiva la propietaria del establecimiento y el empleado, se ocupaban de brindar una adecuada atención; aun con las entrañas revolviéndoles de ansia. Aunque transcurridas un par de horas, iniciaron a incorporarse de sus puestos e inclusive pidieron la cuenta; cancelaron y empezaron a ingresar a sus autos, todo parecía haber quedado en un simple susto, hasta

que indagaron si había un hotel en el pueblo. Era absurdo pretender embaucarlos con una mentira, todo pueblo por ínfimo que sea tiene uno y evidentemente ellos solo requerían la ubicación; de modo que el tendero les indicó con un gesto de la mano, el lugar donde se elevaba la única pensión, que estaba justo frente a ellos a solo una cuadra.

—Gracias amigo—dijo el que parecía mandar a los otros y encendieron sus vehículos, ante la mirada decepcionada de quienes estaban por ahí en ese instante.

Dery, se acostó temprano ese día. Y la mañana siguiente llegando al colegio, se preocupó de lo que hubiera acontecido con los inusuales forasteros, no obstante, la tienda que aún estaba cerrada no evidenciaba señas de ninguna anormalidad.

Entonces todo parecía transcurrir normal, seguramente, los sujetos se habían marchado. Y los estudiantes inmersos en sus cuadernos, atendían diligentes las indicaciones de sus maestros; eran las

diez de la mañana cuando de pronto, un estruendo similar a la pólvora les hizo levantar la cabeza a todos. Los educadores le pidieron al estudiantado que conservara la calma y siguieran en sus pupitres, mientras confirmaban que ocurría; pero transcurridos dos minutos y ante el estruendo que persistía la mayoría salió a curiosear.

Para desgracia de todos, los mismos sujetos del día anterior, esta vez evidentemente ebrios; convertían el parque en el centro de atención esa mañana. Y en una irresponsable y peligrosa practica se divertían haciendo disparos al aire con sus pistolas cromadas; mientras los casquetes de bala centelleantes se estrellaban contra el asfalto sobre la acera. Al percatarse de esto, y ante el evidente riesgo que implicaba para todos, Bermer, quien ya estaba en el lugar decidió intervenir. Otro docente intentó disuadirlo de aproximarse a los gamberros, pero él avanzó decidido; encaprichado en hacerlos entrar en razón, entretanto, docentes y alumnados lo seguían

con la mirada. Pero una vez estuvo el alemán próximo a estos y los conminó a recapacitar sobre su indebido proceder, lo único que obtuvo fueron insultos, desafíos y una reacción aun más hostil; pese a que Hans, se mantuvo en su intención de abrir espacio al dialogo, mas todos se alarmaron al ver como uno de los maleantes tomaba al gigante rubio por el brazo con gesto amenazante. Pero este se zafó de inmediato y cada vez más las agresiones verbales subían de tono, con todo Bermer, persistía; y la inquietud de la gente pueblo se acrecentaba cuando nuevamente el mismo sujeto intentó sujetarlo amenazándolo ahora con el arma. Craso error para él o quizá para el alemán, porque ante este acoso, Hans, no tuvo más remedio y de un solo golpe en el mentón lanzó al agresor como el tronco de un árbol aserrado sobre el suelo; retumbando en su caída. Entonces tanto vecinos como agresores quedaron mudos, y solo el estruendo de un nuevo disparó activó la algarabía de ambas partes; los ojos se desorbitaron, la adrenalina invadió el torrente

sanguíneo y en esta ocasión, todos los presentes avanzaron hacia el lugar donde permanecía Bermer, y el otro sujeto. Hans, giró sobre sí mismo para observar a quienes se aproximaban, todos pensaron que había sido herido, y a zancadas llegaron hasta él para socorrerle; pero al examinarlo se evidenció que el disparo no le habían alcanzado, por su parte a un par de metros los malhechores ayudaban a incorporarse al suyo. Para ese momento la gente ya no tenía miedo y la situación se tornaba todavía más tensa. Dery, estaba atónita, las piernas apenas si le respondían, y fue una de las ultimas en llegar hasta Hans, ya estando frente a él levantó los ojos para mirarlo y en un impulso indeliberado lo abrazó.

—¡Qué te pasa imbécil…pudiste matar a alguien!—recriminó ofuscado uno de los forasteros al hombre que acababa de incorporarse—

—Mierda…si yo no disparé—aseguró este sacudiéndose la polvareda de su camisa y mirando con inquina al germano.

—Fui yo… ¡ya déjenlo!—se escuchó una voz que provenía desde el centro del parque; se trataba del jefe de los sujetos quien al parecer no estaba con ellos, durante la fecundada revuelta—y continuó avanzando hacia estos—¿Qué carajo creen que hacen? ¿Es esta la forma de tratar a la gente?

Solo este hombre logró controlar la algarabía, todos quedaron en silencio de nuevo; incluso la gente del pueblo que echaba un vistazo al extraño con su postura de evidente autoridad, que develaba la figurada sumisión en el rostro de los otros; mientras con postura firme cuestionaba su conducta y patentizaba que habría un escarmiento por ello. Luego se sentó sobre el muro del parque con las manos cruzadas sobre las piernas, las mangas de una camisa verde remangadas hasta el codo; pantalones caqui y botas color negro. Su semblante revelaba misterio, sus ojos oscuridad, y su voz infundía temor a sus propios hombres.

—¡Vámonos de aquí!—dio la orden.

Justo cuando anunció este dictamen, se escuchó a lo lejos el distante resonar de la sirena policial; lo cual precipitó su partida. No cruzaron más palabras con la gente del pueblo, ni una amenaza, tampoco una disculpa; sin otra cosa, emprendieron la huida a bordo de sus automóviles. Cinco minutos después arribó la policía indagando lo ocurrido ¿Qué pasó aquí? Averiguó un sargento. Entonces otro uniformado que venía con él descendió del vehículo y se acercó a este, murmurando algo a su oído.

Entretanto, Hans, ensayaba tranquilizar a Dery, asegurándole que todo estaría bien, que debía tranquilizarse; seguramente, él alemán en sus travesías por el mundo, ya había conocido la naturaleza humana, a veces impredecible y agresiva. Claro, para la muchacha todo aquello era penoso, y las palabras de Bermer, no alcanzaban para brindarle consuelo. Por el contrario la consternación le amargaba de bilis las entrañas, al no entender el comportamiento de esos

forasteros; ni el por qué los agredían sin razón, siendo ellos una comunidad tranquila y acogedora.

Antes de responder algo coherente, una amalgama de voces cortó el viento, estremeciendo los oídos de todos. En medio del revuelo cada quien quería explicar lo sucedido, y se arremolinaban sobre los policías sin orden ninguno.

Entonces un grito estableció nuevamente el orden—

— ¡Un momento! —Exclamó el sargento y continuó haciendo una seña al alemán—venga usted.

Hans, se aproximó y el uniformado le pidió una descripción de los sujetos. Bermer, casi murmuraba y resultaba inasequible escuchar la conversación que se extendió un par de minutos.

XII

Por primera vez en mucho tiempo se respiraba en el pueblo un ambiente desencantado, mientras la gente

observaba a los policías con la sorpresa dibujada en el rostro, y la soflama de la inconformidad en el semblante espoleándolos a un escenario ignoto; y entre protestas exigiendo que la autoridad que atrapara a los agresores.

El pueblo estaba a punto del colapso, los habitantes se sentían desconcertados; los uniformados los observaban y nadie parecía atinar como se debía proceder en ese caso. A excepción del propio Sebastián, quien con talante firme se acercó a el sargento para hablarle, al instante este ordenó a uno de sus hombres abordar la patrulla y Sebastián, lo acompañó mientas los vecinos proseguían con sus descargos.

Transcurridos quince minutos la patrulla reapareció en el lugar, de ella descendieron Sebastián, y el agente, el primero indicó agitado:

—Es seguro que se dirigen al siguiente pueblo.

Entonces el sargento observó—¡debemos avisarle cuanto antes al ejército! Y continuó dirigiéndose a los

presentes— por ahora cada quien vaya a su casa, los llamaremos si necesitamos su declaración—y finalizando con esto subió al vehículo, seguido por los policiales.

Algunos continuaban pasmados, y probablemente la mitad del pueblo debía estar reunido en el parque; hasta que algunos dieron media vuelta, tácitamente, sin terminar de asimilar los hechos. Dery, continuaba al lado de Hans, con el corazón como un balancín de sentimientos encontrados. Otros vecinos giraron para observar la reacción de sus inmediatos y al ver que ya algunos dejaban el sitio, los imitaron. Finalmente solo la sombra de las acacias pobló el lugar.

Hans, y Dery, abandonaron el parque al mismo tiempo. Pocos minutos después estaban en el colegio. Todos avanzaban con agitación, entre comentarios y suposiciones, de vuelta a las aulas de clase. Sin embargo, el forzudo alemán conservaba su habitual calma; mientras la joven lo observaba e insistía en lo inaceptable de la situación que había puesto en riesgo

su vida. Empero, él se limitaba a demostrar con inusual desenvoltura, que aquellos ellos eran actos habituales del proceder humano, en su empeño por manifestar supremacía ante otros; por eso convenía no doblegarse y expresar firmeza, a riesgo de mudarse en victima de no llegar a hacerlo. Aún así Dery, lo observaba con incredulidad, en la convicción que la prudencia era mejor herramienta en semejantes casos.

Ella permaneció con él en medio de la plazoleta, mientras los demás regresaban a sus clases; sentía que no quería estar sola. Los acontecimientos le habían generado zozobra, y hablar con su profesor le llenaba de calma. Entonces se allegó también Sebastián, quien los saludo y permaneció a su lado, las clases estaban a punto de finalizar y ninguno consideraba prioritario adentrarse en los salones, donde todavía se discutían asuntos disimiles de las materias escolares. El recién llegado indagó dirigiéndose al docente.

—¿Entonces qué piensa usted de lo que pasó?—dijo— Profe… ¿qué sintió en esos momentos? ¿qué era lo que le decían esos sujetos?

—Nada coherente Sebastián—contesto él—simplemente, pienso que sus dogmas están tan desacertados, que trascienden la lógica de los hechos y al decir esto, me parece a mí que terminan siendo víctimas de aquello que no dilucidan por completo o sin más, perciben que la razón debe imponerse y no ganarse como debería ser.

—Es cierto —asentó Dery—Tampoco deber ser fácil ir por ahí sembrando el terror, y ganándose el desprecio de todos; pues al fin de cuentas también ellos reciben de vuelta, las consecuencias del perjuicio que ocasionan a otros. Incluso, algunos tendrán familia y se ven obligados a estar alejados de ellas, e iluminados por su propia ignorancia y su conducta hostil, van ganando enemigos donde van—y continuó preguntando:

— Sebastián ¿tú sabes quienes eran o a que venían?

—En realidad no lo sé. Deduzco que venían de la montaña, pero sería preferible que se tratara de delincuencia común y no parte de algún grupo armado—respondió el muchacho hacienda una mueca.

—¡No… no… ni lo digas!—mencionó entonces Dery—Dios, quiera que no regresen por estas vecindades.

Bermer, los observaba sin añadir nada a la charla, sencillamente, estaba ahí de pie con la tarima de eventos a sus espaldas; al verlo parecía que su rubio cabello se uniera con el intenso sol que florecía, bañado por el sudor y mas pálido de lo usual, mientras se distraía despidiéndose de la docente de literatura, la maestra Gonzaga. En ese momento sonó el timbre que anunciaba el final de la jornada y Hans, se ofreció a acompañar a los dos estudiantes hasta su casa.

—¡Claro profe…vamos!—aplaudió Sebastián, el ofrecimiento y juntos abandonaron la institución educativa.

Al cruzar la puerta del colegio, principiaba a escucharse el bullicio de los más pequeños jugueteando en las calles, y poco a poco la plaza principal retornaba a la normalidad.

—¿Y es cierto? —consultó Dery, a su amigo—¿que se iban en dirección al pueblo vecino? ¿Pues qué sería entonces lo que andaban buscando?

—Todo indica que si—espetó Sebastián, necesariamente tienen que cruzarlo, porque la vía principal se encuentra cerrada desde el fuerte invierno del año pasado, que como ustedes saben causó algunos derrumbes y por la trocha que conduce hacia la montaña no siguieron; de modo que es fácil concluir que en menos de una hora ya estarán allí.

—Bendito ¡Que cosa!—apuntó Dery—¿por qué razón habrá gente así? Solo viven pensando en hacer el

mal a otros. Dios, quiera que no estén pensando en asaltar el banco o secuestrar a nadie.

—Uno no entiende las maquinaciones de esa gente, a lo mejor lo único que querían era sembrar pánico en el pueblo y eso era todo…no lo sé—dijo Sebastián.

—Tienes razón—asentó Hans — y es que en ocasiones no entendemos ni nuestro propio actuar.

—Pero de ninguna manera debemos dudar de Dios, o del gobierno, o de cualquier otro que pueda solucionar esta crisis; lo importante es confiar que no pasará nada y esos forasteros seguirán su camino, al lugar que le corresponde y han elegido—afirmó Sebastián, antes de despedirse estrechando la mano del alemán y dando un beso en la mejilla de Dery, puesto que ya se encontraban frente a su casa.

—Me saludas a tu mamá—pidió la muchacha.

—Bien, lo haré—dijo—

—Que tengan feliz tarde—concluyó avanzando hacia la puerta.

Dery, Sonrió mientras lo veía alejarse, más que un amigo, era casi su hermano mayor; aunque solo los distanciaban meses de diferencia. Desde pequeño se había preocupado por ella, por su bienestar; estando a su lado en los buenos momentos y también en los difíciles.

—Es un buen muchacho—observó el alemán, mirándola.

—Es Cierto, es un gran amigo –

XIII

Al mediodía siguiente durante la hora del almuerzo, las lamentables noticias llegaron, y es que en efecto ni el ejército, la policía, el gobierno o el propio Dios; habían conseguido evitar el dramático desenlace de los sucesos, y por la fuerza, un valioso botín había sido extraído del banco en el pueblecito vecino. Los asaltantes naturalmente, eran los mismos que entraran

en conflicto el día antes con los vecinos del pueblo; parecía que esta vez la fortuna había sonreído para los vecinos de Dery, a costa del infortunio de otros. Pues evidentemente el asalto se había pensado inicialmente ahí, y quizá la disputa entre Bermer, y el delincuente a la larga los había beneficiado. Se albergaba a pesar de todo la esperanza que de aquel ultraje, solo quedaran pérdidas materiales, no obstante, horas más tarde se supo que el guarda de la entidad bancaria, había resultado gravemente herido; y los habitantes del pueblo se habían escondido en sus casas, algunas de las cuales resultaban también abaleadas, la gente solo hablaba de ese tema aquella tarde. No se tenía noticias sobre otros heridos o lesionados, aunque al parecer por información venida desde el lugar; el único desventurado había sido el valiente guardián del banco, quien en su intento por salvaguardar los intereses de la entidad, había resultado lesionado.

Una voz de aliento fue enviada hasta los vecinos del pueblo contiguo, mas una sensación de extrañeza

embargaba el ambiente, al pensar que podía haberse tratado de su propio poblado. Por primera vez Dery, su señora madre, Sebastián, la madre de aquel, sus compañeros de clases, los docentes, el párroco; todos reunidos en la iglesia elevando una plegaria por la paz de la región, sentían que aquella imaginaria burbuja que los distanciaba de la realidad del país, estallaba frente a ellos. Y advertían que no tenían un temple de acero, que contrario al alemán ellos eran personas frágiles y vulnerables; temerosas de lo que pudiera sobrevenir. Entonces un estremecimiento les enfriaba las entrañas, los tomaba por sorpresa y abrumaba. Allí próximo a ellos emergía un enemigo sin ley, para el cual todo era permitido, y al que el gobierno difícilmente podía enfrentar. Ya no se trataba de las noticias en la televisión, esta vez habían conocido su rostro, le habían visto a los ojos y sabían de lo que era capaz.

A pesar de los acontecimientos, esa noche la mamá de la joven reflejaba optimismo; como si algún arcano

secreto para Dery, la entusiasmara, tanto que durante la cena estuvo muy locuaz e incluso curioseó con la relación entre su hija y su maestro.

—y bien hija, cuéntame sobre el profesor Bermer, ¿es casado? O ¿tiene hijos?

—No sé mamá—sonrió ella—no me he adentrado en esos terrenos de su vida privada—

—bueno lo digo porque podría tener una familia en Alemania, la verdad es que es un hombre tan reservado que…—insistió la madre.

—No, mamá realmente no sé nada de eso—respondió tímidamente la muchacha y se sonrojó al hacerlo, como si el tema le incomodara.

Pero la mujer era persistente, como toda madre ocupada en los asuntos de su hija.

—¿y dime sobre qué temas tratan cuando te acompaña hasta aquí?

A pesar de la tozudez de la señora y sabiendo que no había suspicacia en sus palabras, sino mas bien la

intención de demostrar interés en sus asuntos, Dery, replicó.

—Bueno, hablamos de tantas cosas, del colegio y otros asuntos, por ejemplo el otro día me contó cómo fue su niñez en Alemania. Sobre todo he notado en él, que a pesar de su edad, porque asumo es bastante joven, se trata de una persona madura con una filosofía muy propia—

—Ya veo—asentó la mujer. Mas de inmediato la conversación tomó otro giro que la joven no esperaba—y ahora dime ¿qué fue lo que ocurrió en el parque ayer?

—Ehhhh, pues…—dudo Dery, como explicar los pormenores, asumiendo que la madre estaba interesada en los detalles del hecho—y continuó—bueno…lo que tú ya sabes… que vinieron esos hombres e hicieron disparos, todos estábamos muy preocupados y entonces…

En ese momento la señora interrumpió y extendiendo sus manos tomó las de su hija—mira

cariño, sé que a veces actúas sin premeditar las consecuencias, sin aplicar ninguna malicia sobre ellas y también que te preocupas y aprecias a los vecinos; pero debiste haberte quedado en el salón de clases como ordenaron los docentes y no salir como el resto del pueblo a curiosear—

Ante la reprimenda Dery, guardó silencio—y la madre concluyó mientras se incorporaba del asiento y recogía la loza—si algo así se repite, Dios, no lo permita. Espero que no vuelvas a exponerte de semejante forma.

—Si mamá—reconoció la muchacha asombrada, hallando la razón en las palabras de su progenitora y encogidamente se puso de pie para irse a su habitación—hasta mañana mamá— dijo antes de imbuirse en su mundo particular.

—Que descanses cariño—respondió la mujer.

Y la muchacha se quedó ahí por un momento como esperando alguna palabra más. Entonces indagó—¿estás disgustada conmigo?

—No cariño, solo que me preocupa tu seguridad—observó la señora allegándose a ella y a continuación reveló dejando todavía un halito de misterio sobre el asunto, la evidente razón que le causaba satisfacción –a propósito mañana hay una sorpresa para ti.

—¿De qué se trata—curioseó la joven?

—Algo que sé te alegrará mucho. Ahora ve a descansar.

—¡Nooo… dime de una vez!—insistió Dery.

—No…señorita…mañana los sabrás, ya ve a tu cuarto— decretó la mujer con una sonrisa.

Dery, ingresó a su cuarto y encendió la televisión, para ver su programa favorito sobre animales, y con el sabor de la inquietud por la sorpresa de la cual hablaba su mamá, se quedó dormida.

La mañana siguiente todo transcurrió en normalidad, a excepción del mediodía cuando terminada las clases debió regresar sola a casa. Pues esta vez Hans, y Sebastián, se habían ocupado en otras cuestiones sin poder acompañarla; por tanto el

camino de vuelta pareció más prolongado de lo habitual, sin embargo, aceleró el paso y pronto estuvo en casa. Al llegar abrió la puerta con dejadez, ingresó y descargó el morral sobre el sofá.

–Mamá ya llegué—farfulló.

Pero solo el viento quebrando el silencio respondió. Repasó con la mirada cada rincón, sin embargo, en lugar de persistir en su husmear, se sentó y estiró sobre el mueble grande de la sala. De pronto escuchó tres golpecitos en la puerta de su habitación, y como un resorte levantó la cabeza; entonces allí junto a su madre disimuladas en el cuarto encontró a la mamá y una tía venida de una ciudad principal, ubicada al occidente del país, a unas nueve horas de la capital; la cual hace largo tiempo no venían y quien era su familiar más querido, pero más por cuestiones de trabajo y distancia poco compartían de un tiempo a la fecha.

–tía que alegría—dijo incorporándose del mueble y acercándose a ella para prodigarle un fuerte abrazo.

–¡Que gusto mija!— respondió afectuosamente la señora—estas grandísima y preciosa…¿cuánto tiempo? –y continuó—me han hecho mucha falta.

La progenitora seguía atenta la escena, disfrutando de aquel regocijo familiar. Entonces, Dery, la observó e inquirió —¿mamá por qué no me dijiste que venía? Era una sorpresa, ya te lo había dicho—observó la mujer.

—¡Y vaya sorpresa más agradable!—asentó la muchacha.

Pero vamos…vamos…no nos quedemos aquí de pie, sigamos a la sala—invitó la tía— hay muchas cosas que contar.

Así hicieron tía y sobrina, mientras la madre preparaba unas colaciones para extenderse en la charla.

—De verdad que alegría tenerla por acá tía—hace mucho que no venia.

—Si Dery, así es, hace rato pensaba venir a visitarlas, pero el trabajo y las obligaciones apenas si me lo permiten; la vida en la ciudad es siempre muy agitada.

—Tía ¿y sus maletas? ¿Se va a quedar unos días…verdad?

—Si cariño, aproveché una licencia del trabajo, porque hace unos tres años que no tenía ni siquiera unos días de descanso; y mis maletas por ahora están ocupando tu cuarto.

—Descuide tía, si quiere se queda en mi habitación, esa tiene televisor—sugirió la muchacha.

En ese momento regresó la madre con una bandeja ataviada de vasos y otra con galletas que descargó sobre la mesa de centro. Luego las tres hablaron sobre la capital, los recientes acontecimientos en el pueblo, el trabajo, los proyectos; así pasaron devorando temas como si el

tiempo se les acabará, riendo y recordando tiempos otrora más tranquilos y apacibles.

XIV

Aunque resulta poco habitual encontrar en los pueblos de esta región Colombiana, familias reducidas; la familia de Dery, era la excepción. Sobre el padre de la muchacha, muy poco se hablaba, y respecto de la familia materna, los abuelos ya no vivían; así que incluida su progenitora eran tres hermanas, la mayor de ellas estaba radicada hace años en los estados unidos, y poco contacto se tenía con esta. La otra era la tía que ahora las visitaba, quien quizá por estas razones resultaba tan allegada. Seguramente, había otros familiares, pero la joven estaba poco enterada de ellos.

Se lisonjeaba la casa con el aroma donoso que impartía la recién llegada, y sus ocurrencias lograban con frecuencia una risa.

—Dery, ven quiero mostrarte algo—indicó la mujer, levantándose de la silla y avanzando hacia la habitación, seguida por la joven. Al entrar abrió una de sus maletas y extrajo de esta un envoltorio de papel periódico, asimismo, una bolsa de regalo.

—Tía no se hubiera molestado—expresó Dery, tomando los obsequios.

—¡Nada de eso!—indicó la mujer, dándole un abrazo—no es mucho, pero es con todo el afecto.

—Gracias tía—dijo ella, sentándose en la cama y extrayendo de la bolsa de regalo un bonito vestido color magenta.

—Espero que te quede—dijo—antes de venir pregunté tu talla, lo que no sabía era que te habías convertido en una bella y curvilínea mujer.

—Ayyy… tía, que dice—se sonrojó la joven y se incorporó, midiendose el traje por encima de su

ropaje—mire, me queda perfecto, seguro lo voy a usar en una ocasión especial.

La tía la observó con simpatía, mientras la joven desenvolvía el otro obsequio; de donde emergió una escultura en mármol de unos veinte centímetros, con la réplica del David, del artista Miguel Ángel Buonarroti.

Cuando estuvo completamente desenvuelta, Dery, la tomó en sus manos, y su mirada se precisó en ella; sobre todo en el rostro, del que observaba cada detalle en silencio, abstraída.

Luego elevó la mirada para observar a la mujer e hizo una singular observación que causó extrañeza en esta.

— ¿No le pasa tía que en ocasiones encuentra en algunas figuras cierta similitud con personas que usted conoce?—

— ¿Cómo? ¿Qué quieres decir?—

—Es verdad–dijo—por ejemplo en esta figura que usted me ha regalado, es como si se acertara la imagen de alguien conocido.

—Interesante pregunta—masculló la tía— y luego de reflexionar unos segundos, preguntó con imprevisor tono de voz—¿y acaso? Ese alguien que atinas en la imagen ¿es un joven del colegio? ¿Algún amigo? O ¿alguien que te atrae? Y de ahí la razón de tu apreciación.

—Dery, dejó escapar un involuntario suspiro mirando a la mujer y se quedó pensando sin pestañear, ni pronunciar respuesta; en un breve lapsus, luego dijo:

—No precisamente…—pero estas palabras le vinieron bajas de entonación, casi dudosas, acompañadas de una risita nerviosa; e incluso cuando consideró extravagante tal reflexión, mas tarde comprendería el contenido de veracidad de aquellas palabras, mas en ese momento certificó:

—Nooo…no en absoluto, no es el caso, simplemente se trata de mi profesor de educación física, con el cual últimamente hemos entablado una amistad, si así puede llamársele.

La pariente frunció el ceño con gesto de vacilación, y prosiguió dando giros sobre algo que palmariamente, le resultaba divertido.

—¿Y acaso?, no sientes regocijo al encontrarte con esa persona y en cualquier situación, poder al menos cruzar unas palabras con él; escucharlo o incluso te sientes inquieta o temes comportarte en forma indebida. ¿No es eso lo que traen consigo los sentimientos? Y hasta en ocasiones fantaseas dando rienda suelta a la imaginación, aun temiendo no ser correspondida.

La jovencita se revelaba intranquila ante la indagación de su familiar, si bien, reconocía que aquella mujer quien había estado buena parte de su niñez a su lado, tenía la capacidad para leer sus sentimientos; incluso aquellos que su propio razonar

no había contemplado hasta entonces. Y le agitaba el corazón discurrir siquiera por esa posibilidad, pues Hans, era su maestro solo eso, y alguien con quien compartía algunas ideas en común. Más allá de eso no concurría auspicio que sugiriera tan descabellado desenlace…Bermer, y ella juntos ¡que disparate!

—¿Te incomoda mi pregunta?—insistió la mujer.

—No tía, como cree…pero es justo lo que le digo, una simple amistad como cualquier otra.

—Hmmm…—Pues ¿acaso no es cierto?, en lo que toca a los asuntos amorosos, que la distancia entre la amistad y el amor suele ser a veces demasiado corta. ¿Y pueda ser ese el caso que nos trae a esta conversación?

—No cabe decir otra cosa tía, pero de seguro no es esta la situación.

Seguido la pariente se sentó en la cama junto a ella y le acarició el largo cabello.

—Y bien ¿me contarás quien es aquel afortunado a quien consigues ver aún en las propias esculturas del esbelto y hermoso David?

—Como te dije antes es mi docente de educación física, es alguien bastante joven, es alemán y hemos hablado un par de veces cuando venimos hacia acá, puesto que vive a pocas cuadras. Más allá de eso no conozco mucho de él o de su vida.

Y así era por lo menos hasta ese momento, y la joven no ocultaba nada; puesto que no había germinado en su ser, pensamiento amoroso ninguno con el rubio gigante. Y aunque la tía pudiera leer en su corazón, esta vez estaba convencida de una imperfecta interpretación de su parte y presto prefirió no ahondar más en el tema.

De modo que ensayó llevar la conversación hacia otra dirección, preguntando sobre asuntos de la ciudad en que esta residía, como era vivir allá, cuanto era el trayecto que separaba aquella de su pequeño pueblo; y así sin interrupción hablaron durante

distendidos minutos, mientras la madre preparaba la cena.

—Que bueno es tenerla otra vez aquí tía, así sea solo de visita—afirmó Dery—pues llegamos a pensar que se sentía desterrada de esta su propia tierra, como si alguna razón se lo impusiera.

—Te aseguro que es lo menos que quiero que sientan—contestó ella—es que a veces las obligaciones y sobre todo el trabajo, no me permiten venir a compartir con ustedes; de cualquier modo lo importante es que estamos juntas y podemos disfrutar de los días que estaré aquí.

—Y así será tía—asentó la muchacha—quiero enseñarle el pueblo y presentarle algunos amigos, por supuesto, que usted también reencuentre viejas amistades que siempre la preguntan.

—Claro que si…pero ahora, mija, vamos donde tu mamá que la hemos dejado sola con los deberes, no sea y vaya a tomarnos por un par de ociosas disimuladas en el cuarto, escabulléndonos de los quehaceres.

Además, invitémosla al pueblo un rato, así nos distendemos, cuando menos yo, de la agitación de la ciudad.

XV

Al cruzar el quicio de la puerta encontraron a la señora, disponiendo ya la mesa y se apresuraron en asistirla con lo poco que faltaba; esta sonrió entendiendo el cariño que unía a tía y sobrina y ante la disculpa ofrecida por la distracción, solo atinó observar el placer que le generaba que compartieran tiempo juntas.

Transcurrió la cena entre un ameno parloteo, en el que fiel a su carácter la tía las hizo reír todo el tiempo, y una vez finalizada esta; enjugaron la loza para disponerse luego a recorrer las calles del pueblo, no sin antes asistirse del calzado y ropaje adecuado para la caminata.

El clima era encantador esa noche, un frágil rocío que acariciaba la piel sin helarla; y en lo alto un límpido cielo vestido de añil se adornaba de luceros. La tía estaba fascinada, y su mirada se delineaba de ilusión, de regocijo; pues también ella había vivido su niñez y adolescencia en aquel terruño detenido en el tiempo. Y su reminiscencia recreaba ahora cada paraje recorrido, como hacia ahora su sobrina con la mente arrebatada en el recuerdo de su maestro de gimnasia… ¿Por qué? ¿Acaso la tía tenía razón sin que ella lo supiera hasta entonces?

En el corazón de Dery, parecía emerger una inusitada disyuntiva; pues su mente no se ocupaba como antes, de acertar en el camino a su amigo Sebastián, o a otros vecinos, no…en esta ocasión se distraía en imaginar si Hans, estaría en el parque, o si se le cruzaría a mitad del trayecto. ¿Qué diría si tropezaran con él? Se sonrojaría como una tonta y entonces aquello que no creía, se develaría como una

axiomática verdad…su profesor le atraía. ¡No podía ser!

No obstante, al llegar al parque y repasar con la mirada sus aristas, se percataron que este estaba solitario; Dery, suspiró mirando a los ojos de su tía como si sintiera vergüenza al no cumplir lo acordado. Por la razón que sea, algo había cambiado en el pueblecito; solo había soledad donde antes a esa misma hora, podía verse a muchas personas departiendo, jugando dominó o parchís. Así que la muchacha ensayó excusarse por sus vecinos.

Tía, es que hace un par de días ocurrió algo y la gente se sintió algo intimidada—observó e intentando no generar pánico en la mujer continuó—pero descuide eso ya pasó y seguro no se repetirá.

Entonces la mamá le clavó los ojos encima, probablemente, juzgando su imprudencia hacia la visitante.

La tía en cambio dio menos trascendencia al asunto, y se distendió por completo sobre el muro del

parque; mirando la iglesia que se conservaba tal como recordaba, el colegio donde estudiaba Dery, y también ella había estudiado. Todo seguía ahí perenne, como si Dios, se regocijara en el recuerdo de aquel pequeño rincón.

Este ejercicio le hacía olvidar del caos de la ciudad, era el paliativo que su ánimo urgía, y durante un buen rato solo observó con curiosidad, bajo la tutela del cielo. Después de un rato fue la mamá quien ahora sentada al lado de su hermana, con Dery, del lado opuesto, inició a preguntar:

—¿ Y cómo van tus cosas en la ciudad?

—La mujer hizo una pausa, como si le fatigara la reminiscencia que por unos días pretendía dejar atrás, luego la miró de reojo y dijo:

—De hecho bastante bien, encontré un buen trabajo, mi jefe es amable, el salario me permite vivir cómodamente; aun así, desde hace algún tiempo vengo reuniendo algo de dinero, para establecer un negocio propio. Un proyecto que ha

rondando mi cabeza de tiempo atrás…por supuesto, les contaré e invitaré cuando sea una realidad—y diciendo esto las abrazó a las dos.

Entretanto Dery, se distraía dibujando en el pizarrón de cielo, con las luces de las estrellas, las constelaciones que creía adivinar; sin entender como muchos, en que época o lugar del cielo estas aparecen. Y se sorprendió al recordar las palabras de su tía, sobre los enamorados acertando sensitivas pareidolias, en cada instante y lugar. Sin concebirlo todavía su espíritu juvenil, se henchía de nuevos sentimientos.

Oscuros celajes iniciaron a cubrir el firmamento, avanzando apacibles, anunciando que también la noche duerme; y la penumbra se alargaba coloreando de bruno el verdor de las acacias. Los faroles en la plaza estiraban graciosamente las siluetas cada vez más escasas, de los vecinos que disfrutaban la noche. Finalmente, hizo su arribo el frío, anunciando en su llegada el deber de resguardar con su escarcha las

calles; de modo que el triunvirato femenino se incorporó de su asiento de adobe, para marchar de súbito hacia su cálido destino.

Posteriormente, coronado el terraplén y explayada la verde puerta, ingresaron lentamente a la casa para desplomarse exhaustas sobre los muebles de la sala. Dery, aventajaba en cansancio a sus familiares, tanto que escasamente prestaba atención a la charla que mantenían; batallando contra la pesadez de sus parpados, hasta caer vencida sobre las piernas de la madre.

Y estando en tan confortable postura, aferrada al mundo de la fantasía; soñó con un paisaje inédito, una titánica ciudad de señorío inestimable, y notable aspecto; ataviada por hercúleas esculturas, galanamente concebidas por una mano sin duda privilegiada. Sobre todo llamó su atención una de ellas, que se erigía sobre lo que concluyó era el centro de aquella enaltecida metrópoli; se trataba una efigie similar al David, pero en cuyo rostro notoriamente

advertía el del alemán, el de Hans, su profesor. El resto del sueño se entretejía entre difusas iconografías y sobresaltada despertó. Al repantigarse se dio cuenta que descansaba sobre su cama y que todo no había sido más que el producto del ensueño; y que quizá su madre y la tía, habían atravesado apuros para acomodar su desmadejado cuerpo en el lecho.

Observó el reloj despertador cuyo tic tac se mezclaba con los ronquidos de su pariente, sonrió sola en medio de la oscura madrugada y se adhirió de nuevo a la suave almohada en procura de adormilarse; sin embargo, la llegada del amanecer le sorprendió con los ojos abiertos, sin poder conciliar de nuevo el sueño.

Sobrevivido el insomnio observó con resignación, la mañana que arribaba adentrándose por las ventanas; a pesar del desvelo se sentía plena de energía, y luego de bañarse se calzó el uniforme de blusa blanca y falda a cuadros.

Tomó café y un par de galletas que la madre le había dejado sobre la mesa del comedor y al escuchar

el cuchicheo de esta y su tía en la habitación, se allegó para despedirse prodigando un beso a cada una.

XVI

Al llegar al colegio se suscitó el encuentro no planeado, mientras aguardaba que los más chicos, quienes se habían amontonado desordenadamente en la puerta de ingreso despejaran al paso. Justo ahí, tras de ella sintió una presencia y aroma de colonia familiares; giró casi sin aliento y una sensación de tremor recorriéndole el cuerpo, cuando frente a ella acertó la figura de Hans Bermer.

—Hola Profe…Hans…hola como estas…—balbuceó con el corazón agitado y en un impulso maquinal le besó en la mejilla, cuando este extendió su mano para saludarla.

El calor se le subió de inmediato a la cabeza. Tal vez algo en ella no estaba funcionando como era debido, se

sintió una tonta, como una niña escondida detrás de un par de libros, mientras retrocedía en busca de la puerta de acceso; meditando que las palabras de su tía le habían afectado más de lo que pensaba. Su razón y sus emociones parecían no conectar y cuando el tumulto de pequeñines se dispersó, la figura de Sebastián, se reveló al interior del colegio como la representación de una ruta de escape, hacia la cual corrió sin mirar atrás; dejando al alemán con cara de pasmo.

Transcurridos un par de segundos estaba aferrada al brazo de Sebastián, quien extrañado indagó.

—¿Que ocurre Dery, te ves pálida?—

—Hola...—dijo—me acompañas a la cafetería antes de entrar a clase…por fa…—

—Claro…vamos—asintió él.

En La cafetería que abría bastante más temprano de la hora de llegada de los alumnos, sobre una mesa forrada en formica abedul, se sentaron uno frente al otro.

—¿Bien…dime que te ocurre? Averiguó Sebastián, impaciente.

—Aguarda un momento…replicó la muchacha— ¿quieres un café?—

—Si… está bien.

Al instante la camarera trajo consigo las humeantes bebidas, que dejaban escapar una fina línea de humo que se elevaba por encima de sus cabezas; mientras Dery, se atragantaba de palabras dilatando la conversación con su amigo.

Sebastián, dio un sorbo al café aguardando paciente que la causa de tal conmoción se develara. Dery, sabía que aun cuando se le enredaran la palabras, ese delgado y espigado jovencito de risos negros y ojos expresivos, que estaba frente a ella, era la persona en la que mas confiaba para revelarle sus asuntos; más que una amistad resultaba una relación casi filial, como si se tratara de un hermano mayor, a pesar de tener la misma edad. Y si bien, como cualquier adulto novicio, no podía entrever todos los

contubernios de la agitada vida, siempre tenía para ella un consejo o una palabra de aliento.

La joven intentó dar inicio a la explanación del por qué, a esa hora no estaban recibiendo clases sino quemándose la lengua con un café humeante; y desde el otro extremo de la mesa la observaba expectante su amigo. Habían perdido ya diez minutos de una clase, que consideraban irrelevante como muchos otros y a esa hora también llegaban a la cafetería algunos estudiantes, compañeros de clase y conocidos quienes les saludaban al pasar por su lado.

Dery, empezaba a sentirse ridícula, y su conducta contrastaba con el semblante de una bella mujer, cuyo aspecto físico manifestaba confianza; aun así, no conseguía acertar las palabras más sencillas que le proveyeran del consejo que buscaba. Hasta que finalmente logró articular una frase.

—Sebastián ¿Puedes escucharme sin burlarte de mí y sin juzgar la necia conducta que a veces parece tenemos las mujeres?

—Sabes que si, puedes contarme lo que sea, pero ya…dime de una vez lo que te inquieta—

Sus blancos dientes se revelaron en una risita nerviosa, imprecisa.

—Y me darás tu mejor consejo sin juzgarme, además, de prometerme que no le contaras a nadie lo que voy a decirte.

—Claro que no, sabes que jamás revelaría algo que te hiciera daño.

—Sé que ni siquiera tengo que recomendártelo —sonrió ella—gracias.

Entonces sus ojos se iluminaron, tomó una bocanada de aire y se sintió libre de hablar.

—Sé que no crees en el amor a primera vista y por supuesto, yo tampoco—dijo—pero no sé que me está pasando.

—Pues cuéntame, yo te doy mi opinión—pidió Sebastián, observándo sus ojos color caramelo.

—Pues resulta que…—

—¿Qué? dime…—

—Es que… no lo sé…creo que…no sé ni cómo pasó, de pronto he empezado a sentirme atraída por el profesor Hans, por su forma de pensar, y estando junto a él me lleno de nerviosismo.

—¡Queee…!—exclamó Sebastián, delineando en sus labios una sonrisa.

—No te rías de mí Sebas, es cierto y no sé ni en qué momento pasó esto— y continuó—incluso hace un momento me le lancé encima y le di un beso en la mejilla. Me siento una tonta.

—No eres una tonta…no digas eso—reprendió el muchacho—de hecho creo que ya sé notaba el otro día que salimos juntos.

—Nooo…no me digas eso…no se qué hacer, estoy convencida que esto que siento no puede avanzar, es una insensatez.

—Mira, simplemente te picó el bicho del amor—dijo él—y eso no tiene nada de malo, además, tú eres una mujer adulta y el profe…es alguien bastante joven; solo

deja que las cosas fluyan y no te tortures, que no estás cometiendo ningún pecado.

—Eres un gran amigo Sebastián. Gracias. Te agradezco de veras, ser tan bueno conmigo y escucharme siempre.

—¿Puedo agregar algo más?—dijo él—¿Cómo piensas combatir contra tus propios sentimientos? Y de igual forma, que tan honesto seria dejarte llevar por la exaltación que ahora sientes y febrilmente desdeñar aquello que quieres. Recuerda Dery, uno no elige de quien enamorarse, al menos eso creo.

—Estoy de acuerdo —espetó ella— y creo que en cualquier otra situación estaría dichosa, pese a que, por primera vez siento temor de mis emociones; igual por otra parte estoy convencida que Hans, jamás se fijaría en mi.

La calidez de las palabras y la comprensión de Sebastián, obraron de paliativo, y sujetando sus manos le agradeció de nuevo. Ya no se sentía tan agobiada.

Habían permanecido en la cafetería por aproximada media hora y de pronto empezaron a llegar algunos compañeros de clase, que bulliciosos los rodearon interrumpiendo la charla; mas no resultó cargante para ella, puesto que ya había recibido cuando menos el espaldarazo de su amigo en semejante embrollo.

Sebastián, se distrajo entonces con los recién llegados y Dery, se incorporó de la silla.

— ¿Entramos al salón?—indagó.

—Si vamos…

Ya en clase le costó aplicarse a la explicación, y estuvo poco participativa esa mañana. Contrario a su habito permaneció callada, repasando con la mirada el pizarrón, embriagada por el desgano; hasta que su interés se vio avivado por algunas personas del pueblo, que adentrándose en el salón con el permiso del maestro; pasaron entregando la invitación para la celebración del día de la santa, a la cual estaba consagrada la región. Evento este del que participaban

siempre activamente el centro educativo, profesores y alumnado.

Los organizadores la festividad habían traído consigo, igualmente, volantes impresos y un documento en el cual, quienes quisieran participar activamente podían inscribirse; una señora que se había aproximado antes a Dery, consultó extendiendo el impreso:

—¿Quieres participar?

—Sí, claro—

La muchacha examinó las diversas opciones y seleccionó de entre estas, la más idónea para sus habilidades; así los minutos que faltaban para finalizar la jornada fueron usados en esta actividad y una vez sonó el timbre que señalaba el mediodía, la joven se despidió de algunos de sus compañeros y tomando su morral se dispuso a salir.

Antes de cruzar la puerta escuchó la voz de Sebastián, quien la llamaba, giró para verlo y sintió alivió de no tener que ir sola hasta su casa; ambos

dejaron el salón de clase y al cruzar por la plazoleta, llamó su atención el entrenamiento de los más chicos dirigidos por Bermer, quien ya finalizaba. Dery, lo observó de reojo cuando percibió su ronco tono dirigiéndose a ella, mientras se aproximaba en dirección por donde estaba cruzando, acompañada de su amigo.

—Dery, aguarda un momento—dijo.

De pronto quedó en medio de Sebastián, y el alemán quien proveído de una toallita blanca, secaba el sudor de su frente.

—Hola Hans—saludó tímidamente—

—Hola ¿cómo están?— gesticuló Bermer, dirigiéndose a los dos—¿ya van para la casa?

La muchacha se sentía tensa y apenada, y echando un vistazo a su amigo se quedó aguardando la respuesta de aquel, quien con una mirada cómplice acudió a una extravagante excusa.

—Ehhhh, si…pero olvidé que primero debo ir a la biblioteca, por qué no se adelantan ustedes ya los alcanzo.

Le había tomado por sorpresa la naturalidad de su profesor, quien le hablaba sin miramientos mientras avanzaban hacia la salida. Con cada paso que daba se sentía un poco mas desencantada, esperando quizá que Bermer, infiriera el cambio de sus sentimientos hacia él; y no que llanamente, le hablara de matemáticas, historia o idioma extranjero. No estaba en absoluto efusiva ese día, mientras su razón le juzgaba con dureza; y absorta en sus pensamientos avanzó gran parte del trayecto, tanto que el alemán pareció notarlo.

–¿Te ocurre algo? ¿Tienes algún inconveniente? –indagó.

Fue entonces cuando sus vacilaciones se incrementaron, era evidente que Hans, no tenía ningún interés en ella, eso concluía; desde el principio lo sabía, con todo, no podía evitar que se le formara un nudo en las entrañas. Ni siquiera

podía mantener firme su mirada ante la suya, pero prefirió callar; no tenía sentido decírselo. Al llegar a casa hablaría con su tía y le pediría consejo.

Bermer, insistió en su indagación, mas ella respondió que no era nada; fingiendo que se trataba de una simple migraña y de inmediato giró en dirección de otro tema.

El resto del trayecto trataron sobre otros asuntos, sobre las diferencias culturales a la par de las similitudes entre ellas; los dogmas coincidentes en regiones muy apartadas. La realidad que en ocasiones parece difuminarse ante nosotros, como si dentro de un sueño habitáramos siempre, esto y aquello; que abreviaba la incertidumbre de Dery, y le recordaba cómo había iniciado todo aquello y como tácitamente, debía continuar.

XVII

En la naturaleza humana nuestro dogma primario, suele ser la calificación inconsciente que hacemos de cada escenario; todo el tiempo requerimos calcular, evaluar las diversas variables, evitar riesgos en un mundo repleto de ellos: muerte, enfermedad, pobreza, rechazo, amor y demás; cada uno con sus múltiples derivaciones. ¿Cómo tener la certeza de un desenlace anhelado? O lograr una conciencia tan propia que disienta de todas las demás. Básicamente, no es posible ya que somos parte de un todo, como fragmentos de una súper conciencia, de una sabiduría universal; es esto lo que nos hace fuertes, como un mecanismo cuyas piezas se ajustan para ser eficiente, un equipo de futbol que despliega la idea táctica de su entrenador, o como obreros que construyen un enorme edificio a partir de un concepto.

Es nuestra noción de las cosas, nuestra creencia, la que unida a otras nos fortalece, ajustándonos a escenarios más favorables; inclusive en medio de

tanta agitación y cambios constantes, lo que ayer resultó útil para una comunidad, hoy puede ser un paradigma derogable ¿entonces en que creer y en qué no?

Deidades que van y vienen, aparecen y desaparecen según las necesidades de cada sociedad; los egipcios, los griegos, los mayas, los escandinavos. Con todo, la creencia en una entidad viva superior a nuestro entendimiento, persiste; es ahí, donde está la esencia de la enseñanza, de la verdadera sabiduría. Cambiar el entorno, incluso el de las ideas, permitiendo siempre la supervivencia de lo esencial; es el adquirir el conocimiento, sin menoscabar el todo universal del cual formamos parte. El hombre busca la armonía a través del ensayo y error, pero su búsqueda señala siempre el mismo objetivo: regresar a la integralidad que es el universo.

Creer en sí mismo y en su pericia para redimirse, de la confusión ante la cual ha caído

rendido. Divergir del concepto general, tomando distancia de este, incluso para situarse en oposición; en procura de enseñar a otros la luz de una luciérnaga en medio del más oscuro bosque, es esa la esencia del hombre. Cuestionar su entorno, dudar de si mismo, poner en tela de juicio sus propios dogmas sin limitar su capacidad de asombro; y aun pensando que después de la muerte viene la redención, luchar cada día en contra de esta, tan solo para padecer un mundo que le viene preciso; porque de fondo aguarda para ser compensando. Simplemente, cree que le aguarda un mejor destino, cree en su creador, se sabe parte activa de la integralidad; no obstante, quiere por propia voluntad sobrellevar la pesada carga de vivir, en el entender que es este un proceso de evolución y aprendizaje continúo. La humanidad no busca satisfacción, no de la forma escueta que podría dilucidarse; por el contrario desde sus calamidades se construye como sociedad, fortalece su carácter

para consentir el cambio, busca la ventura a través del infortunio. Ha sido así desde tiempos inmemoriales, mas no por ello debemos procurar una existencia de calamidades, ni tampoco generar un padecimiento injusto sobre otros; porque no es necesario poner la mano en el fuego para saber que este quema, pues ya antes alguien lo hizo por nosotros. De igual modo que no es primordial la guerra, la corrupción o el hambre, puesto que ya conocemos sus fauces y no queremos que otros metan su cabeza en ellas; no es cardinal el martirio para hallar la justicia, y es porque somos una conciencia universal. El ser humano jamás ha aprendido por imposición, contrario a lo que parece, y todavía en medio de las peores tormentas conservamos nuestro albedrio; y a lo largo de las cuartillas de nuestra historia podremos ver como otros, nos han mostrado caminos que en su momento hemos elegido o no tomar; son ellos

quienes antes de nosotros, se sacrificaron para salvaguardar el vinculo que nos une.

Sin embargo, tú crees pensar diferente, tus pensamientos son sosegados, tu actitud es reposada; y vas por el mundo creando tus propios paradigmas, fabricando tus particulares tribulaciones. Pero debo decirte que cada paso que vas dando, forma parte de un camino que ya fue recorrido; es el regalo que alguien te ha dado, y lo ha hecho porque a su vez tu formas parte de la integralidad. Por ejemplo, cuando vas a la escuela y aprendes lo que otros antes de ti dijeron, cuando vas al trabajo y mejoras lo que alguien ideó previamente, cuando oras y repites la plegaria que te fue legada ¿por quién? Por la voz que siempre ha hablado a tu oído; la que propende por que veas los antecedentes de cada hecho, quien procura que los padecimientos de la humanidad, no sean iterativos

¿Qué hay en el trasfondo de cada evento?

Una oportunidad de aprender, de estar atento, de escuchar y ver con un sentido de efectiva conciencia; ampliar el concepto de realidad, apreciar los ínfimos detalles donde la ignorancia de otros yerra, ser hábil, trascender, liberarse; esto trae como resultado lo que habitualmente llamamos éxito.

Y Aun el paradigma que funciona debe cuestionarse, mas no para forzar su declive, sino influirse hasta ser perfeccionado o admitido como dúctil para las necesidades de cada sociedad, de cada época.

Circunstancias, casualidad, destino, conducta, acción, efecto; son hijas todas de la misma madre, y provienen de la misma fuente que las genera: tú mismo.

Dios, con el nombre que quiera otorgársele, infaustamente, ha servido a lo largo de la historia humana en diferentes escenarios, como subterfugio para reprobables conductas tiránicas; o del otro lado de la moneda para comportamientos resignados.

Todos estos venidos de la autónoma decisión de cada individuo, entonces la casualidad, el destino y demás, dejan de tener la connotación que se le ha dado, para transmutarse al plano de la realidad, y aun cuando su origen emane de la ignorancia; siguen siendo voluntarias decisiones del hombre.

XVIII

El reloj señalaba la una menos veinte. Coronado el terraplén, estuvieron Dery, y el alemán frente a la puerta; el sonido del televisor escapaba desde el interior de la casa. A la mamá le gustaba escuchar las noticias siempre a alto volumen, mientras realizaba los quehaceres. La muchacha observó a Hans, recreando en su mente un mundo ilusorio, en el cual estaban juntos; cuando menos ese derecho tenia, el de imaginarlo, incluso si supiera que esto no ocurriría. Y mientras bosquejaba esta quimera la puerta verde se

abrió, entonces Bermer y ella observaron a la señora que salía acompañada por la tía.

La joven hizo una pausa en sus meditaciones y miró fijamente a la progenitora, sintiendo una particular fogosidad que le ruborizó el rostro. Las señoras paradas todavía bajo el dintel del marco rectangular, quedaron también en silencio por un instante, preguntándose tal vez, el por qué de la sonrisita nerviosa de la muchacha. De modo que Hans, se apresuró en romper el hielo dando un paso hacia adelante y extendiendo su mano para saludarlas:

—Buenas tardes ¿Cómo están ustedes?—

Solo entonces Dery, atinó salir de su embobamiento.

—Hola mamá… hola tía. Él es Hans, mi maestro de educación física.

—Es un gusto expresó la pariente—estrechando la mano de este.

—¿Como está profesor?—dijo seguido la madre.

Los sentimientos de Dery, serpenteaban ante la incómoda coyuntura, que la dejaba en evidencia; sabía

que esas dos mujeres leían sus emociones como si de un libro abierto se tratara, y además, había puesto a Hans, en una situación de la cual él no tenía la menor idea.

Pero a que venía tanto galimatías reflexionó dejando escapar un suspiro; si el profesor le gustaba, todos lo sabían excepto él, y como le había dicho Sebastián, no tenía nada de malo, a muchas antes de ella también les había pasado. Y en un arresto voluntarioso, decidió dar fin al ambiente escarchado que se suscitaba entre ellos.

—Mamá recuerdas a Hans, ¿verdad?

Una simple pregunta, ingenua, casi absurda; bastó para que aquella cinta se desenredada y empezará a andar de nuevo.

—Claro, que lo recuerdo—sonrió la señora—y continuó dirigiéndose a su persona—y Bien profesor, ¿cómo van las clases y el colegio?

—Muy bien señora, procurando preparar de la mejor manera a esta generación que culmina sus

estudios—respondió Hans, observando a Dery, quien sintió un estremecimiento recorriéndole el cuerpo ante esa aserción; pues quedaban escasos tres meses para ese momento y lo que era su vida hasta entonces, cambiaria por completo.

Entonces no quiso escuchar nada más; tampoco ambicionaba que la madre, la tía o Bermer, iniciaran su dialéctica sobre los cambios importantes que se sobrevendrían y con semblante taciturno, elevó la mirada hacia el docente.

—Gracias profesor por la compañía…luego giró y observó a la mujer, dirigiéndose también a ella—¿Mamá, vas para la tienda?

Fue acertado para la tía interpretar la incomodidad de la muchacha, y aventajándose a los otros indicó con su carácter siempre jovial:

—Sí, cariño, vienes con nosotros o ¿prefieres quedarte a descansar?

—Estoy un poco cansada—respondió Dery, mejor me quedo.

—Está bien—asentó la mujer—y tomando al gigante alemán por el brazo consultó y usted profesor ¿no viene?

Hans, sonrió ante la invitación de la extravertida mujer, pero se excusó indicando que tenía algunos quehaceres pendientes.

Aunque, por encaminarse en idéntica dirección partieron juntos los tres, mientras Dery, los observaba desde la puerta.

—Adiós…— musitó haciendo al mismo tiempo un gesto de despedida con la mano, mientras suspiraba de nuevo reflexionando que su molestia no era con ellos, sino consigo misma; y decidió echar de lado su aflicción reflexionando sobre la divertida escena que se dibujaba ante sus ojos, al ver a las mujeres que lucían diminutas al lado del gigante de cabellos rubios. Entonces se dio cuenta que tácitamente también ella lucia igual junto a él, dada la gran similitud física que la unía con la madre.

El resto del día se sintió igual. Después del arribo de sus familiares y una vez concluyó el almuerzo cruzó tan solo unas pocas palabras con ellas. Luego se encerró en el cuarto, sintiéndose aburrida, vacía, nostálgica; hasta quedarse dormida buena parte de la tarde.

Al día siguiente, en vista de que se había inscrito en el comité organizador, para las festividades de la Santa Patrona del pueblo; despertó con un poco mas de ánimo. Lo mejor de todo era que no tendría que asistir a clases esa mañana, así se podría distraer en actividades menos rutinarias, y ensayar salir del estado de tristeza que la embargaba. Sintió alegría al llegar al parque y encontrarse con el padre Matías, coordinando las actividades, y estaban también la mamá de Sebastián, Piedad, la de la tienda, Gonzalo, entre otros.

Todos estuvieron atentos y dispuestos; los pensamientos de Dery, se imbuían en los preparativos, apoyando a unos y otros. Había sido positivo participar en aquel comité para sacarse esa melancolía

del pecho; al finalizar la tarde ya había festones y globos en las acacias del parque, y el agotamiento no era excusa para descuidar ningún detalle.

Dos atardeceres después cuando despuntaba el caluroso mediodía, el pueblo se vistió de fiesta. Las calles iniciaron a colmarse de personas, y el punto de reunión principal era el parque ataviado de festejo; los vecinos lucieron sus mejores galas y se afanaban en lograr la mejor ubicación que permitiera otear las comparsas, presentaciones y desfiles.

Durante toda la tarde y noche, se vendió en los puestos de comida ubicados para dicho fin, todo tipo de frituras, carne, papas, gaseosas y cerveza. También la tienda de Piedad, entre otros establecimientos permaneció abierta hasta altas horas.

Era viernes y la mayoría del pueblo asistió a la celebración. Dery, la madre, su tía, Sebastián, la mamá de este y algunos compañeros de clases departían sentados sobre el muro frente a la tienda; deleitándose en la grata compañía, bromeando y alegrándose del

éxito del evento. Poco después arribó también Hans, quien de inmediato fue invitado por Sebastián, para compartir lugar con ellos, el alemán aceptó y se dispuso junto a Dery, quien lo saludó con cordialidad.

La muchacha escuchó el murmullo de la voz de su tía sentada a su lado, quien tomándole la mano dijo:

—¡Es guapo!—

—¿Que dice tía?—confirmó Dery.

—¡Es guapo, el alemán es bastante guapo!—expresó la mujer, mirándola con una sonrisa cómplice.

Entonces la joven se encorvó apenada, de pronto indeliberadamente sintió el roce de su dedo meñique contra la mano de Bermer, y un ardor le recorrió el estomago; eso no estaba bien, ya todos lo sabían y ella se sentía la más tonta de todas, reflexionó. Y optó ponerse de pie con la excusa de ir a la tienda de piedad, por unas bebidas.

—¿Me acompañas Sebas…?—invitó a su amigo, quien se incorporó al instante.

—Ya regresamos—indicó el muchacho a la mamá de Dery, y cruzaron la calle apurándose para alcanzar la entrada de la tienda; tras ellos avanzó un par de minutos después la propia Piedad, quien departía con ellos; la cual una vez estuvieron allí, empujó con la rodilla una portilla junto a la vitrina, que daba acceso al interior del negocio y después de saludar al tendero y cruzar unas palabras con este, abrió ella misma el refrigerador y extrajo algunas bebidas que descargo sobre el aparador.

—¡Así estará bien!—observó mientras extraía una bolsa plástica e introducía las botellas en ella.

Luego, tomando un esfero escribió algo en una libreta de apuntes.

En ese momento Sebastián, introdujo la mano en el bolsillo y extrajo unos billetes arrugados los cuales extendió hacia ella, preguntando cuanto sumaba la cuenta; pero Piedad, sonriendo se negó a recibir el pago.

—Descuida, Sebitas, yo me encargo—dijo y continuó—Por ahora sostén esto, espetó alcanzándole el pedido.

—Gracias—Exclamaron los muchachos al unísono mientras Piedad, salía de nuevo.

—¡Vamos niños!—exclamó afectuosa la mujer y se aproximó a Dery, refiriéndole furtivamente, de modo que el muchacho no oyera:

—Te gusta el alemán ¿verdad?

Dery, simplemente sonrió, ante un asunto que ya resultaba evidente para todos. Entonces, Piedad, la tomó de la mano cariñosamente y farfulló—descuida, ahí hay gusto mutuo.

La muchacha se extrañó ante esas palabras, pues estaba convencida de lo distante de los sentimientos de Bermer, y ese mensaje le dio tumbos en la cabeza una vez que estuvieron de regreso al parque.

Mientras se acompañaban entre risas, pasó delante de ellos la solemne marcha de la imagen de la Santa llevada por los cargueros, avanzando con suavidad

ante la mirada atenta de todos en dirección a la zona de comercios; varios se arremolinaron a su lado para disfrutar de la imagen y ellos se pusieron de pie en señal de reverencia.

XIX

Una vez que el desfile quedó fuera de su alcance continuaron hablando de diversos temas y Sebastián, mencionó el cercano final del año lectivo; recordando que era el mes de Abril, y que poco menos de tres meses los separaba de aquel desenlace, indicando también la incertidumbre que aquello le generaba. Apreciación secundada por Gustavo e Isabel, otra compañera de estudio; y es que era inevitable para muchos de ellos, tener que dar un giro completo a sus vidas, si alguna opción de futuro querían labrarse. Y en sus proyectos se

desvelaba el camino hacia las principales capitales del país, para continuar sus estudios.

Dery, frunció el seño y sus ojos parecieron cristalizarse por la aparición de una lágrima, dejando escapar seguido un profundo suspiro; entonces su amigo se allegó a ella y le prodigó un fuerte abrazo. Para rematar luego con un jocoso comentario que logró una risa de los presentes.

—Tranquila Dery, que no vas a dejar de verme, en mi opinión esa debería ser tu mayor preocupación.

Entonces Hans, se ingresó en la conversación asentando lo dicho por este.

—Así es—observó—lo más valioso que deja el colegio, además, del conocimiento son los amigos.

—Pese a ello tendré que marcharme—indicó Dery, con nostalgia. Y voy a extrañar todo esto; las calles, la gente, el aroma de estas acacias, esto es…esto es todo lo que conozco.

—Sé que lo percibes de esa manera—indicó el alemán—pero creo yo, que distanciarte por un tiempo en procura de lograr tus metas, es un sacrificio que bien vale la pena; por lo demás, no significa esto que no lleves a quienes quieres y aprecias en tus recuerdos.

—Como te llevo a ti—musitó Dery, en su cabeza—

—¿Quién sabe?—se adhirió Sebastián—quizá en algún momento el gobierno decida construir una universidad para la región, y así la distancia se haga más corta.

—Todo es posible—replicó Hans.

Y el muchacho prosiguió bromeando, mientras abrazaba a su amiga:

—Pues bien, podrían construir una ¿verdad? Y así quizá Dery, no deba marcharse y entonces tengamos que tolerarla por mucho tiempo más.

—Por mi parte debo decir—indicó Bermer, con una sonrisa—no lo veo como una carga.

—¡Vaya… me alegra escuchar eso! —Dijo Dery— con una renovada satisfacción provenida de esas palabras y continuó—pero ya no tratemos sobre estos asuntos que acongojan, pues Dios, mediante todo saldrá bien y como observó Hans, a veces los sacrificios son necesarios para estar bien junto a los que queremos.

—Sabias palabras—Asentó Hans, mientras Dery, y Sebastián, regresaban a sus ubicaciones sobre el muro del parque.

El grupo de amigos había aumentado y trataban diferentes asuntos unos y otros. La comida y las bebidas se repartieron y de a poco la melancolía, se trasmutó en el agrado de poder compartir con familiares, allegados y amigos; de pronto mientras charlaban observaron que se aproximaban tres hombres, cuya fisonomía era difícil establecer por la oscuridad, que las lámparas del parque no lograban vencer por completo; aunque dedujeron se trataría de algunos vecinos, que se allegaban para unirse también

al grupo. Cuando las siluetas estuvieron a pocos metros, uno de estos hizo un gesto señalando en dirección al sitio donde se ubicaba el grupo; entonces estando a solo un par de pasos la sorpresa los tomó por asalto, al distinguir el negro y ralo cabello del forastero al cual el alemán había golpeado días antes; quien sin mediar palabra se abalanzó contra él, lo que provocó la dispersión del grupo de amigos quienes no comprendían que ocurría. La confusión reinaba mientras todo se sucedía muy rápidamente, otros que se encontraban cerca se aproximaron al escuchar la algarabía. La mamá sujetó a Dery, por el brazo alejándola de la confrontación, entretanto, el atacante sediento de venganza golpeaba a Bermer, mientras sus compinches intimidaban con armas de fuego a los vecinos; evitando que estos auxiliaran al alemán, quien de pronto se incorporó para defenderse del ataque. Al ver de pie al rubio gigante, quien lo superaba por no menos de diez centímetros de estatura el maleante hizo una pausa. Hans, quien no tenia expresión de dolor ni

marcas por los golpes recibidos, en un santiamén extendió su poderoso brazo derecho, el cual impactó sobre el rostro del sujeto, quien se desmoronó enseguida cayendo casi en cámara lenta sobre los pies de los otros; evidentemente desfallecido. Tanto los maleantes como los amigos del profesor quedaron sorprendidos, y los primeros se apresuraron en intentar reducir a Bermer, exhibiendo sus armas. Sebastián, y Gustavo, intentaban intervenir, pero eran sujetados por la gente del pueblo que concebía lo riesgoso de la situación; de pronto la celebración se había tornado en un infiernillo. Sin embargo, de lo que estaban seguros todos, es que no permitirían que aquellos hombres atentaran contra el alemán, quien hasta el momento había sabido defenderse.

La discusión persistía, y los asaltantes increpaban al alemán, durante minutos que se eternizaban, nadie podía creer que aquello estuviera sucediendo; ninguno entendía la razón de tan absurda contrariedad, ni el por qué esos inadaptados se ensañaban con el pueblo.

El viento murmuraba entre las ramas de las acacias y el cabello alborotado de Hans, forcejeando con los dos sujetos que lo asían. La angustia de sus amigos, el llanto, los gritos; todo se fundió como una amalgama en la cabeza de Dery, quien súbitamente se liberó de los brazos de la madre para ir en auxilio de Bermer, pero tan fortuitamente como lo hizo logró ser alcanzada por la tía, que estaba junto a ella, y pudo cohibirla de su estólido impulso.

—No hagas esto mija, quédate aquí. Ya viene la policía—suplicó la mujer ante la mirada pasmada de la progenitora de la muchacha.

El alemán luchaba violentamente por zafarse y repetía palabras en su idioma natural que nadie entendía, con un estrépito en la voz inusual en él.

Entretanto, en su mente la joven repetía una y otra vez:

—Cálmate Hans, no los provoques, ya viene la policía…

—Pero la posibilidad de tomarlos por sorpresa y aprenderlos se arruinó con un grito venido de en medio del tropel de rostros.

—¡Ya viene la policía!

Todos se observaron expectantes, también los delincuentes se miraron a los ojos y su mirada era fría, vandálica.

La ventisca se incrementó como un cuchicheo de voces ajenas a la muchedumbre; de repente retumbó un estallido que sobresaltó a todos, era el ruido de la pólvora al detonar, rasgando sus murmullos, transfigurándolos en asombro y silencio. Dery, quedó petrificada, contemplando con la mirada la huida de los proscritos; quienes auxiliando al desmadejado se abreviaron en su salida, atravesando el parque. De un salto varios vecinos llegaron hasta Hans, para comprobar si estaba herido, el alemán estaba pálido tanto que incluso su blanca piel lo dejaba notar.

XX

Finalmente, con las lágrimas emergiendo de sus ojos, la muchacha logró que los músculos de sus piernas respondieran, para conseguir avanzar hasta el sitio donde Bermer; él estaba sentado, y resultó un milagro una vez que revisado minuciosamente, pudieron constatar que el alemán no estaba herido. Ella extendió sus brazos, gesto al que también él respondió fundiéndose en un abrazo.

Mimo interrumpido por el bramido de Piedad, llamando a su pequeño hijo quien había estado todo el tiempo con ella, y el cual en medio de la conmoción se había extraviado.

—¡Camilo, Camilo! Dios, mío ¿dónde está el niño?—gritaba la mujer angustiaba.

Entonces Sebastián, Gustavo, e Isabel, se avivaron en buscarlo acuciosamente entre los recovecos del parque; mientras la madre a punto de romper en llanto imaginaba lo peor. Hasta escuchar

la voz de Sebastián, que brotaba de en medio del parque.

—¡Aquí está, ya lo encontré!

El pequeño había sufrido un ataque de pánico en medio de aquel barullo y se había escondido bajo una de las acacias, hasta ser encontrado por el joven quien lo reunió de nuevo con la madre.

—Mami…mami —repetía con voz entrecortada el pequeño, quien debía tener unos siete años, y quien se encontraba perfectamente bien, empero, bastante asustado.

El pánico le había engarrotado los músculos a todos, y transcurrieron varios segundos hasta recobrar la compostura y reordenar los pensamientos.

Al fin sonó la sirena de la patrulla policial que llegaba demasiado tarde, con la expectativa de dar por terminado un caos que había concluido hace minutos; el vehículo se dirigió rápidamente hacia la multitud. La lluvia empezaba a intensificarse, pero el frio gélido en el cuerpo provenía de la conmoción

y el miedo; la patrulla se detuvo justo sobre el borde del parque, sus puertas se abrieron y del interior bajaron cuatro uniformados fuertemente armados. De inmediato los vecinos les abrieron paso hasta donde permanecía sentado un Hans, agotado, pensativo; palmariamente, más que ofuscado o aterrado se le notaba triste, entretanto, Dery, continuaba acompañándolo.

—¿Te encuentras bien?—indagó.

—Sí, estoy bien, descuida—Respondió él.

La muchacha miró a su alrededor, repasando los rostros de las personas que continuaban allí; quienes también los observaban a ellos. El silencio hablaba de sus sentimientos, de lo que había cambiado ese día, de una violencia que los tocaba sin provenir de ellos; luego giró para observar a Hans, preguntándose ¿Por qué ocurren esa clase de cosas? ¿Acaso el pequeño pueblo dejaría de ser un buen lugar para vivir?

Bermer, la miró y esbozó una tímida sonrisa, pero ella leía las señales en su rostro, y en el albergaba desasosiego; quizá no por sí mismo, sino por esas humildes personas a quienes había aprendido apreciar. Después de recorrer tantos lugares alrededor del mundo, decidía quedarse en aquel pequeño montículo de tierra; probablemente, buscando la armonía, y ahora la verdad le estallaba en la cara: tal armonía no existe.—Lo siento—dijo Dery, como disculpándose por la incapacidad del estado para mantener el orden. –Bermer—desvió la mirada, la inclinó sobre el húmedo suelo y espetó—deberíamos irnos se hace tarde.

En ese momento la madre se aproximó, para ocupar el espacio libre que había dejado a su hija; venia acompañada por la tía, y avanzaban pausadamente sin musitar palabra, mas sus rostros lo decían todo. Hans, y Dery, se incorporaron. A pocos metros donde la policía interrogaba a los presentes, la frecuencia de sus radios empezó a ronronear, uno de

ellos, respondió a quien intentaba comunicarse, y de inmediato hizo una señal a sus compañeros; los demás uniformados se alejaron en dirección a la patrulla, cuando de pronto sonaron un par de disparos a lo lejos, en dirección a las montañas que coronaban las afueras del pueblo.

El pánico se apoderó de todos, a pesar de la lejanía de las detonaciones.

Una vez más el bisbiseo del radio ocupó la atención de los uniformados y uno de ellos dirigiéndose a la multitud indicó.

—¡Por favor aguarden un momento aquí! Luego dos de ellos ingresaron a la patrulla, pero no encendieron el motor, sino que permanecieron por un momento en su interior.

Las demás personas quienes atendían los puestos de comidas y bebidas, y algunos de los organizadores del evento se dispusieron a levantar las carpas y retirar los festones; poco después arribó el padre Matías, acompañado por el médico del

pueblo y con ceño fruncido y rostro de expectación auscultó.

—¡Dios mío, que fue lo que pasó aquí!

Antes de obtener respuesta, el ruido de otra patrulla policial se avecinó, la gente se distrajo con el tronar del motor cuando el vehículo giró para aparcarse; las gotas de lluvia impactaban sobre la lámina de los automóviles, generando una resonancia melódica. Cuando finalmente, el dosel metálico que formaba la puerta trasera de la patrulla se elevó; la sorpresa resultó mayúscula al ver descender de aquel, a dos policiales asiendo con fuerza al forastero que minutos antes atacara a Bermer. Tal parecía que en esta ocasión las autoridades habían cumplido con su deber. La muchedumbre se aglomeró en torno a estos entre abucheos y reclamos, mientras la policía avanzaba en dirección al alemán llevando al sujeto consigo; una vez que estuvieron frente a él uno de los uniformados interrogó:

—¿Este es el hombre que lo atacó hace un momento?

—Si oficial, es él—manifestó Hans.

Las peores ofensas que pudieran expresarse, brotaban como amargo veneno de la boca del sujeto hacia el alemán; insultos, amenazas que los uniformados no se apresuraban en acallar.

Seguido uno de los policías le indicó al profesor, que llevarían al hombre detenido para interrogarlo, y le solicito que de igual forma él los acompañara. Hasta entonces no estaban muy claras las razones, siendo todo tan evidente, no obstante, Bermer accedió. La joven, atenta a lo que acontecía se ofreció a acompañarlo, empero, este le pidió que marchara a casa con su familia; indicándole que el asunto debía ser una diligencia de rutina y al concluir pasaría por casa de ella, para comentarle como había ido el asunto.

A regañadientes la joven respetó la decisión, despidiéndose de Hans, de la misma forma que lo

hicieron la madre y la tía, quienes se despidieron así mismo, de Sebastián, Piedad, Gustavo, Isabel y otros que continuaban ahí.

XXI

En el trayecto de regreso estuvieron acompañadas las mujeres por el más profundo silencio, llegando a casa preguntó la mamá si tomarían algo antes de acostarse; pero la tía indicó que estaba exhausta, la joven secundó tal tendencia, y luego de despedirse con un beso de buenas noches; se encerró en su cuarto aguardando que tres toques en la puerta anunciaran el arribo de Hans, informando que todo aquel galimatías había concluido. Encendió la grabadora a bajo volumen y se tumbó al instante sobre la cama, mirando hacia el techo y contando los minutos al ritmo del tic tac del reloj despertador. Transcurrió largo tiempo más del

que imaginaba, lo supo al girar para ver la hora y encontrarse con las manecillas señalando el arribo de la medianoche. ¿Por qué Hans, no había pasado por su casa? Tal vez, sentía vergüenza de irrumpir en una vivienda donde habían tres mujeres solas a tan altas horas—dedujo— caray que haría con el alemán y sus modales, al día siguiente iría a visitarlo— concluyó mientras los parpados se le cerraban del sueño.

Pero a la madrugada su dormitar se vio asaltado por pesadillas, oscuras quimeras que se abalanzaban contra ella en medio del ensueño; hasta conseguir despertarla sobresaltada y empapada en sudor. Al salir de la cama dedujo que la postura en la cual se había dormido era la causante, y en medio de la oscuridad se calzó sus sandalias; para avanzar luego en dirección a la ventana la cual entreabrió, permitiendo que una fría corriente de aire se colara acariciando su rostro; entonces echó una mirada a las calles solitarias,

donde el susurro del viento simulaba una voz, que traía consigo noticias ininteligibles. Una sensación de tremor le recorrió el cuerpo, como si en cualquier momento una criatura desconocida, fuese a saltar con ojos de fuego en medio de aquella bruma; así que decidió cerrar la ventana y sentarse sobre una silla frente a la cómoda, donde espero que la luz del amanecer la indemnizara de sus miedos.

El tiempo transcurrió. Aunque todavía el interior del cuarto lucia un tanto lóbrego, calculó que el amanecer arribaba. Con disimulo entreabrió nuevamente la ventana y dio una ligera mirada confirmado que la oscuridad se había ido, y la luminosidad del sol, se abría paso entre las nubes del cielo. Era sábado, y anhelaba el momento de poder visitar al alemán y que este le narrara los pormenores del resto de la noche anterior. Cerró la ventana, y salió del cuarto encontrándose con la madre, quien por habito tenia levantarse muy temprano cada día; fue hasta ella y la saludó,

facilitándole un poco de ayuda en la disposición del desayuno. Cinco minutos después también apareció la tía, desayunaron juntas y apenas terminó la joven se dio una ducha, se vistió para salir y pidió a su progenitora permiso para ir un momento donde Hans, a lo cual la mujer accedió entre múltiples recomendaciones, y la promesa de no tardarse.

Pocos vecinos se veían esa mañana en los ribetes de las casas, contrario a lo habitual. Sin duda el miedo afecta y podía ser esa la razón, para que muchos optaran permanecer al interior de sus viviendas. Dery, se detuvo frente a la casa de Hans, donde todo parecía en orden, dio tres golpecitos suaves sobre el portón, sin obtener respuesta; insistió una vez más con idéntico resultado. De modo que reflexionó que el alemán podría estar en el parque realizando su rutina física, sin embargo, se exhortó a dar un vistazo por la ventana, llevándose un tremendo susto cuando Hund, saltó contra el vidrio recostando sus enormes patas sobre

este; al interior de la vivienda las luces estaban apagadas y el can daba vueltas y se abalanzaba nuevamente contra la ventana, juguetón y ansioso reconociendo instintivamente en aquella joven, una figura familiar.

—¿Dónde está tu padre Hund?—dijo Dery.

Y el animal latió potentemente como si ansiara poder responder a su consulta.

Positivamente, su conjetura debía ser acertada—conjeturó— Hans, debía estar en el parque, de modo que despidiéndose del Rotweiller marchó en esa dirección.

La mañana estaba soleada y empezaban a verse más personas saliendo de sus casas rumbo a la iglesia. Dery, empezó a caminar, pero antes quiso pasar por casa de Sebastián, que no estaba muy lejos de allí; quizá a unas seis calles contigua a la plaza de mercado, y desde esta al parque eran unas diez calles más. Desde pequeña tenía el hábito de caminar y disfrutaba hacerlo, como también le

gustaba el clima soleado mucho más que la lluvia, que la hacía sentir nostálgica.

Al llegar a casa de su amigo tocó en la puerta y fue recibida por la mamá de aquel, quien le informó que el muchacho aun dormía; la joven agradeció y despidiéndose prosiguió su camino, no obstante, un par de cuadras adelante escuchó que repetían su nombre, al girar distinguió a Sebastián, quien avanzaba hacia ella.

—Hola Dery—saludó al llegar.

—Hola Sebas…que pena molestar tan temprano—

—Tranquila ¿dime que necesitas?

—Es que no sé nada de Hans, fui a su casa y no lo encontré, quería saber si estaría en el parque… ¿Tú me acompañas?

—Claro, vamos, no hay problema—

XXII

Una vez llegaron al parque la joven recorrió con ansiedad cada rincón, sin poder acertar la presencia del alemán; empezaba a sentirse ansiosa, mientras distraída apenas si prestaba atención a la conversación de su amigo. El calor abrazaba con intensidad la piel, y ella con intranquilidad persistía en acertar a alguien que por su tamaño, era fácil de distinguir en cualquier lugar, era evidente que ahí no estaba.

¿Quizá en la escuela?

Por extravagante que pareciera, Dery, estaba preocupada por Hans, como si fuera para él algo más que una simple alumna de su clase de gimnasia; mas no por eso su preocupación disminuía, además, el tiempo transcurría raudo y debía regresar a casa. Descartada la opción del parque, decidieron pasar un momento por la tienda de Piedad, tomar un café y relajarse un poco para pensar con cabeza fría ¿donde se habría metido el gigante rubio? hasta el momento el colegio se develaba como otra posibilidad. Como

siempre fueron recibidos con cortesía por el tendero y al instante apareció Piedad, quien se sentó con ellos, otros clientes que arribaron a esa hora, igualmente, los saludaron.

—¿Que andan por aquí haciendo tan temprano?—indagó Piedad.

—Estamos buscando al profesor Hans—se adelantó Sebastián.

—Esta mañana no lo he visto—observó la mujer—y no creo que haya venido por estos lados.

—¿Por qué lo dices?—consultó Dery.

—Pues, hoy abrimos muy temprano y generalmente el profesor cuando va para el colegio o viene a hacer ejercicio en el parque, pasa un momento a saludar o comprar alguna bebida hidratante.

Dery, dio sorbo a la taza de café con un dejo de inquietud, pero no hizo ninguna observación y Piedad, continuó:

—Bueno y ya averiguaron en la estación de policía, hasta donde sé él se marchó anoche con los agentes.

Al parecer sólo quedaban esas dos opciones: la escuela y la estación, la primera según las propias palabras de la mujer quedaba descartada, Dery, tomó de un solo sorbo el resto de la bebida y se incorporó como un resorte ¿Cómo no lo había pensado antes?

—Gracias Piedad—dijo—¿Cuánto te debo?

—No me debe nada mija, vaya tranquila—

—Gracias, nos vemos—se despidió dándole un beso en la mejilla.

—Nos vemos Piedad—espetó Sebastián.

Y volvieron a tomar camino, esta vez rumbo al cuartel policial, ignorando si realmente Bermer, estaría allí.

Al llegar a la estación, fueron recibidos por un agente policial que les solicito los documentos de identificación, los cuales por fortuna llevaban consigo; los pasó por una especie de scanner y los invitó a

seguir, regresándoselos una vez cruzaron el quicio de la puerta.

Procuraron ir con tacto y explicar la razón de su visita, lo que al menos no requirió de una explayada elucidación, pues con gentileza, el uniformado los invitó de inmediato a seguir hacia la oficina de su comandante.

Dery, sentía el corazón agitado, mientras subían por unas oscuras escaleras hacia un segundo piso; los dos jóvenes se miraban con extrañeza, sin entender ¿Acaso Hans, todavía seguía ahí?

Finalmente, se adentraron en la oficina del jefe de policía; un hombre alto, robusto, de cabello cano y ojos de matices grises a verdosos, ocultos tras unas gafas ahumadas; quien lucía atareado, de todos modos, los saludó con amabilidad y les señalo un par de sillas frente a su largo escritorio, para que tomaran asiento. Se presentó como el comandante policial, a su vez los jóvenes dijeron sus nombres y empezaron a relatar rápidamente, la razón de su

visita. Dery, balbuceaba nerviosa los pormenores que seguramente, el uniformado ya conocía, quien escuchaba atento con las manos descargadas en su escritorio. Varios minutos después estaba claro el motivo de su presencia en el cuartelillo, mientras, Sebastián, ensayaba reconocer los rostros de oficiales y ministros dispuestos en cuadros sobre la pared de aquel salón, atinando tan solo el del señor presidente de la república.

El hombre los había atendido pacientemente, aun cuando debía resultar incomodo y empalagoso el prolongado relato de los muchachos, luego tomó de su escritorio una carpeta plástica de color rojo, y con su particular timbre de voz muy áspero, mirando a los ojos de Dery, indagó:

—¿Bien y ustedes que son del señor Bermer?

Parecía muy cordial, pero al mismo tiempo les observaba con suspicacia.

—Bueno, ehhhh…—dudó la muchacha—lo que ocurre es que el profesor Hans…

Los colores se le subían a la cabeza y las palabras le salían entrecortadas, sin lograr esclarecer el parentesco, hasta que Sebastián, decidió dar fin a su suplicio léxico.

—Verá comandante—dijo el joven— el profesor Hans, es nuestro maestro de educación física, lo que ocurre es que…como usted sabe él es alemán y pues…no tiene familiares aquí; de modo que nosotros queríamos saber si usted está enterado de su paradero…

—Claro que lo sé—dijo en tono áspero el hombre.

—¿Cómo?—dijeron en coro los jóvenes.

—Claro—ratificó el uniformado—Hans Bermer, está aquí en la estación.

—¿A qué se refiere? ¿Por qué?—inquirió Dery.

—Miren muchachos—dijo poniéndose de pie—ustedes deben saber que existe un procedimiento para este tipo de situaciones, nosotros como autoridad debemos realizar unos interrogatorios; cotejar las versiones de los implicados…—y

prosiguió—en el caso del señor Bermer, confirmar que su permiso de residencia en el país…

Seguido aproximándose a Dery, e inclinándose junto a ella averiguó:

—Y a todas estas, ¿cuál es su interés en el alemán?

—Bueno, pues…—dijo Dery, salivando su garganta, siendo interrumpida al instante por el hombre, quien se puso nuevamente de pie.

—Descuiden muchachos en un par de días quedará libre, ahora se pueden ir tranquilos a su casa.

—Aguarde un momento—espetó Dery—¿no podemos verlo?

A pesar de la convicción que denotaban las palabras de aquel, Dery, no entendía tal dureza por parte de la justicia; menos con alguien inocente. Su mirada se perdía forjada en la duda que rondaba su mente, no importaban los detalles descritos, las razones, las normas y leyes definidas por la voz

ronca del comandante y en un imprevisto arrebato, su tono se invadió de firmeza requiriendo que se les permitiera ver al detenido.

Con certeza el uniformado fue consciente del innecesario conflicto, que generaría una negativa de parte suya; máxime avistando la consistencia en el requerimiento de la joven, y no tuvo más remedio que acceder. Tomando la conforme precaución de seguridad al llamar a un agente que les escoltara y tan pronto esta quedó provista, acudieron los muchachos al encuentro con el cautivo alemán.

Un joven gendarme asintiendo la orden de su jefe, los acompañó sin cruzar palabras con ellos; conduciéndolos por un largo pasillo hasta un amplio cuarto, donde se elevaban los barrotes de hierro que formaban dos celdas una frente a la otra.

Al interior de una de ellas solo había escombros apilados en una esquina, restos de equipos de cómputo, tablas de madera; que permitían adivinar que esta solo servía como depósito.

XXIII

Un viento gélido se albergaba en el interior de aquel salón. Dery, giró para encontrar del otro extremo una inaudita y paradójica escena representándose tras los barrotes; como un oscuro vestíbulo de gris asfalto se erigía la celda, con dos talamos de concreto en extremos opuestos, separados por un insuficiente pasaje. Sobre uno de ellos permanecía reclinado el agresor, apoyando su cabeza sobre una almohada mugrosa y del lado contrario, en idéntico camastro estaba sentado Hans, a quien el malhechor observaba manifiestamente sereno, sin musitar palabra, y el cual al notar el arribo de los jóvenes los miró de reojo.

El alemán acudió de inmediato al encuentro de sus alumnos, avanzando al menos dos metros de una sola zancada; en su semblante podía reconocerse la satisfacción al verlos. Especialmente a ella, se alegró

por la visita y así se los hizo saber, mientras se apoyaba contra los lingotes de hierro.

Dery, le explicó las razones por las cuales se encontraba detenido, observando que al igual que él tampoco las compartía, pero que pronto estaría libre, entretanto, Bermer, la observaba con cara de desconcierto, aun así le pidió que fuese paciente.

Sebastián, le señaló también lo que minutos antes habían hablado con el jefe policial, y le aseguró que pronto su suerte cambiaria aclarándose todo.

Hans, escuchaba atento las acotaciones, sin poder borrarse del talante la cara de extrañeza; él que durante años había recorrido diversos lugares y culturas, se encontraba de pronto atrapado en unas atípicas circunstancias, que evidentemente transgredían su ánimo aplacado.

Dery, le aseguró que estaría pendiente de él, mientras le tomaba las manos y las asía con fuerza

contra las suyas, la naturaleza de sus sentimientos se revelaba ahora palmaria.

—¿Tienes hambre?—indagó—Voy a traerte algo de comer, y también jabón y una toalla para que te asees— afirmó luego.

El guardó silencio y tan solo la observó con ternura, tal vez cavilando el por qué, del esmero de aquella pequeña hacia su persona.

Luego se limitó a ofrecer una sonrisa tímida, pasando las manos entre las rejas para responder el gesto de despedida de Sebastián.

Pero el agrado por el arribo de los muchachos, fue interrumpido por el regreso del joven gendarme que antes los había acompañado, quien esta vez traía consigo el anuncio del fin de la visita. Dery, observó al alemán sin poder aislar de su mente la imagen de la fría celda, y en ese momento su mirada relumbró con abatimiento; inclinó su cabeza y permitió que el largo cabello cubriera parte de su bello rostro. Sabía que aquel espacio hostil que atrapaba al gigante rubio, era

una fugacidad, con todo, sentía una profunda congoja al dejarlo solo.

—Deben salir ya—insistió el uniformado.

Hans, la observó y se aproximó para susurrar a su oído:

—Descuida todo estará bien, es solo un día más.

—Bien, debemos irnos—observó Sebastián—cuídese profe…Adiós.

—Heyyy…Sebastián—voceó el alemán al muchacho, quien se aproximó hasta él, cruzaron un par de palabras y luego se despidió— Nos vemos luego y gracias por la visita.

—Estaré muy pendiente—acotó la joven—iremos a comprar las cosas que te indiqué y si nos permiten te veremos de nuevo.

—Gracias Dery—dijo él—

Avanzaron entonces escoltados por el diligente policía, quien tenía un proceder amable hacia ellos, a pesar de ser bastante callado.

Dery, se aproximó a él, quien los adelantaba un par de pasos y le consultó si podrían ingresar de nuevo para entregar las compras al detenido.

Pero este se limitó a exclamar un escueto –no—

— ¿Entonces debemos quedarnos afuera?—consultó ella.

—Sí, la hora de visitas ya terminó, tuvieron suerte de llegar antes de las once de la mañana—dijo y continuó—pero a partir de ahora nadie más puede ver a los detenidos.

—De acuerdo —exclamó con ánimo molesto la chica. Pero al instante comprendió que aquel muchacho, estrictamente, cumplía las órdenes de sus superiores, y además, convenía ganar su simpatía para garantizar que el encargo llegara a buen destino.

— ¿Y usted tiene sed? ¿Quiere alguna bebida?—preguntó Dery.

El joven agente se encogió de hombros, era evidente que con el calor que arreciaba y su fatigoso puesto de centinela, el ofrecimiento le venía muy bien.

Después de cruzar la calle camino a la tienda, y mascullar protestas ante el abuso por la detención de Bermer, y la desconfianza que generaba en la muchacha aquel sujeto; sin concebir como, al mismo tiempo los habían puesto en idéntica celda, o si acaso, el comandante les había mentido respecto de los días que tendrían a Hans, en aquel lugar. Sin duda todo esta mezcolanza de sensaciones atemorizaba a Dery, no podía evitarlo, se había tornado desconfiada y los últimos acontecimientos habían reforzado esa difidencia; haciéndola consiente que en ningún lugar se tiene la tranquilidad plena, mas por ahora debía concentrarse en apurar el paso y realizar las compras; con la ansiedad a cuestas de no poder verle de nuevo, cuando menos no por ese día.

Se desprendió de meditaciones al llegar a la tienda, no la de Piedad, donde habitualmente compraban, sino otra más cercana a la estación; donde fueron atendidos con deferencia por una anciana pero activa mujer.

XXIV

A pesar de lo escaso de sus ahorros, la muchacha tenía la intención de no escatimar en los artículos que pudiera requerir Hans; como Jabón, toallas desechables, bebidas, frituras, algo de pan, y una bebida soda para el gendarme, entre otras. Una vez la anciana acomodó el pedido en las bolsas de mercado, la joven se dispuso a extraer de una pequeña carterita magenta, el dinero para el pago; empero, fue contenida por Sebastián, quien extrayendo unos billetes del bolsillo de su pantalón, se ofreció a pagar el mismo el total de la compra.

Dery, lo miró con extrañeza, sin entender por qué su amigo se hacía cargo de la cuenta; sabiendo, además, que su peculio era tan limitado como el de ella. Sebastián, tomó el paquete con las compras y apretó con la otra mano las monedas, que la anciana le entregó como cambio.

–Gracias señora, ha sido muy amable—dijo—mientras salían del establecimiento.

Ya estando afuera, la joven no evadió la indagación:

–Sebas…de donde sacaste dinero para pagar?

–Ehhhh…este…—balbuceó. Mientras ella permanecía con la mirada fija en espera de la contestación.

–Vamos….no es nada…no interesa…—

—¡Sebas…!—insistió Dery.

–Bueno te digo si prometes no enojarte—conminó el muchacho—lo que pasa es que… ¿recuerdas cuando el profesor me llamó, antes de dejar la estación?

–Sí, claro que recuerdo—

—Pues bien, me llamo para darme algo de dinero para las compras…—

Tan solo escuchar eso los colores se le subieron a la cara, y se tornó energúmena,

—¡Como se te ocurrió recibirle dinero!

–¡Cálmate! ¿Qué tiene de malo?

–¿Que me calme? ¡Si quedé como una perfecta tonta, yendo a pedir dinero para hacer el mandado!

–Eso no es cierto, él mismo se ofreció ¿Qué querías que le dijera? No descuida Hans, como Dery, está enamorada de ti, ella se hará cargo de todo.

—¡Sebastián…no me hables de ese modo!—exclamó la joven, arrebatándole la bolsa a su amigo y adelantándose furiosa de regreso al cuartel policial.

–¡Dios, mío Dery, por qué eres tan testaruda!

Resultaba quimérico para Sebastián, intentar redimirse de su ligereza, y cada vez que intentaba aproximarse la muchacha lo esquivaba y aceleraba el paso.

—Vamos Dery, ya deja eso—insistió.

Pero ella lo ignoró y se encaminó hacia la comisaria, crujiendo la suela de sus zapatos contra el asfalto; todavía fulgurando de rabia. Quehacer este que empezaba a resultar enervante para su amigo, quien suavizó su andar, evidentemente, con la intención de

dejarla sola. Solo entonces la chica se detuvo para observarlo; estaban en extremos opuestos de la calle, y al ver a su flacucho amigo exhausto de tal disputa, recordó cuantas rabietas le había tolerado, era obvio que tal estoicismo solo podía provenir de un afecto filial, y bastó una sonrisa de su parte para que aquel atravesara la calle y se reunieran sobre el dintel del andén al otro lado.

—Discúlpame—dijo Dery—pero no debiste…

—Bueno, ya que podemos hacer, además, era lógico que él profe…no iba a dejar que tu pagaras estas cosas—observó Sebastián—tomando la bolsa, cuando faltaba solo media cuadra para divisar el aviso del cuartel.

El joven uniformado los distinguió en la distancia y con semblante amistoso sonrió al verlos de nuevo. Dery, saludó y su amigo aguardó justo tras de ella.

—¿Podemos pasar?—indagó la muchacha dejando centellear una cálida risita.

—Saben que no—advirtió este.

—¿Y qué hacemos con estas compras? ¿Cómo se las entregamos al profesor?—insistió Dery, mientras extraía la bebida soda y se la alcanzaba.

—Gracias—dijo él recibiendo la botella, que mantenía fría la refrescante bebida en su interior y continuó—hagamos un trato… ustedes me dejan el encargo y yo me comprometo a hacérselo llegar.

—Ummm…—masculló ella—¿nada que hacer?

—Nada que hacer—ratificó—órdenes son órdenes.

—Está bien, pero… ¿cuánto tiempo tardará?

El uniformado sonrió de nuevo, conmovido por el bello rostro de la persistente muchacha.

—Ehhhhh…bien… ya le pido el favor a uno de mis compañeros—

Entonces tomó el teléfono de su cinto y empezó a llamar, hasta obtener la respuesta que nasal escapaba del aparato. Dos minutos después llegó otro uniformado, al cual los jóvenes saludaron cordialmente, y el guardián le solicitó a este que llevara el pedido hasta la celda del alemán.

Dery, sintió un estremecimiento al tener que dejar a Hans, nuevamente solo en aquel lugar, si bien, comprendió que nada mas podía hacer por el momento; así que agradeció la gentileza del uniformado y giró hacia su amigo para indicarle que partían.

—Gracias por su ayuda—expresó también Sebastián, y juntos abandonaron la estación.

—Me acompañas un momento a la tienda de Piedad—solicitó la muchacha.

—Si…vamos—

El en trayecto Dery, anduvo cabizbaja, dudando del sentido lógico de la justicia; con la sangre helándole el cuerpo de frustración.

Al llegar a la tienda, Piedad, se encontraba barriendo en la entrada y al verlos los saludó e indagó:

—Hola ¿pudieron reunirse con el profesor?

—No me creerás lo que voy a contarte—indicó Dery, con voz debilitada.

—¿Como así? ¿Qué pasó?

—Vamos sentémonos—invitó la mujer.

Ubicados alrededor de una de las mesas del establecimiento, hablaron por varios minutos más; ensayando llevar una conversación sobre el desconocido ardid de la justicia, ante la mirada sorprendida de Piedad, que asentaba a cada una de sus quejas con gesto de aprobación.

—Es el colmo y ¿cuándo lo dejaran libre?

—Al parecer mañana—

Dery, olvidó por completo la hora, dejando de lado la recomendación de la madre de no tardar. Poco después apareció desde el fondo de la tienda Camilo, el pequeño hijo de Piedad; quien los saludó y con el cual se distrajeron un momento, mientras este jugueteaba entre las mesas adecuadas para la clientela. Hasta que finalmente Sebastián, llamó su atención.

—Dery, es más de mediodía—

—Ayyyy….es cierto—Exclamó la joven mirando el reloj y continuó dirigiéndose a la mujer—Piedad,

necesito llevar algunas cosas para la casa ¿me ayudas? mamá ya debe estar preocupada.

—Claro ven— dijo la mujer incorporándose del asiento, seguida por los dos muchachos.

Salieron de la tienda despidiéndose de la dueña y el tendero, avanzando rápido hasta la casa de Sebastián, donde se despidieron con un abrazo. Una vez que la joven llegó a casa la preocupación por su tardanza se abrevió, cuando no hubo mayores reconcomios de su progenitora; y luego de referirle lo acontecido con el alemán, le ayudó el resto del día con las labores domesticas.

XXV

Su descanso esa noche fue intermitente, dormitando y despertando varias veces hasta ver la luz del amanecer y disponerse a asistir a la iglesia en compañía de la tía y la madre, expectante por el

horario de visitas en la comisaría, para ir y revalidar la libertad de Hans, como lo había prometido el comandante. Ya en la parroquia la intensa luz del sol se regocijaba en el recinto, filtrándose por los vitrales. Hacia un buen día, soleado, pero el clima en la región era demasiado variable y en cualquier momento iniciaban a precipitarse grandes goterones de agua; mientras oraba confiaba que el día siguiera iluminado no solo por el astro rey, sino también con la buena noticia de la libertad del alemán.

Estar en la iglesia le henchía el corazón de una profunda paz, aunque la derrumbaba un poco de somnolencia por la noche anterior y a veces se distraía en la voz del párroco hasta casi cabecear. Creía en Dios, confiaba en él y su infinita bondad, y en las conversaciones con Hans, su forma de ver a este ser superior había cambiado; tan solo para fortalecerse y sentirlo aún más cercano.

El párroco recitó sus lecturas y oraciones durante una hora aproximadamente, tiempo en el cual Dery,

pidió por el bienestar de sus seres queridos al vaivén de la voz del padre Matías. Y en su cabeza al mismo tiempo se esbozaban los acertijos de la vida que le aguardaba, una vez terminara el colegio; también por su propio bienestar oraba.

Concluida la misa y celebrado el saludo de hermandad, el sacerdote autorizó el regreso a casa de sus feligreses. Dery, se incorporó y avanzó junto a sus familiares y observando a la madre, cavilando por un momento como decirlo; le solicito con cierta inflexión dudosa, le permitiera ir al cuartel policial para tener noticias del profesor.

Sin duda a la mamá esto le llamó la atención, pues antes y excepto por algunos asuntos de Sebastián, quien era como su hermano, no la había visto tan interesada en nadie. La mujer titubeó por un par de minutos hasta que finalmente dijo—

—Bien… cariño, pero no tardes, te espero en casa—

La tía que iba junto a ella sonrió, y le dio un beso de despedida en la mejilla y en la salida del templo

religioso separaron sus caminos en direcciones opuestas.

Las calles ahora resplandecían de personas en el solaz del día Domingo, rebosante del ardor lumínico del sol, y como una bella pintura se extendía el pequeño pueblo sobre su suelo; mientras la muchacha se aventuraba en sus calles, en procura de acallar el rugido del apego de su corazón. La estampa de la iglesia se perdió a lo lejos. Hasta que finalmente se detuvo frente a la estación policial, que se alzaba a dos pisos sobre la esquina de la cuadra; custodiada esta vez por un agente cuyo tono de piel tan nevado, semejaba al de un albino, y quien puesto en su sitio con una frialdad extrema apenas si giró la mirada para verla.

—Buenos días agente—dijo ella—vengo a averiguar por un detenido.

Y la respuesta fue su propio eco rebotando contra aquel muro impasible.

—Todavía no es horario de visitas, señorita—dijo al rato.

—Pero…—balbuceó la muchacha y apretó los dientes para no dejar escapar una reclamación, ante la actitud poco diligente del gendarme. Mientras persistía de pie frente al frontón impávido de la comisaria, apenas atendida por el uniformado.

Sin embargo, bienhechora emergió la silueta del agente que el día anterior los había asistido a ella y Sebastián, quien surgió desde el corredor hacia la puerta donde se encontraba el otro y al verla la reconoció de inmediato.

—Señorita como está ¿Qué hace por aquí?

—Hola, vine a averiguar por el profesor—dijo ella con alivio.

El policía advirtió en su reloj que aún no era hora de visitas, y el reflejo de aquella sentencia se manifestó en sus ojos, empero, con su talante siempre amable indicó.

—Aguarde un momento, le preguntaré a mi comandante si puede ingresar.

—Gracias—sonrió ella.

Durante varios minutos aguardó paciente la confirmación, mientras el otro uniformado se limitada a clavar la mirada en el horizonte, ignorándola por completo, plenamente ajeno a su presencia; mas no importaba, pues confiaba en los buenos oficios del otro joven para convencer a su superior. Así aguardó largo rato, mirando de reojo el interior de la estación policial; hasta advertir como un bálsamo liberador al joven policía aproximándose, quien le indicó a su insensible compañero las ordenes de su jefe y este se limitó a asentir con un gesto de la cabeza y distanciarse medio metro para liberar la entrada de la puerta. Dery, agradeció nuevamente al afable agente que no debía superar los veinte años de edad, quien la guió directamente a la celda donde se encontraba Hans.

Y vaya sorpresa la que tuvo al posarse frente a los barrotes y descubrir, que al interior de aquel cuarto solo se encontraba Bermer. Sentado sobre el tálamo gris, leyendo un periódico; tan ensimismado que ni siquiera notó la llegada de la joven.

—¡Hans…!—llamó su atención ella.

—Hola Dery, saltó él como un resorte—¿Qué haces aquí?

—¿Qué hago yo? No… ¿Qué haces tú solo? ¿Dónde está el otro sujeto?—cuestionó intrigada.

En ese momento el agente se retiró para que tuvieran privacidad.

—Temprano en la mañana vinieron por él—dijo el alemán desconcertado—

—Vinieron ¿quiénes?

—Un abogado y el comandante, tal parece que lo liberaron.

—Entonces me dices es que a él lo dejaron libre y tu continuas aquí.

—Eso parece—confirmo él.

XXVI

Dery, quedó perpleja ante semejante arbitrio, y fue tornándose más energúmena que nunca preocupada por Hans, por el proceder de la justicia, si así podía llamársele; intentando hallar en el alemán una respuesta que aquel no tenia, ensayando convencerse de una lógica inexistente para tal actuación. Y aun ante la instancia de Bermer, por conservar la prudencia, se fue alejando paulatinamente hacia las gradas que conducían a la oficina del comandante; calculando tácitamente que este tendría que explicarle, las razones para tal descarrío que consentía la libertad de un delincuente y el encierro de un hombre íntegro. Al llegar al piso alto donde se ubicaba el despacho, dio tres toques firmes sobre la puerta cerrada; para su fortuna ningún agente había estorbado su avance, de lo contrario habría desahogado su frustración contra ellos; del interior escapó entonces la voz ronca del sujeto, quizá asumiendo que se trataba de uno de sus subalternos.

—Siga…siga—

—Buenos días, señor—saludó la joven al ingresar, sin dejo de buenos amigos.

—Ehhhh…—Buen día—respondió el uniformado extrañado ante su presencia, sorpresa de la que corroboró su causa con tono severo.

—¿Discúlpeme, quien la dejó ingresar?

Dery, sentía el estomago revuelto, quería saltarle encima y propinarle una bofetada, para hacerlo caer en cuenta de que su pregunta era necia e irrelevante; pues era plausiblemente, más significativo las razones de su chueco ejercer de la justicia.

Con voz trémula se acercó al escritorio de aquel y consultó:

—¿Me podría decir por qué razón el sujeto que agredió al profesor, quien además, vino acompañado por otros forajidos; que hizo disparos y aterrorizó al pueblo, se encuentra libre, mientras Hans, sigue allá abajo encerrado en esa húmeda celda?

La pregunta en si misma tenía más de retórica que de fondo, la cuestión ya había sido contestada en su

cabeza; y lo que propendían esas palabras no era otra cosa que el desahogo de su frustración. Eso lo sabia el uniformado, mirándola pasmado desde el otro lado del escritorio; sin acertar una respuesta que conminara la furia de aquella belleza. Entonces apartando una pila de documentos que estaba ojeando antes de la interrupción, balbuceó una invitación a la muchacha para tomar asiento, la cual ella denegó de inmediato. Empero, el insistió con aire fraterno contrario a su proceder autoritario.

—Mire señorita por favor déjeme explicarle— intentó ser convincente—

Entonces ella aceptó la invitación de sentarse.

—Dígame—replicó Dery, con disgusto—deme una respuesta que contenga una pizca de sentido.

—Primero que todo le pido que se calme—

—¡Que me calme!..Claro vaya que razonable— espetó la joven mordazmente—los delincuentes vienen a sembrar el terror en una comunidad pacifica y las personas de bien terminamos

procesadas, por supuesto, debería calmarme; aunque resulta difícil cuando no existe lógica ninguna en todo este asunto. Pero sabe algo puede que todavía sea joven, señor comandante, mas no soy estúpida.

Dicho esto último sus propias palabras retumbaron al interior de su cabeza y se sintió ruborizada ante tal fiereza, sin duda no era ella misma.

Aquel salón era un cubo de tamaño reducido, de luz escasa a pesar de las paredes blancas; con una gran biblioteca vieja, repleta de libros gruesos de tapa verde. Y en las paredes una hilera de uniformados sonrientes, con una risa palmariamente, fingida; pues esa gente no reía de corazón. Así veía al comandante, como un hombre amargado dispuesto a darle cualquier escusa que la obligara a abandonar su despacho. Ella no sabía nada de justicia, Hans, podría quedarse en ese lugar un día más, una semana o un mes y no tendría ni idea de cómo ayudarlo; se empezaba a sentir sofocada, y tan

recogida en sus pensamientos, que el ruido de un golpe en la puerta la hizo saltar, giró y había un agente parado bajo el marco de esta.

—Señor…¿hay algún problema?

—No Pelaez…descuide—observó su jefe—solo le explicaba algo a la señorita, pero aguarde ahí para que la acompañe a la salida.

—Si mi comandante—asentó el gendarme.

A continuación se sucedieron quince dilatados minutos de tediosos legalismos, que abrazaban en la apatía a Dery. Que no se habían presentado cargos contra el sujeto, que el testimonio de Hans, era nulo, pese a que, también había una caución en contra del delincuente; esto y aquello que revelaba al sistema penal, como un intrincado laberinto en el que la justicia se balanceaba, sin certeza de donde o sobre quien recaer.

En conclusión, bastante claro estaba que el delincuente había sido liberado, por tener a su favor un abogado que saltaba hábilmente sobre los segmentos

vacios de las normas legales; caso contrario a lo que ocurría con el alemán, ahora defendido por una de sus alumnas que solo cargaba a cuestas, su deseo de verlo libre porque lo sabia un buen hombre.

Las palabras del jefe policial amainaron la tempestad emotiva de la joven, nada que ella pudiera hacer se desglosaba de aquella charla; parecía realmente espinoso concebir unas reglas semejantes, pero esas eran y ella no era quien para cambiarlas. Se inscribió en dicha sentencia y resolvió dejar de lado su pastosa demanda, para concluir con un resignado:

—¿Cuando lo dejaran libre?

—Estoy esperando una confirmación del comando en la capital…no lo sé, tal vez hoy en la tarde— espetó el comandante—por ahora le deseo un buen resto de día…Peláez acompañe a la señorita a la salida.

Respiró profundamente, cerró los ojos y después de esta pausa dijo:

–Gracias—

Se incorporó e hizo un gesto al policía para que este avanzara delante de ella, recordó en ese momento que cuando pequeña le asustaban los policías; ahora por el contrario le resultaban estoicos, ¿Quién podría soportar un trabajo semejante?

Descendieron las escalera que daba al primer piso, y el policía pretendió galantearle durante el camino; aunque bastó una mirada más fría que un tempano de hielo, para que renunciara a su lisonjeo—

—¿Puedo despedirme del profesor?

—Lo siento señorita, no puedo ayudarle.

—Pero… es solo para despedirme.

—No puedo—reiteró el uniformado.

Tal vez cuando menos una sonrisa minutos antes, habría obrado tal milagro; ahora evidentemente el agente no haría un mínimo esfuerzo por permitírselo después de su rechazo, de cualquier modo ¿a que iría hasta la celda? A verlo y

decirle –Hola Hans, no pude lograr nada, así que tendrás que seguir encerrado—

Esa idea cruzó su mente y con cada paso que daba se alejaba más del pobre alemán, pero entendía que de sus manos escapaba cualquier auxilio; así tendría que regresar a casa y aguardar con paciencia que la ley actuara.

XXVII

Al llegar a su nido materno saludó a la tía y la madre con una voz que apenas silbaba; débil, cansada y aun cuando tenía hambre se negó a almorzar y optó avanzar hacia su cuarto para tumbarse sobre la cama; cerró los ojos, y así permaneció durante varios minutos. La mamá aunque preocupada por su estado de ánimo, prefirió no importunarla. Ya le contaría cuando ella quisiera los pensamientos que rondaban su mente,

la conocía muy bien, eran dieciocho años viéndola crecer hasta hacerse mujer; pero en el fondo seguía siendo su niña.

De pronto sonó la puerta y con un brinco y dos zancadas llegó a la sala.

—Mamá yo abro—

La tía quien veía televisión rió al verla.

El tablón de madera verde se entreabrió y del otro lado apareció a quien no esperaba, era Sebastián, quien sonriente la miraba.

—Ahhhh… hola Sebas…—sigue—invitó con desgano.

—Buenas tardes saludó el joven al ingresar—

—Hola mijo, bien pueda siga—espetó la mamá de Dery, desde la cocina—

—Hola Sebastián, ¿como estas?—dijo la tía.

La muchacha se extrañó por la visita imprevista de su amigo.

—¿Qué hora es? Preguntó la mamá quien todavía enjuagaba unos platos.

–Son las dos y media—se apresuró en contestar el muchacho.

—¿Quieres jugo Sebastián?—ofreció la mujer.

—Bueno, si señora, gracias—

—Y que haces por aquí—indagó la joven.

Antes de poder contestar apareció la mamá con una bandeja y tres vasos de jugo que distribuyó entre la tía, el muchacho y Dery, y sentándose un momento junto a ellos indagó:

—¿Y cómo has estado mijo? y ¿tu mamá como se encuentra?

—Bien, gracias doña Patricia, que era su nombre—respondió este.

—¿Y bien Sebas?—inquirió la muchacha inquieta.

—Essss… queee…—dio vueltas Sebastián, sin atinar a develar la razón de su visita; como si la presencia de las mujeres fuera inconveniente, señal que Dery, interpretó al segundo.

—Ven salgamos un momento, hace un poco de calor aquí—fue la excusa para hablar en privado.

—Siii… tienes razón—secundó él poniéndose de pie y levantando del portavasos el recipiente con la bebida.

—¿Qué ocurre, cual es el misterio?—preguntó Dery, intrigada.

—El profesor—

—Que ¿cual profesor?

—Hans, el profe Hans… ya salió, acaba de pasar de mi casa.

—Queeee… ¿Por qué no me dijiste antes?

—Ayyyy por Dios, Dery y ¿Cómo?

—Ven acompáñame que mi mamá no se enoja por eso, esta mañana me dio permiso para ir a verlo—aseguró regresando al interior de la casa.

—Mamáaaa…—farfulló—buscando con la mirada a la señora que ahora estaba en el cuarto hablando con la tía, entonces avanzó hacia ellas—¿mamá puedo ir con Sebastián? vamos a visitar al profesor que ya salió.

La señora sonrió con mirada tierna.

—¿Y cómo lo supiste?

—Es que acaba de pasar por casa de Sebastián, el lo vio.

La mujer pareció titubear por un momento, no estaba del todo conforme con que su pequeña, se porfiara en sus sentimientos por el alemán.

Pero la tía inclinada a su favor abogó por ella.

Finalmente la señora accedió.

—Voy a confiar en ti—dijo—pero tendremos que sentarnos a hablar de lo que esta pasado por tu cabeza.

XXVIII

En el corazón de una madre, casi siempre fluye de un manantial de natural sabiduría respecto de sus hijos. Del dolor, el amor y la soledad que los embarga; si bien, la ansiedad de los sentimientos es algo que conviene saber tratar con los ellos.

El amor no es una vaguedad, por el contrario se expresa con arrebato, máxime en el corazón juvenil

embebido de emociones y cambios. Es este sentimiento la antípoda del temor; dos vibraciones de energía opuestas, la primera nos impulsa con un arrojo inédito, que lleva en algunos casos a decisiones socialmente mal vistas, no obstante, es el amor un obsequio de Dios, a quien amamos sin el arrebato furioso de los sentimientos carnales, y el cual nos ha dado este sentir tantas veces estudiado por la ciencia, parafraseado por la poesía y valuado en altísima estima por cada uno de nosotros; el amor es creador, ingenioso, antojadizo y al final siempre libre.

Y en ese momento Dery, estaba decidiendo amar; amar de una forma súbita, como suelen ser los sentimientos más profundos del corazón humano, o del cerebro si se prefiere un sentir científico.

Su bravura ante la justicia, o el anteponer frente a las distracciones de su tiempo libre, la ansiedad por el bienestar de otro. El brío de su corazón agitado ante el roce de sus manos, la vergüenza, la tristeza, el dolor, la incertidumbre, las mariposas en el estomago; no eran

otra cosa que el sentimiento de más alta vibración agitando cada una de sus emociones. El nacimiento mismo de un cosmos proveniente del amor.

Sus pasos la condujeron firme hacia la puerta de la casa del alemán, incluso a Sebastián, le venía arduo seguirle el paso —voy a confiar en ti—martillaban las palabras de la madre en su cabeza ¿Confiar en qué? ¿En que no se lanzaría a los brazos de aquel gigante rubio para fundirse en él? Claro que no lo haría, ella misma sentía pánico de aquello que palpitaba en sus entrañas; no podía entender lo que era, ni siquiera sabía expresarlo. Su piel, sus labios eran castos; inadmisible para una criatura de tan privilegiada belleza, pero irrefutable. Aquel dilema interno poco valía para hacerla detener su avance. Toc…toc…toc sonó el golpetear sobre la puerta de madera, y el bramido del Rottweiler, entonó como un brusco coro el arribo de los visitantes.

—Te dejo sola—indicó Sebastián, como si también él sintiera vacilación por aquella fortuita visita.

Dery, lo tomó por la mano— espera—le exigió.

Como de costumbre el joven convino ser su mecenas con aires de alcahuete.

—¿No tengo alternativa? —Dijo con un susurro—

—Nooo… — respondió en igual entonación ella y en ese instante el crujir del pestillo seguido del movimiento de la pesada puerta, notificó la inmediata aparición de quien buscaban; sus manos estaban tan frías que ella misma podía sentirlo al rozar una contra la otra.

Estuvo a punto de sufrir un síncope cuando vio asomar su alta y corpulenta figura, pero logró mantenerse firme y saludar.

—Hola Hans.

—Que tal Profe…—farfulló enseguida Sebastián.

— ¿Qué hay muchachos? —dijo el alemán mientras abría por completo la puerta.

Su voz lucia cansada, y su aspecto descuidado con una rala barba, producto de los días sin afeitarse.

—Disculpen, me tomaron desprevenido—observó—mientras recogía algunas prendas tiradas en el sofá—pero sigan… siéntense.

—Tendrán que excusar este desorden—dijo dejando caer su peso sobre el sofá—lucia realmente macilento, casi jadeante; tanto que Dery, pensó en marcharse y no importunarlo. Sin embargo, pese a que no lucia como el familiar caballero vitalizado de siempre, levantó la mirada y observando a los muchachos sentados frente a él expresó—disculpen mi agotamiento, en realidad me reconforta verlos y continuó—¿desean algo de beber?

—No gracias—respondió la joven por los dos—¿Tú quieres que te sirva algo?

—No descuida, estoy bien—dijo él.

Entretanto el Rottweiler jugueteaba amigablemente con ellos, reclinando sus costillas contra las piernas de estos y meneando la cola; luego se dirigía donde su

amo y permanecía por unos minutos echado a sus pies. Entonces súbitamente se levantaba y corría hacia la ventana al percibir el menor ruido en la calle.

El resto de la tarde Dery, y Sebastián, le hicieron preguntas al alemán sobre sus días detenidos; cuestionaron también severamente la aplicación de la justicia, en contrapartida, el alemán bastante aplacado adjudicaba los hechos a procesos naturales de las normas establecidas. Aun cuando Dery, persistía en el visible riesgo, de que el sujeto que lo había agredido continuara libre. Empero, Sebastián, y el propio Bermer, le restaban trascendencia al asunto.

Entre estos espirales de enojo, y frustración, transcurrieron las horas, hasta que finalmente los jóvenes decidieron dar un descanso al alemán, y aguardar para tal vez continuar la charla o hablar de otros asuntos al día siguiente en el colegio.

Después de despedirse se dirigieron a la puerta escoltados por Hund, y el rubio gigante, quien agradeció nuevamente la visita. Afuera el sol era

ardiente; Dery, prodigó un abrazo a Hans, y seguido Sebastián, le dio un estrechón de mano.

—Profe…que descanse—dijo—mañana nos vemos.

—Adiós muchachos.

Pocos metros adelante también los amigos se despidieron para tomar el camino a sus respectivos hogares.

—Gracias, Sebas… —dijo ella.

—Descuida, Dery—

Ese lunes en la mañana cuando se disponía a acudir a clases, se encontró en la sala con su mamá y la tía quien vestía un grácil y elegante atavío, como también sus maletas empacadas.

—¿Tía para donde va?

La mujer la observó con mirada entristecida, y poniéndose de pie se acercó a ella rodeándola con sus brazos en un fuerte abrazo, luego, con voz entrecortada dijo:

—Mija usted sabia que llegaría este día, tengo que regresar a mi vida, a mi realidad.

—¿Qué? ¿No puede quedarse otros días?—dijo con los ojos cristalizados de llanto.

—Cariño, se me ocurren mil razones para quedarme, pero estoy segura que has empezado a entender, que en la vida tienes obligaciones que no puedes dejar de lado.

Entretanto, la mamá las observaba con congoja y también a punto de llorar y la tía intentaba delinear en sus labios una sonrisa que le venía esquiva, mientras le murmuraba al oído lo mucho que la quería.

—Tía yo la acompaño al terminal—

—No tú debes, ir al colegio mija—estas últimas semanas son muy importantes.

La señora debía marcharse y su hermana la aguardaba ahora de pie junto a ellas.

La mujer intentó detener las lagrimas que brotaban de los ojos de su sobrina, sintiendo el corazón compungido, su tristeza, la abrazó de nuevo y le

prometió que pronto se reunirían de nuevo, mientras avanzaba hacia la puerta y desaparecía seguida de cerca por su hermana y par de pasos atrás por Dery, quien desde el quicio las veía alejarse, sin poder ocultar su desconsuelo.

XXIX

Los días siguientes fueron académicamente intensos, llegaron los exámenes finales y con ellos la angustia; todos sentían ansiedad por lo que vendría de ahí en más, pero también todos se esmeraban por obtener las mejores calificaciones. Asimismo, llegado el último mes comenzaron los preparativos para fiesta de despedida del año escolar.

La lección aprendida meses atrás cuando los forasteros transgredieran la habitual tranquilidad del pueblo, había modificado su forma de ver el mundo; de alguna manera estaba preparando a los

estudiantes para un mundo a veces hostil, al cual una vez dieran un paso fuera del claustro educativo, deberían enfrentarse. Once años, más de la mitad de sus vidas habían recorrido, jugueteado, llorado y reído dentro de aquellos muros que dentro de poco dejarían atrás; era difícil de creer, pero la información sobre el evento de despedida en cada salón de clases, asentía esa realidad. Aprobar el vestuario, tomar medidas, acordar el lugar del evento, las fotografías, todo debía ser perfecto. Al mismo tiempo algunos profesores apenas sacaban sus últimas notas, y el calor y la agitación hacían estragos en el ánimo de los muchachos.

Cuando llegó el mes de julio, sobrevino este entre reflexiones, balances y expectativas; y a su vez con más ansia y actividad, por parte de profesorado y alumnos, atentos a no dejar ningún aspecto de lado a causa de la euforia. En casa también los jóvenes hacían sus propias evaluaciones sobre el futuro, de la mano de sus padres; la fiesta de despedida se empezaba a

marcar con intensidad, al igual que las reflexiones introspectivas de cada uno. Pero la exigencia emocional que ello causaba, iniciaba a generar agotamiento en muchos de los alumnos; era el fin de un ciclo atiborrado de altibajos, exámenes, y trabajos en grupo. Mas el entorno, directivos, maestros, acudientes, padres de familia; todos permanecían atentos a brindar el apoyo oportuno y la voz de aliento ante esos cambios venideros.

El pueblo en general se vistió de vistió de fiesta, los vecinos se sentían orgullosos de aquella generación de estudiantes, que se abría camino a nuevas oportunidades. El salón para el evento se iluminó de adornos, luces y vivaces colores; se multiplicaron los ensayos para las actividades, culturales y artísticas. Todos realizaban de alguna forma su pequeño aporte para que fuera todo un éxito, aquel sueño cumplido.

Al salir una tarde del ensayo para el baile central de la festividad, se encontró Dery, a la madre esperándola afuera sobre el dintel de la calle. –Hola mamá ¿Qué

hace por aquí?—saludó distraída por unos amigos que se despedían de ella.

La mujer la observó entonces con un particular brillo en la mirada.

–¿Mamá que ocurre?

La mujer tomó una profunda bocanada de aire y musitó en una mezcla entre sonrisa y voz entrecortada.

— Esto... ehhhh…ya sabes que este es el último año, y ¿recuerdas que aplicaste para algunas universidades de la capital?

Luego se arrojó hacia ella en un fuerte abrazo y le reiteró un par de veces que cualquiera fuera la respuesta, estaría siempre orgullosa de ella; entonces le extendió un sobre blanco sellado, con el logotipo de una Universidad con sede principal en la capital del país.

—Mas que aliviada, Dery, se sentía nerviosa de desvelar el secreto al interior de aquella misiva; sentía angustia, pues esas líneas podían definir en buena parte su futuro. Se encogió de hombros mientras la

madre la observaba ansiosa. Finalmente, el sello que protegía aquel anhelado documento se rasgó y de su interior se liberó un papel blanco, estampado también con el logo, el cual procedió a leer de inmediato desde la cabecera:

Fecha…la universidad…

A Dery….

"agradecemos haber tenido en cuenta a nuestra institución, para continuar adelantando sus estudios superiores…nos complace informarle que usted, ha sido aceptada…"

Dobló de nuevo la carta y la devolvió a la madre quien la observaba a punto de brotar en llanto, seguido delineó una leve sonrisita; sabía que debía estar alegre, pero aquellas líneas le llenaban el alma de un profundo vacio, de incertidumbre. Sus ojos repasaban el documento ahora doblado, y la sonrisa de pronto se borró de sus labios; se acercó a la madre y se fundieron en un nostálgico estrujón en el cual se suspendieron por un par de minutos.

Indudablemente, esperaba esa noticia, la anhelaba; mas en ese justo instante solo podía sentir pánico, como un niño que sube a una montaña rusa, después de haber insistido que le lleven al parque, eso era la vida, lo estaba entendiendo; altibajos y vaivenes.

—Tranquila todo estará bien—dijo la madre.

—Te quiero mucho—susurró ella.

—Vamos a casa—solicitó la mujer y se marcharon del salón para el evento de despedida.

No quería arruinar la ilusión de su progenitora, pero aquel cambio le inspiraba miedo. No solo el alejarse de la rutina de un pequeño pueblo, de sus amigos, su cariñosa madre, Hans; sino enfrentarse a una ciudad ciclópea repleta de desconocidos, y cada vez que la mujer la observaba procuraba bosquejar una fingida sonrisa.

XXX

De regreso en casa la joven descargó su maleta y de inmediato le pidió a la madre permiso para salir un momento.

—No tardaré mucho—aseguró—

—¿Dónde vas?

—Quisiera hablar un momento con el profesor Hans, y enseñarle la carta de la universidad—respondió con evidente melancolía en la mirada.

—¿Te encuentras bien?—indagó la señora.

—Claro que sí, no te preocupes —solicitó—. Todo estará bien mamá, te quiero. Y diciendo esto la abrazó con fuerza, luego caminó hacia la puerta y dejó la casa.

Marchó hasta casa de Bermer, llevando consigo la comunicación de la facultad, mientras ensayaba darse valor para asumir de la mejor manera todo aquello; pidiendo fuerzas a Dios, para aceptar que era lo mejor.

Una vez frente a la casa estiró la mano y tocó tímidamente, al segundo golpe Hans, abrió la puerta y se extraño de verla ahí.

—Hola Dery—saludó.

—Hola Hans, ¿puedo pasar?

—Claro, por favor sigue.

La joven ingresó y el alemán cerró con suavidad la puerta tras de ella.

—Siéntate, ¿vas a tomar algo?

—Sí, un poco de agua fría si tienes.

Bermer, asintió y al poco tiempo estuvo de regreso.

Luego se sentó frente a ella, con el reloj de pared sirviendo de fondo, que aparentaba ser una suerte de corona en su cabeza desde la posición donde estaba la muchacha.

—¿y Hund? Curioseó ella.

—Ahhhhh… en el patio—señaló el—tuve que castigarlo.

Pero al notar la desazón en su mirada, dejó de lado el asunto del can, y le preguntó que ocurría.

Con mirada apagada ella lo observó, extendiendo la carta hacia él, quien le dio una ojeada.

—Vaya me preocupaste—dijo él con ánimo jubiloso—¡qué buena noticia! aunque no pareces del mejor ánimo.

Dery, asintió retraídamente con la cabeza y dijo:

—Lo sé, no debería sentirme así, pero tengo tanto miedo—

Entonces Hans, intentó tranquilizarla, exponiendo los múltiples beneficios que esa oportunidad podía traer a su vida.

—Si lo sé, mas no puedo evitar sentir el corazón vacio—

—Lo comprendo, pero solo piensa por un minuto. Una vez que el colegio acabe ¿Qué te quedarías haciendo en este lugar? eres una mujer muy inteligente, y esta es una oportunidad que te mereces; Dios, la puso en tu camino por alguna razón.

—Lo entiendo—dijo con un hondo suspiro—sintiendo que las mariposas que le provocaba Hans, en el estomago, eran devoradas por dragones que le quemaban las entrañas ¿acaso no le pediría que se

quedara? O cuando menos le diría que la iba a extrañar ¿no era este el momento para que también él revelara sus sentimientos, le diera un abrazo y le prometiera que la visitaría en la capital y estarían juntos desde ahora? –

— ¿Por qué te sientes así?—inquirió él—¿a que le temes realmente?

—No lo sé, Hans…no lo sé… todo esto parece tan abrupto. Dejar todo atrás; mi familia, Sebastián, el colegio, dejarte a ti…

Hans, dejó escapar un leve tosido, y se sonrojó ante esta sutil declaración.

—Pero igual, cuando quieras puedes venir de visita y compartir un rato con todos.

—¿Se supone que cada cuanto los voy a ver?—espetó ella con voz apagada—¿acaso cada seis meses?

—Voy a traerte un poco mas de agua o ¿quizá quieras un café?—dijo Hans.

—El café estaría bien—sonrió ella.

Y desde el fondo de la cocina farfulló—sabes algo, tienes razón en sentirte así; es normal que los cambios tan transcendentales generen temor. Es la aprensión a lo desconocido, algo así como lanzarse al agua por primera vez—luego, aproximándose continuó—sé que estarás bien y serás una excelente profesional.

Ella sabía que el alemán tenía razón, se quedó mirándolo y le agradeció la franqueza de sus palabras, así estas dolieran. Observó el reloj y los minutos habían corrido rápidamente, señalando las seis menos cinco de la tarde; aunque por la poca luminosidad parecía más tarde. Dio un sorbo a la taza, respiro profundamente, cerró por un segundo los ojos y se incorporó; tomando la carta de la mesa de centro, con la intención de partir hacia su casa. Hans, avanzó hacia ella para acompañarla hasta la puerta, y rodeó su cintura como un gesto para indicarle que avanzaran. Pero tal vez el aroma del café, las mermadas luces del atardecer, el abatimiento mismo, o el roce de la mano del alemán; actuaron como con un vivificante del ardor

reprimido durante meses y girando, se observaron fijamente a los ojos y súbitamente se fundieron en una caricia, seguida de un prolongado beso.

No podía más que escuchar el susurro de su respiración agitada, y el palpitar de su corazón que saltaba como un mar embravecido. El calor de sus labios derrochaba de exaltación; su primera caricia de amor… perfecta…eterna. Los dedos se entrelazaban, los arrumacos se refrendaban y el aroma de uno se glorificaba en el otro. La vergüenza se evaporó, los hercúleos brazos la rodeaban y Dery, se dejaba perder a voluntad en ellos; pero estando en el borde de aquel abismo vedado una voz susurró:

—¡Detente!—

Imaginó que sería su conciencia hablándole a gritos, hasta cuando el mandato se repitió:

—¡Detente! Esto no está bien—exclamó Hans, acudiendo a la razón que aquellos labios pretendían arrebatarle—

Azorado tomó distancia de ella, quien lo miró ansiando objetar sus prejuicios.

—¿Cual es el problema Hans? Es evidente lo que siento por ti.

—Esto no está bien Dery, por favor discúlpame…no debí…

—¿No debiste? Es… ¿eso lo que piensas?— dijo ella con estremecimiento en la voz, las manos temblorosas y un nudo formándose en la garganta—

—Bueno, supuse que somos adultos… y que quizá… podíamos intentarlo, pero ahora veo que no estás interesado en mí…y diciendo esto último evidentemente conmocionada, abrió la puerta y abandonó la vivienda a toda prisa.

—Aguarda…Dery—intentó retenerla en vano Bermer. Luego, llevándose las manos a la cabeza, murmuró mientras seguía con la mirada, la silueta de la linda jovencita perdiéndose en la distancia; como si le hablara a ella:

—No entiendes que podría hacerte daño, que tal vez este no sea el momento adecuado, y que hay caminos que no debes apresurarte en recorrer.

Entretanto, a cuadras de distancias en una asombrosa coincidencia, acaso el sino del destino, los astros o el mensaje mismo de la voz de Dios, llevando el recado hasta sus oídos; Dery, se detuvo, apoyándose contra un poste del alumbrado eléctrico y ahí en la soledad de la tarde que oscurecía murmuró suavemente—Hans, lo sé este es mi camino y quiero recorrerlo a tu lado— y podría decirse que ella misma se extraño ante sus espontáneas palabras.

Levantó la mirada y se disponía a reiniciar su marcha cuando vio que la madre se acercaba. Notando su presencia cada vez más próxima, aguardó casi a punto de desfallecer, paralizada junto al mástil.

No se le ocurría excusa ninguna, sabía que su progenitora era comprensiva, pero entendía al mismo tiempo lo inadecuado de aquel contexto o quizá era el

simple nerviosismo, por los acontecimientos de hace unos minutos.

Al llegar la señora saludó sin ocuparse en disimular el evidente disgusto.

—¿Qué haces aquí sola y a esta hora?

Si, parecía bastante malo, por la fuerza en la entonación de su voz. Evidentemente, a la mujer no le resultaba enternecedor, ni mucho menos acertado encontrarla allí, palmariamente, la estaba buscando, además, la reconvención prosiguió.

—¿Acaso pretendes matarme de un susto? ¿No eres consciente de lo que ha pasado últimamente en este pueblo?

Dery, frunció el seño y sintió un picor que le recorría las manos, subiendo por la espalda hasta llegar a la cabeza.

—¿No me dijiste que ibas donde el profesor? —continuó la señora.

La muchacha estaba sorprendida, sus bellos ojos se dilataron, y sus labios recrearon un puchero.

Tal vez este último gesto tan propio de su niña, logró conmover la exaltación de la mujer; quien vio perfilarse ante ella a la criatura para la cual había sido padre y madre, desde que su esposo se marchara de este mundo, siendo esta apenas una bebe; y de lo cual objetando el dolor de la reminiscencia, muy poco hablaba. Simplemente, sentía aprensión y ese instante lo comprendió, de que su hija padeciera sus mismas privaciones y dificultades.

—Cariño, eres una necia —murmuró esta vez con un suave dejo—vamos a casa.

La muchacha le rodeo el cuello para abrazarla, y avanzaron por las calles solitarias.

—Lo siento, mamá… me disculpas —dijo Dery—sabes que no haría nada que te lastime.

—No pienso que harás algo indebido—prosiguió la madre—Pero, debes aprender a cuidarte, si te vas para la ciudad las cosas serán muy diferentes.

— Lo sé, y no quisiera dejarte sola.

—No estaré sola porque siempre te llevo conmigo, y este es un sacrifico que haces por tu futuro.

—Por el futuro de las dos—recalcó la joven.

—Mamá y cambiando de tema, ¿has hablado con mi tía estos días?—preguntó Dery, quien parecía haber superado el impase y recobraba de a poco el buen ánimo o factiblemente, solo quería distraerse en otros temas menos perturbadores.

XXXI

Al día siguiente cuando sonó el timbre para el descanso, de un salto llegaron los alumnos a la plazoleta; Dery, iba acompañada de su inseparable amigo Sebastián, y se dirigían a la cafetería. Cuando de pronto quedó inmóvil al ver a Hans, en su uniforme de educación física quien venía a su encuentro; ninguna idea le cruzó la mente, simplemente, quedó pasmada como si un fantasma se le hubiera aparecido. Tanto

que no tuvo tiempo de decirle a Sebastián, que se detuviera, quien giró para ver donde estaba y al notar que el profesor se dirigía a ella prefirió seguir de largo.

—Hola Dery ¿Cómo amaneciste?—preguntó con su potente voz.

La chica alzó la mirada para encontrarse con sus ojos, pero tan conmocionada que ni siquiera pudo articular palabras para saludarlo.

El por su parte lucia tan sosegado como siempre y la invitó con toda naturalidad a caminar un rato, mientras se anunciaba el inicio de la siguiente clase.

Caminaron y hablaron sobre asuntos vanos, hasta que el alemán con gesto vacilante indagó:

—¿Dery, quieres hablar de lo que pasó ayer?

—No lo sé Hans. Ayer al llegar a casa, luego de conversar hasta tarde con mamá me fui a mi cuarto y apenas si pude dormir; sentía un profundo dolor en medio del pecho, sabía no era físico, sentía que me dolía el alma, y comprendí que tú no eres culpable por eso. Es solo que…—quedó en silencio un instante, pero

continuó—simplemente, todo esto… creo que desde el mismo día que aquel forastero te agredió, han pasado tantas cosas que tienen o no que ver directamente conmigo y se han acumulado dentro de mí, que ahora parecieran querer explotar en mi cabeza—

—De alguien escuché alguna vez que el corazón y el cerebro rivalizan todo el tiempo, sin embrago, cuando se ponen de acuerdo suceden cosas maravillosas—dijo Hans—y posiblemente, yo podría aconsejarte en muchas materias, pero de algo estoy seguro…

—¿De qué?

—Estoy convencido—continuó él tomando su mano y llevándola sobre su pecho—que debes escuchar esa voz y ella te va a guiar por el camino correcto.

—Puede ser—asentó ella recuperando su hermosa sonrisa—

—Confía en ti niña y confía en Dios, lo demás ya llegará—

—Es lo que quiero Hans—consintió desahogarse la joven—tener la certeza del camino que debo seguir; sé exactamente la decisión que debo tomar, pero todo parece ir tan rápido. Justamente hablamos de ello con mamá, dejarla sola me parte el corazón, aparte de de eso, tener que dejar el pueblo y radicarme en un lugar del cual ignoro todo; en la casa de una familiar que apenas si rememoro haber visto alguna vez.

—¿Y quién es ella?—atisbó Hans.

—Una señora de nombre Amanda, prima en segundo grado de mamá, con la que no he tenido ningún contacto, y creo que el de ella ha sido exiguo—suspiró Dery—y en solo un par de meses todo esto tendrá que haber pasado.

—Sabes me gustaría poder llevarte en la maleta, si no fueras tan grande. Y que estuvieras conmigo en la capital, seguro que no me sentiría tan sola y estaría protegida siempre—ensayó brindarse un poco de aliento.

—Vas a estar bien, lo sé—dijo él ¿Recuerdas cuantas veces has tenido estos sentimientos? Desde que naciste hasta el día hoy, has estado tomando decisiones y cada una de ellas te ha arrancado un gesto de dolor, pero aquí estas creciendo cada día.

—Habría preferido quedarme niña para siempre—rio ella.

—No necesitas ser una niña—créeme.

—En eso tienes razón, las niñas no besan a sus maestros—observó con dejo de picardía.

De inmediato Hans, intentó evadir el tema.

—Pronto estarás de regreso…

Pero ella apoyando el dedo sobre sus labios—objetó su intención.

—¿Recuerdas que dijiste que habláramos sobre lo que paso ayer?

Hans, la miró como si volvieran al justo momento de aquel beso apasionado, si bien, la prudencia lo llevó en el sentido contrario de sus emociones.

—No quiero perder nada de esto, y eso te incluye—afirmó ella.

En ese momento sonó el timbre anunciando el final del descanso y una turba de barullos y taconeos los absorbió a su paso.

—Dery, hablamos al final de clases. Ok—

—Está bien…chao profesor…—se despidió la muchacha con una sonrisa traviesa.

Sin más protocolo se alejó cada uno rumbo a sus labores, guiados por las cisuras que iba dejando en el alma la idea de no estar juntos, mientras atravesaban los pasillos que formaban los alumnos abriéndoles paso; y una inevitable sensación de desánimo les acompañaba, se habían inscrito en el cosmos incognito de los sentimientos; del amor que debería ser la más dulce de las frutas, y no obstante, en ocasiones se descubre demasiado amarga. Los días posteriores la casualidad obró su parte, infinidad de óbices impidieron su encuentro; estuvieron abocados a sus propias rutinas días enteros, que sumaron en total dos

semanas, las cuales agobiaron sus cuerpos sin sueño y sus almas repletas de ellos.

Mas el encuentro se hacía preciso, tendrían que hablar y sincerar sus emociones; dejando de lado toda obcecación, y en la infinidad de aquella acrópolis, que representaba la institución educativa, dicho albur se enmarañaba. De toda suerte que el sitio del encuentro tendría que ser la morada del teutón, incluso con el riesgo de descarriar los estribos y dar rienda suelta al oleaje de aquel mar de sentimientos que habitaba sus corazones.

El riesgo bien lo valía, incluso si el corolario fuera el óbito de aquel amor; por que más vale en la vida una certeza ínfima, que una perenne inquietud.

A lo lejos lograron distinguirse, separados por los extremos de la cancha de baloncesto; rápidamente Dery, se deslizó hasta él. Volviendo a situar aquel rostro que ansiaba besar frente al suyo. El viento inquieto agitaba su melena; al instante se saludaron con cordialidad.

—Encontrémonos hoy en tu casa Hans—pidió la joven.

El alemán asentó de inmediato, también él lo anhelaba y con un guiño se lo hizo saber.

Entonces se despidieron una vez pactada la cita.

Finalmente, el valor de reconocer lo irrefutable los congregaba de nuevo; eran las tres de la tarde. Sonó la puerta y Bermer, se apuró en abrir; ahí estaba una vez más aquella pequeña y hermosa mujer, y el pecho le retumbó al verla.

—Sigue por Favor—

—Hola ¿Cómo estas dijo?—dijo ella.

Adentrándose en la vivienda y tomando asiento, esta vez se ubicaron uno junto al otro sobre el mueble principal de la sala.

XXXII

Del amor podría decirse y adjudicarse a este tantos y variados atributivos, que difícilmente conseguiríamos agruparlos en unas cuantas líneas; pues su esencia en sí, parece en ocasiones más compleja de lo que asumimos e imbuirse en sus heredades requiere incluso de un enorme valor; que de inicio no calculamos. Personalmente prefiero verlo como un proceso natural del cerebro, una condición alterada de los químicos contenidos en el ¿Pero realmente es tan solo el amor?

Que en ocasiones se presenta, casi como una dolencia que afecta cada uno de nuestros sentidos; necesitar a la persona con una conducta ansiosa, alterada, paralizante.

Mas cabe decir, el amor como cualquier otro comportamiento humano ¿No tiene acaso paralelismos que permiten distinguir en él un ánimo sano y en otros escenarios una conducta obsesiva? por supuesto que sí, y aun siendo el sentimiento mas valioso, con una altísima vibración

energética, no debemos sobrevalorarlo u otorgarle matices que no le corresponden.

El amor no se provoca, no inducimos a alguien a amarnos; de cualquier manera el amor es algo espontaneo, no vamos por el mundo enamorándonos todo el tiempo. Si bien el instinto cumple aquí un papel fundamental: el reflejo reproductivo, la necesidad de protección, la convivencia en grupo, la herencia genética y otros factores; no podemos dar por sentado que estos sean suficientes para dar nacimiento a una emoción a veces tan ininteligible como lo es el amor. Atracción, deseo, cariño, comprensión, camaradería, lealtad y al mismo tiempo egoísmo, posesión, celos, agresión; todo dentro de un mismo envoltorio que valuamos de forma ingente, añoramos y propendemos acertar. Mas todo sentimiento que emana de nuestro ser debe ser agradable no solo a los ojos de Dios, sino a los nuestros propios y a nuestro razonar.

La filosofía y la religión nos enseñan sobre el legado otorgado a la humanidad: libertad. Para elegir, crecer, aprender, por supuesto, también para amar y sobre este bastimento navegar hacia una sociedad funcional; es esta la habilidad del ser humano para definirse a sí mismo, controlar su entorno y edificar su realidad.

Familia. Sobre este vínculo esencial podemos afirmar tres cosas:

La primera es que no se elige, puramente, llegamos a ella, aterrizamos en su núcleo; segundo nos adaptamos, sean cuales sean sus características, condiciones, paradigmas y creencias; tercero nos apasionamos por su crecimiento, bienestar, desarrollo social, por su autonomía.

El amor es parte esencial de la vida. Amamos a Dios, dentro de cada dogma y filosofía, esta fuerza superior es justipreciada, estimada, venerada; reaccionamos a ella, y a la forma en que nos relacionamos con su grafía. Igualmente, amamos a

nuestros hijos, padres, hermanos, amigos, pareja; en niveles de aprobación y valía diversos.

De ahí la importancia en la ecuanimidad de los sentimientos, pues ello contribuye a recorrer el sendero de armonía que conduce a la integralidad; el amor no es una cuestión de cuando, como, o donde. No es equiparable a ninguna otra de nuestras actividades diarias, como trabajar, comer, ver un partido de futbol, estudiar, ejercitarse o establecer una rutina determinada; si bien, es posible encauzarlo sobre criterios de respeto mutuo, reconocimiento del otro, tiempo juntos, afinidad. Empero, esto no certifica su perdurabilidad en el tiempo, el amor es en sí mismo cambio, y este se sucede a veces en direcciones opuestas; en ocasiones parece intempestivo, en otras apacible, a veces fortifica y en otras desequilibra, aun en su naturaleza de vibración positiva, esto es dada su naturaleza reparadora.

Una vez que te sumerges en sus aguas caudalosas o sosegadas, estas aprendiendo, moldeando tú ser; del

mismo modo enseñando a otros, acertando el camino hacia la integralidad.

Lamentablemente, el obstáculo principal resulta ser el propio cerrojo, que impide el ingreso de sentimientos de vibración alta como el amor, a nuestro ser. Dicha aldaba se forja cuando una mente débil, extraviada en el camino de su albedrio, simpatiza con otras de símil naturaleza; pues en su subconsciente resiste este cambio, aferrado a sentimientos alucinados, instituidos sobre la base de mitos, y se obtura ante los hechos y la voz que habla a su oído; aspirando un control sobre aquello que no debe subyugar, sino por el contrario favorecer, para tornar en luz que guía el camino del crecimiento.

La mente débil engaña exhibiendo estos sucesos, como hechos ajenos a la voluntad; negando la existencia de la fuerza interior, mintiendo y manipulando. Manifestando que todo suceso escapa al autónomo control.

¿Cómo reconocer la voz de la mente débil?

Cuando esta es notoria, diáfana, próxima, y su mensaje estimula sentimientos de vibración baja; temor, incertidumbre, apatía, desconfianza: "no puedo controlar esto, he vivido lo suficiente, no tengo suerte, no merezco ser amado, nada tiene sentido"

Cuando una persona es regida por la mente débil, y pierde la valía sobre sí mismo; aun creyendo que ama, es incapaz de brindar amor. Pues desconoce la esencia de este sentimiento, dado que la vibración de sus emociones es baja, por tanto distingue aquello que es un simple reflejo de lo que cree debe ser, y sus manifestaciones están condicionadas por la frustración, la envidia, los celos, el egoísmo, la posesión, la ira, y la amargura.

El amor en la mente débil, es el resultado de la alteración en los procesos cerebrales; sin conexión ninguna con las fuerzas que guían hacia la

integralidad, es una emoción carnal básica, necesaria para la supervivencia del cuerpo material.

Mas el amor generoso carece de egoísmo, no es un contrato de misceláneas cláusulas; se brinda sin más propósito que aquel de compartir la energía de Dios, con otro a quien entendemos como nuestro igual y al cual, dedicamos nuestra predilección, brindamos conocimientos y facilitamos su realización, inclusive sin la garantía de que permanezca a nuestro lado.

Por el contrario la mente débil, rebosa de complejos, inseguridades, falta de conocimiento y desidia en adquirirlo; por tanto para sentirse fuerte acomete debilitar a otros, solo de esa manera concibe a su símil; desde la tristeza, la frustración, el apego ansioso, los celos, y la rabia.

¿Es sacrificio el amor? ¿Nos ha sido otorgada la energía de Dios, para que hagamos un sacrifico con ella?

Por supuesto, que no. Porque el universo es en sí mismo un proceso de creación, de equilibrio armónico, aun cuando parezca que se origina sobre la base del caos; pues en un principio el orden asemeja a la confusión, esto es a causa del entendimiento del observador, y de su propio concepto de armonía. Algo así, como las matemáticas, que en su umbral semejan un aterrador y sinuoso galimatías, empero, al entenderlas las apreciamos simples y exactas en su plena naturaleza.

Algunas personas que sufren por banalidades, van por el mundo concibiendo la vida como un imperfecto carrusel, colmado de altibajos; del cual pueden caer en cualquier instante, y se proyectan a tomar por fuerza aquello que reflexionan les pertenece por derecho propio. Otros inversamente se condenan a sí mismos, sin cargar culpa ninguna sobre sus hombros; pero todo parte de dogmas infundados o creencias mal interpretadas. La vida y

el amor son un vaivén o un seductor oasis según quieran vivirse.

XXXIII

Más allá de lo que pudiera concluirse, aquella tarde el ímpetu de los sentimientos fue abatido por la fuerza de la razón. si bien, Dery, y Hans, conversaron largo rato; tan próximos uno del otro que podían escuchar las palpitaciones de sus corazones aligerados por el sentimiento. Entrelazando eventualmente sus manos y en algunos instantes accediendo que el silencio fuera su voz, y las miradas expresaran aquello que las palabras no saben decir. Aun así, las caricias fueron inocentes, los besos escasearon y la piel no obró de llanura en la cual corrieran libres sus cuerpos; fue llanamente eso, saberse apreciados, escuchados.

Poder tenerse sin siquiera tocarse. Y entre llanto inquirió Dery:

—¿Que haré cuando me sienta sola? Y tú no estés a mi lado.

—Mi querida niña— dijo Hans— yo estaré a tu lado aun cuando no notes mi presencia; simplemente abre los ojos, alerta tus oídos, descubre que nada habita en los terrenos del temor, que es este tan solo un monstruo imaginario oculto bajo tu cama. Acaricia en tu mente el aroma de la verdad y si es preciso calla ante lo evidente; no corras sin sentido tras los paradigmas de otros, a menos que tú misma los hayas entendido, pues cada quien correrá por cuenta propia hacia el abismo, porque ya por propia voluntad lo ha decidido.

Causaron extrañeza en la joven estas palabras, de las cuales no logró discernir por completo su sentido y juzgando en ellas una manifestación de profunda filosofía, escrutó de estas su origen.

—Dime Hans, ya sé que hemos hablado tantas veces sobre diversos asuntos. Pero ¿En qué crees? ¿Quien ha influido tu filosofía? Acaso Jesús, Gandhi o alguno de estos grandes pensadores o tal vez, compartes con ellos matices de su enseñanza.

—Dery, creo en mí y en la fuerza creadora del hombre, la misma que es el origen de todo. Las creencias por si solas, no definen nada diferente de lo que tú mismo decides; siempre se trata de ti y el uso que das al poderío donde enfocas tus ideas. Meramente, todo concepto tiene el valor que tú le das, a través del conocimiento adquirido en la interrelación con otros. Puesto que el entorno es lo que concebimos de él a través de los sentidos, el mundo que ves nace de tu conciencia y en la medida que esta se crece hacia la integralidad, esta percepción se altera.

—Comprendo—asentó ella y calló para que el continuara con dicha reflexión.

—Infortunadamente el temor torna pasiva a la mente; insegura, desconfiada, y esto deriva en la incomprensión. Apatía que lleva a desestimar el aporte ingente de hombres como el propio Jesucristo, a quien antes mencionabas, o Gandhi. Incluso talentos como el de Van Gogh, y tantos otros que la lista sería realmente extensa; mas su genialidad se vio fustigada por aquellos quienes con ligereza, impusieron sobre su saber credos edificados sobre la base del aprensión. Por fortuna aquello que se concibe sobre el bienestar colectivo, y propende por el crecimiento y aprendizaje de todos, logra trascender en medio de las divergencias.

—Al hacer referencia a que ese conocimiento trasciende ¿es esta la razón por la cual ellos mismos trascendieron?—preguntó Dery.

—Todos lo hacemos, puesto que de una u otra forma nuestra búsqueda es regresar al origen, formar parte de la integralidad. No obstante, estos pensadores situaron al ser humano en el lugar

privilegiado que le corresponde; por tanto es justo el reconocimiento que se les otorgue—observó Bermer.

—¿Y cuál es ese lugar al que haces referencia? ¿Cuál es el sitial del ser humano en este ciclópeo cosmos?—inquirió ella.

—Cada hombre forma parte de un todo a nivel cósmico, es parte integral de ello; fuerza y energía de la esencia creadora universal, y unida a ella forma un macrocosmos energético de conciencia, capaz de modificar todo aquello que concibe como real.

—Entonces lo que dices es que…¿de algún modo cada uno de nosotros puede modificar la realidad?

—La realidad Dery, es una construcción de los sentidos, de los dogmas, del aprendizaje constante, del crecimiento de la conciencia y la capacidad para que escuchar. Pero la mente debe ser sobre todo principio consciente, no creyente; pues las creencias son solo la incertidumbre de lo que podría ser.

—¿Y cómo lograr esto en medio de los conflictos, de las privaciones que nos agobian?

—Infortunadamente–dijo el alemán — la conciencia que se gasta en trivialidades, encuentra compañía en otras semejantes a ella; las cuales en lugar de brindar un saber, fortalecen su ignorancia. Una mente débil, necia, confundida; avanza anhelante en procura de sucumbir, como pretexto a su frustración. Por el contrario, una conciencia basada en creencias propias, cuyo principio y verdad es el concepto de integralidad del hombre; perdura. Pues su vehículo es la sabiduría que emana de su ser, logrando un conocimiento que se hace perenne.

—¿Acaso puede ser eterno el hombre?—preguntó.

—Sí— afirmó Hans—su esencia sin duda lo es, y la unión de conciencias avanzadas que representan a su creador universal; canaliza un poder reformador, que configura a su vez una entidad

nueva renaciendo en cada tiempo. Cuando el hombre logra reencontrarse con este conocimiento, esa entidad es a su vez un MegaDios, cuya forma es la del hombre mismo.

Vagamente, acertaba Dery, los postulados del teutón, pese a ello, los sentía próximos; como si de estos manara una verdad tangible, y comprendía eso sí, que el ser humano tiene una formidable capacidad para alcanzar su bienestar y armonizar con el entorno que le rodea, en niveles que a veces ni siquiera el mismo intuye.

—¿Y cuál es la forma o el aspecto de esa conciencia, energía o entidad?—indagó

—El aspecto mismo del hombre parte de ella—respondió él—es energía vital que ha estado desde siempre, en interacción con otras fuerzas universales, es y permanece latente dentro del espacio tiempo.

—¿ Y cómo conectarnos con esa energía?—

El alemán sonrió, quizá ante el entusiasmo de la joven por cautivarse de ese conocimiento y querer infundirse de este, como una expectativa de florecimiento y mirándola encariñado respondió:

—Mi Hermosa niña cuando tu ánimo decrete que ha llegado el momento propicio; suavemente cierra tus ojos, deja que el tiempo te lleve consigo, respira con calma hasta que el único sonido, sea el propio latir de tu corazón cada vez más pausado; en la armonía de cada pulsación que se pierde en el espacio. No temas, ni permitas que tus creencias interrumpan ese momento supremo, solo deja que el tiempo te lleve.

XXXIV

A veces la vida te enseña sueños que son tan suyos, que aun cuando los anheles no consigues arrebatárselos.

Finalmente, había llegado el día de partir a la capital. La noche anterior Dery, se había detenido probablemente, en cada puerta de cada vivienda para despedirse brevemente; con motivos de sobra para que la mirada se le colmara de llanto. Resultó casi una despedida definitiva, conteniendo la respiración visitó por ultimo a Hans Bermer, antes de regresar a casa y preparar las maletas. No imaginaba como reaccionaria él, si con indiferencia, aceptación o tristeza; de cualquier modo ya no interesaba. Cuando la vida en su afán te supera y solo queda correr tan deprisa como puedas y aferrarte a ella para que sea tu conductora, así ignores el propio camino por el que avanzas; solo una idea puede rondar tu mente: resignación… ya llegaras a algún sitio.

El alemán abrió la puerta y se miraron fijamente, no hubo necesidad de un saludo, ambos sabían lo que significaba eso, era la despedida. No obstante, se alegraron de tenerse cuando menos esos últimos minutos.

Dery, sabía que partir a la capital no era el final de su existencia, sencillamente, tenía miedo de aquel ser asfaltico desconocido; como también de dejar atrás a sus seres queridos, no un par de semanas, sino largos años. Era un sacrificio que debía contar para su futuro. Bermer, sonrió encogidamente y la invitó a pasar, cerró la puerta tras de sí, y en un impulso natural la abrazó por la espalda; luego ella giró y se besaron, y el llanto que afloraba de sus ojos, baño su rostro con la salina que caía hasta sus labios.

—Voy a extrañarte—dijo ella.

—Pronto estaremos juntos—Aseguró él.

Todo el pánico y la desesperanza que albergaba su corazón, se desvanecían estando en los brazos de Hans; era como si todo fuera a regresar a la cotidiana realidad en la cual era feliz. El reloj pausaba su tic tac, para dar tiempo a los enamorados y sus cuerpos antojadizos se acariciaban, sin llegar a la conclusión máxima del amor.

—¿Hans?

—Dime.

—Sé que hoy no pasará, pero quiero que sepas que mi virtud será tuya, cuando el momento indicado llegue.

Hans, guardó silencio. Un mutismo que sellaba aquellas palabras como un pacto, no quería lastimarla; pese a que también él se había perdido en el mar de sus sentimientos.

Se hacía tarde y la muchacha debía apurarse en los preparativos de su viaje; con expresión dolorida se despidió de su amado David, hecho hombre. Pero él se apresuró en ofrecerse a custodiarla hasta su casa; en el camino las reflexiones superaron las palabras, hasta llegar al terraplén que la vivienda coronaba.

—¿Quieres pasar a saludar?

—No. Sé que tienes que preparar tus cosas, igual mañana estaré contigo en el terminal—indicó Bermer.

Ella se acercó y besó su mejilla, seguido avanzó cabizbaja hasta la puerta; giró la llave y tras de ella la puerta verde se cerró suavemente.

Bermer, se quedó ahí sobre el terraplén con gesto vacío, luego giró y se marchó.

La mañana siguiente despertó con el suave susurró de la voz de la madre, quien con voz trémula la sustrajo de sus sueños.

— ¡Dery…Dery… debes levantarte.

Al abrir los ojos, la encontró a su lado y sonrió, relegando que ese día se marcharía; la señora le besó la frente y ella acarició su rostro.

—¿Quieres desayunar?

—No gracias mamá, siento el estomago revuelto…si me da hambre quizá coma algo en el terminal.

—Bien…prepárate se hace tarde.

Se incorporó de la cama. La noche anterior había dejado todo dispuesto, así que se encaminó directamente al baño, y bajo la ducha que dejaba escapar el gélido y cristalino contenido de la tubería, aseó su cuerpo desnudo.

Luego se vistió, tomó las maletas y aguardó en la sala que la mamá saliera; cruzando la puerta se

encontraron con Sebastián, quien saludó y se puso a su lado tomando las valijas más pesadas.

—¿Como estas?

—Bien—dijo ella con una sonrisa insípida.

—Dery—dijo su amigo—sabes que puedes contar conmigo siempre.

—Lo sé—asentó ella, y recostó su cabeza sobre el hombro de este—gracias.

El terminal no quedaba lejos de ahí, sin embargo, decidieron abordar un taxi y evitar el agotamiento de cargar el equipaje.

En el trayecto los tres se mantuvieron con semblante distante, mientras observaban por la ventanilla del automóvil, comprendiendo que a todos les arrebataban una parte de su cotidianidad.

—Llegamos—dijo el muchacho—con la disfonía que le generaba el momento.

Dery, comprendió que esos eran los últimos minutos, en el lugar donde lo había vivido todo hasta ahora y soltó en llanto; mientras su amigo intentaba

tranquilizarla. De pronto tras ellos saludó el alemán, acompañado por otros vecinos; Dery, giró y sus miradas se entrelazaron.

Al verlo su abatimiento le dio una tregua, la misma sensación de paz que le generaba, desde el primer día cuando se habían cruzado en el parque y habían hablado sobre tantos asuntos.

Los vecinos se allegaron a ella con expresiones de cariño, mientras la madre observaba con expresión acongojada, la partida de su bello retoño.

Dery, agradeció a los presente con voz quebradiza, sus muestras de afecto; respondiendo a preguntas que ella misma desconocía, con respuestas venidas del supuesto, sobre esto y aquello. ¿Donde se hospedaría inicialmente?, ¿si era una buena universidad a la que asistía?, ¿si le gustaba la idea de llegar a la capital?, mientras ella se sumía cada segundo en su desconsuelo; en el laberinto de ideas que le cruzaban la mente, ensayando responder con la mayor firmeza.

Hasta que Hans, decidió socorrerla invitando a todos un café.

XXXV

Ya sentados en la cafetería, cada quien con su respectivo pedido; prosiguieron la charla sobre multicolores asuntos. Dery, aferrada al brazo de la madre, dio un sorbo a la malteada que había pedido. Y sintió un crujir en el fondo de sus entrañas, que identificó de inmediato no era hambre; sino despecho, que intentaba hablar desde lo profundo de su ser, que le hacía crepitar los intestinos de desesperanza.

Los minutos previos a la llegada de la buseta que la llevaría a su nuevo hogar, transcurrieron lentos, pesados; dilatándose como una tortura. Permanecieron sentados un momento más en las sillas de la cafetería, y luego se dirigieron hacia la puerta de acceso por donde llegaban los vehículos. El alemán permanencia a

su lado, y del otro venia su progenitora. El subsecuente suplicio vino cuando apareció la buseta que anunciaba como destino la capital, era un hecho, se iría; no se trataba de una umbría quimera. Sus pasos se congelaron y escasamente lograba avanzar; sus custodios la seguían de cerca y debió soportar de nuevo las recomendaciones, que se manifestaban como un barullo ininteligible. Casi a trastazos llegó hasta el borde de la escalinata del carruaje, entonces madre e hija se deslieron en un apretón, entre bendiciones y llanto; el siguiente fue Sebastián, quien también se quebró en aquel contexto, dejando escapar una tímida lágrima, luego de ayudar a descargar las maletas en la bodega del coche. Así, uno a uno los demás también se despidieron, el último en llegar hasta ella fue Hans.

—¿Por qué todo sucede tan rápido? ¿Por qué debemos crecer y tomar decisiones? –musitó entre sollozos la muchacha, aferrada a los brazos del gigante rubio.

—Tranquila todo estará bien—susurró él a su oído.

—No me olvides por favor que yo estaré pensando en ti, quiero volver a verte cuanto antes…

—Pronto nos veremos, vas a estar bien, se fuerte…

Decía esto el alemán, cuando fue interrumpido por la voz del conductor, quien sentado al volante del vehículo espetó:

—Señorita tenemos que irnos, ya está lleno el cupo—

El tiempo se detuvo como una película que se negaba a rodar, los pensamientos se nublaron, la respiración se entrecortó, y el vacio lo ocupó todo; al poco tiempo estaba Dery, mirando por la ventana una geografía que de a poco le empezaba a resultar desconocida.

Supuso un verdadero martirio aquel transitar, a pesar del bello paisaje que se revelaba a sus ojos. Comprobar que aquello era verdad, que atrás quedaba su vida perfecta, para enfrentarla a una aparatosa ciudad en la que cabían miles de pueblos, le arrugaba el alma. Mientras la música de fondo, se mezclaba con

el rugir del motor devorando kilómetros, atravesando plazas libres y otras cultivadas; patentizando la silueta de las montañas, el olor a hierba, las nubes en el cielo recreando formas conocidas, y los recuerdos que atesoraba su mente, guardados en el morral de sus sueños. Respiro profundo, secó las lagrimas de sus ojos y se infundió de fuerza; la misma que necesitaría cada día a partir de entonces. Durante el agotador viaje, el vehículo hizo algunas paradas para que los pasajeros distendieran las piernas; tomaran un refresco o simplemente siguieran durmiendo como hizo todo el tiempo, la compañera de viaje de la joven, una señora cuarentona con libras de más, cabello rojizo y gruesas gafas.

Dery, no se bajó en ninguna de estas estaciones, mientras miraba en su reloj el tiempo transcurrido; le habían dicho cuanto tardaría en promedio el viaje, por tanto, no quería descuidarse y correr el riesgo de ir a parar a otra parte.

Cuatro horas requirió el aparato rodante para vencer el trayecto y de inmediato lo supo cuando se adentró en los confines de la ciudad; la buseta empezó a ir más lento, ella por su parte suspiró hondamente. Aquel lugar era titánico, mas grande que cualquier pueblo que hubiera visto antes; la ciudad estaba colonizada por enormes edificios y grandes casas lujosas apiladas unas junto a otras. Las calles se abarrotaban de personas, y entre cuadras se exhibían múltiples comercios; resultaba abrumadora la sola idea de imbuirse en esa heredad. Finalmente, el automóvil se detuvo en la terminal de transporte, y lentamente los pasajeros iniciaron a descender, aguardando sobre la acera la entrega de sus maletas. Dery, fue una de las ultimas en bajar, nerviosa, con las manos temblorosas y el corazón compungido se paró junto a los demás, hasta cuando el ayudante del conductor le alcanzó sus valijas, y le sonrió.

—Gracias—dijo ella y se adentró en aquella enorme edificación, sin tener idea de qué camino tomar. Había

almacenes por todos lados, con vendedores tras las estanterías; entradas y salidas de automóviles, cafeterías, escaleras. Era un laberinto difícil de vencer, tardó cuando menos quince minutos dando vueltas en círculos, intentando pedir indicaciones a alguien; siendo ignorada varias veces, hasta lograr el auxilio de un guarda de seguridad que la acompañó hacia la salida, en la que le señaló el lugar donde podría abordar un bus o un taxi, que la dejara en la dirección que buscaba; la cual según las indicaciones se ubicaba en la calle 17 con carrera 27.

Al subir al bus que la llevaría a ese lugar, le pidió el favor al conductor que le indicara donde descender, y este le aseguró que la dejaría muy cerca del lugar; el vehículo iba atiborrado de pasajeros y debió permanecer de pie, aferrada a la barra vertical que limitaba el acceso a la parte delantera donde iban conductor y ayudante.

Todos al interior del bus la observaban y su mirada parecía recelosa.

—Mamá no tenía idea sobre este lugar—pensó, mientras permanecía con la cabeza baja.

—¡Aquí se puede quedar niña!—espetó el chofer, dirigiéndose a ella y deteniendo el coche a un costado de la vía.

—Gracias—dijo al descender para adentrarse en aquellas calles atestadas de tráfico vehicular, se detuvo un instante y buscó en su bolsillo la dirección que le había apuntado la mamá; con la esperanza que realmente estuviera cerca de ahí, pero sin saber hacia dónde caminar. Luego, avanzó unos pasos para leer la nomenclatura en la placa de una vivienda y dedujo que tendría que adelantarse al menos tres cuadras; en ese momento su mente luchaba contra la consternación y sus ojos contra las lágrimas. Intentaba hacer caso omiso de su angustia, y concentrarse en hallar la casa de la familiar que no conocía, sintiendo cada vez más aprensión hacia ese lugar. Veía vehículos por todas partes, personas avanzando raudas, una total anarquía

ignota para la muchacha, sin duda en aquel lugar hasta el diablo pasaba trabajos.

XXXVI

Unos hombres parados en la esquina la observaron al pasar, uno de ellos pareció querer acercársele, la joven sintió temor y aceleró el paso; un escalofrió le recorrió las entrañas, asió con fuerzas las maletas y continuó con paso firme, segura de que iba en la dirección correcta.

Pasó por una zona de comercios y se sintió aliviada, entonces se detuvo en una panadería y enseñándole al tendero el papel que portaba en la mano, indagó si el sitio estaba próximo. El hombre amablemente le señaló hacia donde debía dirigirse, estaba a solo una cuadra; esto le ayudó a recuperar el ánimo, agradeció y prosiguió hasta acertar la nomenclatura.

¡Al fin! Su nuevo hogar a partir de ese día, el corazón le saltaba, y en el tórax se le generaba una sensación de quemazón. Se trataba de una casa de dos niveles, con enchape exterior color terracota, grandes ventanas y puerta blanca metálica, al lado de la cual estaba el timbre que oprimió enseguida; aguardó un rato hasta ver salir a una mujer de unos sesenta años de edad, abundante cabello lacio y ceniciento; de mirada profunda con ojos marrón y tez blanca. La había imaginado similar a su mamá, pero se dio cuenta que no se asemejaban en absoluto.

—Buenos tardes…yo soy…

La mujer la interrumpió secamente.

—Ahhhh…usted es la del pueblo…siga—dijo abriendo completamente la puerta.

—Gracias, con permiso.

Al ingresar en aquella vivienda sintió una sensación de pesadez, que le recorrió la espalda, sin embargo, sonrió amablemente y quiso iniciar una conversación.

—Está muy bonita la casa y hace cuanto…

Pero una vez más fue interrumpida por la antipática mujer.

—Sígame, ya le indicó cual será su habitación…

Dery, quería expresarle los saludos que le había enviado su mamá, y entregarle las golosinas que había empacado en su valija; pero concibió que cuando menos ese día la mujer no estaba del mejor ánimo, después claro, comprobaría que era ese su estado habitual.

—Sígame—ordenó la señora—indicando el nivel superior de la casa.

La muchacha avanzó lentamente por las escaleras, con un hondo aturdimiento clavado en el alma, prestando atención a las indicaciones de la mujer; una larga lista de prohibiciones que parecía tenía preparadas de antemano, ante las cuales, Dery, no hacía más que asentir con la cabeza.

Sin mirarla mientras descendía los escalones, la mujer hizo la última recomendación…

—¡Ahhh…y no se demore más de quince minutos en la ducha!.

Cuantos días como ese le aguardaban—pensó mientras cerraba la puerta de la habitación, avanzando luego hacia la cama donde se sentó, dejando escapar un par de lagrimas; era el primer día y la situación ya empezaba a resultar desagradable.

No sabía que esperaba, pero definitivamente no era eso, conjeturaba mientras recorría con la mirada, los recovecos de aquella vieja casa cargada de una pesada energía; y ahí se quedó por un momento abstraída, escuchando los ruidos que hacia la señora en la planta baja.

Un repiquetear la sobresaltó, se trataba del teléfono el cual extrajo de su bolso. Era la primera vez que tenía un teléfono móvil, a decir verdad porque en el pueblo no lo necesitaba; todo quedaba tan cerca que habría resultado un devenir holgazán, llamar a algún amigo para hablar con él, sabiendo que estaba a solo un par de minutos de su alcance. Pero entonces celebró tener

con ella aquel aparato, que se figuraba en ese instante como el único puente de comunicación con su familia.

— ¿Si Diga? —.

— hola ¿Dery?

De inmediato reconoció la voz de su progenitora y con la voz entrecortada saludó.

—Hola, Mamá.

— Cariño, ¿Ya llegaste a la capital? ¿Ya estás en casa de mi prima?—indagó la mujer con voz ansiosa.

—Sí. Mamá, acabé de llegar, ya me disponía a desempacar las maletas.

—Pero y cuéntame ¿cómo estuvo el viaje y ella como te recibió?

—Bien… muy bien, la ciudad es muy grande y bonita, y la señora me recibió amablemente—fingió Dery.

—Ayyy… que bueno…no te quedes sola cariño—dijo la mujer—comparte tiempo con ella; de paso como vive sola…pues se hacen compañía ¿no?

—Sí, claro mamá.

Tener que mentirle le removía las entrañas, quería decirle lo vacía que se sentía; no quería que esa llamada terminara, pero sabía que debían colgar. Escuchó conmovida todas las sugerencias de la mamá, sobre las previsiones que debía tener en la capital, y luego se despidieron.

—Te quiero mucho hija, te estoy llamando para saber cómo va todo.

—Claro mamá yo también te quiero mucho, le das saludos a todos por favor.

—Claro, hija, besos.

—Adiós mamá.

Después de colgar ensayó distraerse en otros asuntos, y sobrecogida empezó a sacar sus pertenencias de las valijas; el llamado para el almuerzo nunca llegó y concluyó que por el momento, no era buena idea bajar para tener una charla con la dueña de la casa; claro que tampoco se le antojaba hacerlo. Se sentía cansada, la cabeza le dolía y solo podía pensar en cuanto extrañaba su pueblo.

Sintió un espasmo gástrico tal vez a causa del hambre, pero se dio esperanzas de que al día siguiente todo estaría mejor; se haría amiga de la señora, asistiría a su primer día en la universidad y por qué ¿no? Se adaptaría rápidamente a la vida en la ciudad.

Antes de meterse en la cama, casi a hurtadillas se dirigió hacia el baño; al abrir la ducha una cascada de agua gélida le entumeció el cuerpo, y al percatarse que no había agua caliente salió con rapidez, temblando de frio. Regresó al cuarto el cual no tenia televisión, se vistió y luego se recostó en la cama. Poco después se quedó dormida, y soñó al principio con bellas imágenes, pero ulteriormente estas mutaron a temibles pesadillas, con oscuros arcanos en los que aparecía, Hans, y sus amigos del pueblo. Luego se veía a sí misma corriendo con angustia, y no lograba escapar de aquellos terribles sueños. Despertó en la madrugada alterada y sudorosa, había dormido cerca de doce horas seguidas; sintió un retorcijón en el estomago, esta vez estuvo segura que era hambre, penosamente,

era apenas las una de la mañana y no logró concebir el sueño de ahí en más. El resto de la madrugada fue solitaria, fría y perenne.

XXXVII

Pasadas las cinco de la mañana empezó a dormitar e incluso sintió el tierno beso de su mamá en la frente, pero al abrir los ojos recordó que estaba en aquella fría casa de la capital; estiró los brazos y se sentó al filo de la cama en silencio, se aventuró hacia la ducha y en el trayecto se encontró con su familiar. Saludó con titubeo y la mujer apenas si la observó con semblante huraño, sin responder nada, entonces, Dery, inclinó la cabeza y continuó en dirección al baño.

Esa mujer la asustaba, sabía que seguía viva por que la veía caminar, de lo contrario podría asegurar que su

corazón no palpitaba—pensó mientras se adentraba bajo el gélido chorro de agua—

Cerró los ojos, y su cuerpo enteró se estremeció al contacto con el cristalino liquido; sus manos temblaban y rápidamente abandonó aquella tortura. Se miró en el espejo y su rostro estaba tan pálido que parecía un fantasma, luego caminó de nuevo hacia la habitación, y al cerrar la puerta escuchó a la mujer protestando en la planta baja, seguramente, era a causa de su presencia ahí. Se sintió humillada, palmariamente, su permanecía en la casa le enfadaba a la mujer, era como si la aborreciera sin haberle dado antes la oportunidad de conocerla. Con todo, se admitió una descanso en sus conjeturas, debía prepararse para ir a la universidad; la única motivación que le asentía aceptar aquel martirio, era lo mejor que podía hacer.

Una vez dispuesta descendió las escaleras, por supuesto, no le esperaba el desayuno, como cada mañana cuando vivía en casa de su madre; ya se acostumbraría a ello, empero, desde ya le preocupaba

que el dinero no le alcanzara para los gastos. Sintió un nudo en la garganta, observó a la mujer quien veía las noticias matutinas, reclinada sobre el sofá de la sala, y se despidió de ella con acento aminorado.

—Debo ir a la universidad—dijo—tal vez, llegue un poco tarde.

La señora apenas se inmutó, ignorando su formalidad y prosiguió dando vueltas a los canales de televisión.

Dery, aguardó un momento más, contemplándola ansiosa en espera de una respuesta, pero su silenció se alargó; así que caminó hasta la salida, solo entonces la mujer se incorporó y avanzó tras ella. La muchacha sintió nerviosismo, había empezado a temerle; no entendía como su mamá la había enviado a ese sitio, pero estaba segura que también ella ignoraba la extraña conducta de su familiar. La pregunta era ¿decírselo o no? Y evidentemente, tampoco tenían dinero como para pagar una renta en otro lugar; sintió ganas de llorar, sin embargo, se contuvo y antes de

alcanzar la puerta, la mujer se adelantó y le abrió ella misma. La joven pensó que quizá había optado cambiar sus maneras, pero entendió que su presencia en la salida junto a ella, pasaba por otros motivos, cuando una vez afuera le cerró la puerta sin decir nada.

Parada sobre el rellano se le clavó el frio de la capital en el alma, la piel se le helaba a pesar de llevar puesto un saco de lana, y de su aliento escapaba como si se tratara de humo, una finísima escarcha cada vez que respiraba; con el frio golpeándola sin miramientos, se adentró en las calles que iniciaban a llenarse de rostros y pasos apurados.

Llegando a la estación de transporte se ayudó con las indicaciones de un guarda, para tomar el bus indicado que la dejara en los alrededores de la universidad; agradeció y se adentró en un angosto pasaje de cuerpos apilados como costales. Recordó las recomendaciones de la madre, sobre lo insegura que podía ser a veces la ciudad; mientras se abría paso en

aquel callejón oscuro, las pulsaciones se le aceleraron y su mirada se rebosaba de escama, entre empujones y reclamos.

Agradeció a Dios, cuando finalmente, divisó el sitio que el guarda le había indicado; como pudo descendió del vehículo y aceleró el paso para encontrar un poco de aire.

Minutos más tarde estaba frente a la fachada de la universidad, que emergió colosal en medio de la urbe; al llegar el portero le indicó hacia que oficina dirigirse, y en el camino se encontró con los rostros rozagantes de jóvenes universitarios, lo cual fue un paliativo para sus temores.

Las torres de las facultades se erigían dentro de aquel enorme campus, en un compacto edificio del que recorrió sus recovecos; atravesando una plazoleta azul, hasta llegar a las oficinas administrativas. Donde fue atendida por una secretaria, quien una vez, corroboró el pago de los derechos de inscripción y le extendió luego una fotocopia con los requisitos y pasos a seguir

para entrar a formar parte de aquel grupo de privilegiados.

Múltiples incógnitas le asaltaron en ese instante e intentó despejarlas todas. Inquieta sobrevivió los siguientes días entre convocatorias, pruebas de admisión, espera de resultados, entrega de documentos; hasta que finalmente, con emoción recibió la buena de nueva de su aceptación. Y un par de semanas después llegó el primer día de clases.

Sus familiares y amigos en el pueblo estaban alborozados por las buenas noticias, y Dery, por su parte simulaba que su estadía en la capital era acogedora; y que contrario a lo que ellos pensaban esta no era una maquina del caos. Con Hans, hablaba casi a diario y resultaba él como siempre, una voz de aliento para batallar contra su desventura.

En la universidad, los primeros días de instrucción académica, los afrontó con la timidez de quien se adentra en un mundo ignoto; se sentaba sola en la cafetería y contrario a su naturaleza jovial, en aquel

lugar le había resultado tortuoso integrase. No conversaba mucho, escasamente, saludaba a un grupo de compañeros que se sentaban próximos a ella, pero no sentía afinidad con ninguno; quizá porque su proceder era disímil al de la gente del pueblo, eran notorios y despreocupados, como si aquel paso por las aulas, no simbolizara más que un banal compromiso.

El espectro real de la ciudad que apreciaba, era el de un cosmos en el que todo se apreciaba lejano; distante resultaba, no solo los lugares, sino también la manera de las personas. Cada amanecer luchaba por recuperar el ánimo, pero al mediodía ya había sido vencida; se recogía el cabello con una simple cola, tomaba su morral y se reunía con ese tropel de desconocidos. Doblaba esquinas, cruzaba callejones, se extraviaba a veces en ese laberinto y debía regresar sobre sus pasos, luego más vueltas, más edificios, hasta alcanzar la fachada de la universidad.

La capital no era un milagro, sino un accidente extendido, dilatado, tomando por los brazos a sus habitantes, controlándolos a su antojo; el norte y el sur se alejaban en extremos inalcanzables, las personas no eran cordiales, y aun cuando simulara total informalidad, los hombres siempre parecían deseosos de acecharla, de tocarla. Los días en esa ciudad parecían semanas, las semanas meses y los meses seguramente, años ¿Cuánto más soportaría?

Con todo, el título universitario bien valía la pena, regresar al pueblo con su cartón profesional y servir como una eminente maestra, en la formación de aquellos jovencitos; era un impulso altruista que palpitaba en su corazón.

Decepcionada de su actitud reticente, se liberó de monomanías para darse la oportunidad de calzar los puntos en común, si existían, con sus compañeros de estudio. Y para su sorpresa se evidenció que probablemente, aquella lejanía pasaba solo por sus propios prejuicios, y que en ocasiones la voluntad es

golpeada con fuerza, tan solo porque es preciso fortificarnos. Su autoestima mejoró notablemente los días siguientes. Inició a relacionarse con una robusta jovencita de nombre Mariana, de delicadas facciones, ojos oscuros, cabello rizado, y amplia sonrisa; y se admiró al darse cuenta que tenían muchas cosas en común, no solo con ella, sino con otros compañeros con los cuales compartió la agitación de los primero trabajos en grupo.

XXXVIII

Aun cuando su situación le sobrevenía más llevadera, gracias a la amistad que nacía entre ella y Mariana; al dar una ojeada hacia sus afanosos afectos, se descubría ante ella un oscuro callejón de sentimientos. Reforzado por la distante relación con la familiar de su mamá, asimismo, por la escases de dinero en una ciudad donde todo era costoso. El

corazón se le removía en un exhalación interminable, cada vez que debía concluir la comunicación con su progenitora, Sebastián o Hans; en contraposición se sumergía en los estudios, como una distracción que se dilataba hasta altas horas de la noche. Pero como un aerolito esta situación se le vino encima, cuando la dueña de la casa le hizo la observación, sobre el incremento en el consumo de los servicios públicos de agua y energía que suponía su estadía.

Entretanto, la vida en el pueblo continuaba tan apacible como de costumbre. Sebastián, ahora prestaba sus servicios en la única fábrica grande del pueblo; se trataba de una avícola de uno de sus familiares y parecía estar conforme con lo que hacía. Hans, continuaba instruyendo en sus rutinas de gimnasia a los estudiantes del colegio y la mamá había retomado su actividad de modistería, tal vez para ayudarse a cubrir los gastos que sufragaba en parte, con media pensión que recibía como contraprestación del estado, por el fallecimiento de su esposo años atrás, y así con

esfuerzo enviar algún dinero para la subsistencia de su hija. Mas en la capital todo iba a otra velocidad, empero, Dery, prefería no detallar estos asuntos a la madre para no angustiarla y optó por buscar ella misma una adecuada salida a sus apuros.

De tal suerte, que acompañada por nueva su amiga, quien también pasaba por algunos aprietos económicos, fueron una mañana a una fabrica, en busca de trabajo.

Ambas apenas si aparentaban su mayoría de edad; tímidamente se adentraron por un corredor que conducía hasta una oficina, en medio de arrumes de cajas que se elevaban como pequeños edificios. El calor al interior de aquella bodega era intenso, y su voz retumbaba como un eco al estrellarse contra el cartón y las paredes. Los muros blancos alguna vez lucían amarillentos y la luz era deficiente; por la cabeza de Dery, cruzaba la idea de que aquello fuera una broma de su amiga, a medida que se adentraba sintiendo cada vez más claustrofobia, auscultando con la mirada el

luctuoso lugar, y deslizándose entre los cartones apilados. Finalmente, las tomó por sorpresa un hombre gordo, calvo, de gruesas cejas enroscadas, incipiente bigote y ojos saltones; vestido con una camisa azul ajustada que dejaba ver las marcas de sudor en ella y los botones a punto de salir disparados.

—Buenos días señor ¿Cómo le va?—saludó Mariana.

El Sujeto arqueó las cejas y de forma cortante indagó:

—¿A quién buscan?

—Ehhhh…es que nosotras— Permitió Mariana, que su voz se relajara, aunque en ella persistía cierto dejo de irresolución, si bien, prosiguió— es que nosotras somos universitarias y en la bolsa de empleo de la facultad, vimos que había una oferta de trabajo y me preguntaba…si bueno…

—Ya veo…Ummm… aguarden un momento— dijo regresando al interior de la oficina y cruzó unas

palabras que otro sujeto que aguardaba sentado en un escritorio, poco después salió—

—¡Bien! Puede haber algo para ustedes—dijo—pero se les va a pagar proporcional al trabajo que realicen, si les interesa, les indico de que se trata—

Esto es lo que trae consigo el sobrevalorado desarrollo, y de eso estaban bien enteradas las jóvenes: miseria, violencia y desempleo; las opciones no eran muchas para una muchacha de pueblo y su amiga quien subsistía con la exigua pensión que recibía su madre, viuda al igual que la mamá de Dery, hace muchos años. Tendrían que hacerlo masculló en su mente la muchacha, y su amiga se apuró en convenir el acuerdo a nombre de las dos.

—Si…estamos interesadas.

Las dos jóvenes avanzaron tras él por un corredor de cajas, hasta llegar casi al fondo de la bodega; aquel lugar encerraba un cargante eco cavernoso, además, de un penetrante olor a humedad. Dery, sentía que le dolía el pecho, no quería estar ahí, sin embargo, seguía

tras la huella de su amiga; mientras leía la marca del producto impresa en las cajas de cartón. Un minuto después estaban frente a una enorme maquina industrial, algo que nunca antes habían visto; provista de una larga cinta transportadora. Era como una danza de piezas metálicas, piñones, tubos, y botones amontonados unos sobre otros; a la cual el sujeto le dio un golpe secó sobre un costado.

—A veces se pega—si les pasa le dan un golpe y ya está—observó.

Habían pasado solo minutos, pero las estudiantes sentían que llevaban horas ahí, sin duda, las dos querían salir corriendo, aunque se contenían de hacerlo; luego, el sujeto se inclinó un poco y oprimió un botón plástico amarillo.

—Este es el interruptor de la maquina—y continuó—tengan cuidado de no meter la mano aquí o acá—indicó, señalando un espacio amplio que quedaba entre dos piezas del armatoste industrial; que a medida que sus ruedas dentadas empezaron a girar,

inició a prorrumpir un ruido similar al de un viejo automóvil al encender el motor, y dejó escapar también un aroma de aceite quemado.

Las jóvenes se observaron estremecidas, con la sola idea de que aquella entelequia mecánica seria su compañero de labores.

Seguido el hombre extrajo un llavero que extendió hacia Mariana.

Introdúzcalo ahí en esa ranura—indicó señalando a un costado de la maquina, la muchacha obedeció y enseguida él hombre giró un picaporte ubicado al lado de la estría.

—Ahora retire la llave y guárdela—

La joven asentó y la introdujo en el bolsillo de su pantalón.

—No la vaya a extraviar—

—no, descuide.

—Esto es muy fácil—dijo a continuación—ya vieron como se prende la maquina. La labor de ustedes es…—e inició a explicar en detalle los pormenores de su

actividad, como también los años de experiencia que tenia la empresa, la cual básicamente se dedicaba a fabricar y comercializar detergentes líquidos.

— ¿Estás convencida de esto Mari?—murmuró Dery, al oído de la chica.

—Hay algo que debo contarte ahora que salgamos—dijo con rostro acontecido su amiga—y me temo que nuestras opciones no son muchas, de cualquier modo deberíamos probar.

La muchacha lo entendió, tomó una bocanada de aire y siguió escuchando las indicaciones de quien sería su jefe; mientras su mirada se distraía en aquel aparato que no terminaba de entender.

Finalmente, quedó clara y establecida la labor, de aceptar, lo cual era prácticamente un hecho; estarían atrapadas en aquel sitio durante ocho largas horas. Cada una dispuesta en extremos opuestos; una alimentaria los tubos de liquido para llenar los envases plásticos, asimismo, acomodaría las etiquetas en el lugar adecuado para el marcaje y la otra aguardaría en

el final de la banda transportadora acomodando en cada caja, veinticuatro tarros llenos con el liquido.

—¿Queda entendido?—inquirió el guía.

—Sí señor, está claro—respondieran ellas al unísono.

—Respecto del pago se les cancela un porcentaje por caja, y se les pagará cada quince días.

—¡Esta bien!—asentaron ellas.

—Traigan copia de sus documentos para afiliarlas al servicio de salud—dijo el sujeto y continuó—si comienzan mañana mismo, mucho mejor.

—Si mañana, regresamos con los documentos—dijo Mariana.

—Bien—espetó él—a propósito, los únicos que permanecemos aquí somos Rodolfo, el señor que está en la oficina, y yo…ahora se los presento. Aparte de nosotros viene en la mañana el despachador y cada quince días la impulsadora que está en las cadenas de almacenes.

—¿Y cuántas impulsadoras son? –curioseó Dery, vislumbrando una posible ruta de escape hacia una labor menos dantesca.

Mas el sujeto pareció no escuchar o ignorar su consulta, mientras regresaban en dirección a la oficina.

Luego de conocer al otro propietario se despidieron y abandonaron la bodega, avanzando hacia la salida en silencio; sin atreverse a comentar lo que pensaba cada una. Ya paradas sobre el sardinel de la calle, se observaron con una mirada que lo decía todo; si en sus manos estuviera la libre decisión, definitivamente no habrían regresado.

Entonces, Mariana, con los ojos cuajados a punto de soltar en llanto, la observó torciendo la comisura de los labios. Dery, la miró con extrañeza, asumiendo que se trataba del desconcierto ante la idea de trabajar en aquel sitio.

—¿Que te ocurre amiga? Indagó

Pero Mariana, no hacía más que tomar bocanadas de aire para revelar un arcano que la mortificaba, y que finalmente, logró declarar, mientras dejaba escapar un par de lágrimas—

—¡Dery, estoy embarazada!—despidió como un estallido.

—¡Queeeee…!—

—No sé como paso, yo estaba planificando y…ayyyy amiga ¿qué voy a hacer?

—Vamos a una cafetería, tranquilízate un poco—pidió Dery.

Sentadas en la tienda, la joven consternada relató los pormenores de su desventura; no por la criatura que venía en camino, sino porque el padre ante la noticia se había esfumado, sin dejar rastro de su paradero.

Y atrapada en sus locuciones de dolor le contó cada detalle, ante la mirada aturdida de Dery, quien no tenía la más remota idea de cómo ayudarle, claro, consideraba que un hijo no es una tragedia; pero a

pesar de ello entendía la angustia de su amiga, e intentaba justificar el hecho desde la voluntad de Dios, y a través de su propia óptica hacerlo ver como una ventura que sobrevenía por alguna causa.

Pero su mirada clemente del mundo era insuficiente para pacificar aquel rostro cargado de frustración, vergüenza, dolor, y después de pagar el par de tazas de café, regresaron a casa, con la razón comiéndoles los ideales y una inquietud a cuestas, en una realidad, que parecía ensañarse contra ellas, bastaba conjeturar las pocas opciones que tenían, mas con todo el revés que se desplegaba, tendrían que regresar al día siguiente a la fabrica e intentar soslayar cuando menos sus adversidades económicas, la vida les estaba enseñando, fortaleciéndolas con una rudeza que estaba a punto de quebrarlas, tomaron el mismo transporte y se despidieron para encontrarse al día siguiente en el campus educativo.

XXXIX

La decisión estaba tomada y terminaron las dos jóvenes en aquella bodega luctuosa, empacando envases de detergente hasta terminar la jornada con las manos hinchadas y la espalda hecha polvo; en medio de la nube de serrín que desprendían las cajas de cartón. Además de todo, fastidiadas debieron solicitar traslado al horario nocturno de la universidad, para poder cumplir su labor y luego, adentrarse cada noche en las sinuosidades umbrías, de aquel monstruo inexorable llamado ciudad.

Para empeorar las cosas, el nuevo horario académico trajo consigo nuevas discordias entre Dery, y la dueña de casa; el giro que había dado su vida era sin duda inesperado, y veía como la ciudad tenía la capacidad de hacer un fárrago con la vida de todos. Entretanto, en el pueblo todos desconocían la situación de la muchacha, quien procuraba sobrellevarla con

entereza y palmario estoicismo; para no desfallecer en su intento de regresar un día a su terruño con la cabeza en alto. Con todo, cada noche era un nuevo suspirar, otra lagrima antes de dormir, un despertar ansioso y el inexplicable rechazo de quien le brindaba un techo; también por eso estaba reuniendo un poco de dinero, para tomar en arrendamiento una habitación y escapar de aquel ambiente hostil que la confinaba.

Empezaba a sentirse enferma física y emocionalmente, al verse en el espejo notaba su semblante pálido y su mirada ojerosa; seguía luchando por encajar en un lugar que no era el suyo. Al peinarse, mechones de cabello quedaban atrapados entre sus dedos, y el ánimo que intentaba infundirse era insuficiente. Además, estaba delgada podía notarlo en su ropa, y aquel bello y alegre rostro de otrora hoy lucia apagado, melancólico.

Pese a ello, y aun si considerara a la capital el más execrable lugar para ser habitado, tenía muy claro, que no había otro sitio para capacitarse y crecer; su

pueblecito podía resultar muy pintoresco, pero adolecía de cualquier oportunidad para ella, y no era justo pretender vivir bajo el cobijo, de los exiguos caudales de su progenitora. Con todo, lograba hallar un poco de paz a su atormentado aliento, sabiendo que sus seres querido estaban orgullosos de ella, de reconocer su fortaleza para sobrevivir en aquel bosque de asfalto. Y el sonido de la voz de la madre, de Sebastián, y Hans, la reconfortaba casi a diario; develándose estos como los pilares que sostenían su denuedo, ante los cuales se complacía en describir una realidad que ni en sus sueños acertaba.

Con quien más comunicación mantenía era con Sebastián, su amigo, con quien se parecía mucho; se conocían desde chicos, y en su voz este reconocía que las cosas no iban bien del todo, como ella lo describía. Hablaban eventualmente, por teléfono o lo hacían principalmente a través de internet.

Mentir siempre le había causado dificultad, claro que hasta entonces no había necesitado hacerlo, y así se

tratara de piadosas mentiras sentía que se engañaba ella misma y a quienes apreciaba; se estaba hartando de eso y necesitaba sacarlo de su sistema, de modo que aprovechó la confianza que había entre ella y su amigo, para desahogar la frustración que llevaba consigo.

Eventualmente, Dery, se tomaba un momento para ir a la biblioteca del claustro universitario y adentrarse en la red, en procura de hallar a Sebastián, a quien acertaba casi siempre dispuesto a brindarle aliento:

—Hola Sebas…

—Hola, Dery, discúlpame el otro día, que no pudimos hablar mucho; es que se presentó un inconveniente con unos despachos.

—Claro señor gerente, descuide— se rió ella.

—Bueno pero hoy si tengo todo el tiempo para ti, dime, como te va en la capital y el estudio…cuéntame…cuéntame.

La joven permaneció un rato sin teclear palabra, mirando precisada la pantalla del aparato.

—Holaaa ¿estás ahí?...—dijo Sebastián.

—Hola sí, aquí sigo, me distraje un momento.

—Dery, ¿te encuentras bien?

No me queda más remedio que decir que lo estoy, pero Sebas, a ti no puedo engañarte; esta ciudad es el lugar más frio que he conocido y no te habló del clima, sino de la actitud de las personas.

—¿Acaso has tenido inconvenientes con alguien?

—No…no es eso…bueno, excepto por la familiar de mamá, que es el ser mas antipático que he conocido.

—Caray, me entristece oír eso…¿Pero? ¿y la universidad? ¿Cómo te va con los estudios?

—También es un poco forzoso, dejan muchos trabajos de investigación y material para leer; aparte de ello, y te voy a pedir que no le cuentes esto a nadie…

—No te preocupes, puedes contarme.

—Tuve que empezar a trabajar y cambiarme al horario nocturno.

—Pero y ¿Por qué?

—Sebas, porque en la capital todo es costoso y no puedo esperar que mamá haga un esfuerzo mayor del que ya está haciendo.

—Y si regresas al pueblo Dery, mira, a mí me está yendo bastante bien—

—Gracias amigo sé que si en tus manos estuviera, sin pensarlo me ayudarías, pero ambos sabemos que en el pueblo no hay nada para hacer, por lo demás, el único trabajo disponible ahora lo tienes tú…jejeje—

—Ahora cuéntame sobre mamá, ¿has estado pendiente de mi viejita?

—Claro—dijo él—trato de pasar por su casa, casi a diario.

—Y como la notas ¿se encuentra bien?

—Sí, se encuentra bien de salud, no voy a decir que no esté triste; sobra decir que te extraña mucho, si bien, con su labor de modistería se distrae bastante o también asistiendo a la parroquia.

Durante unos minutos más seguía Dery, las líneas que emergían en la pantalla, con la mirada macilenta y

el ánimo contrito; pero al mismo tiempo con cierta sensación de ventura por los suyos.

XL

Era una tarde calurosa a principios del mes de Octubre, Dery, salió de su habitación, la misma que había jurado abandonar meses atrás, y en la cual seguía atrapada. Repasó con la mirada aquellas paredes que se figuraban en su presidio, suspiró, tomó su morral, abrió la puerta y descendió las escaleras; suplicando no tropezarse con la dueña de casa. La diplomacia se le había extinto en los múltiples saludos sin respuesta, por eso prefería no tropezarse con ella; juzgar que la casa estaba sola, le resultaba un alivio. Pero ese día no lograba sacarse del pecho una remachada ansiedad que la había acosado desde el despertar y apesadumbrada, abandonó la vivienda.

Antes de adentrarse en aquella selva hostil, cerró los ojos y se persignó. El sol era fulgente, pero el vaticinio de algo sombrío nublaba su andar; aquella tarde las emociones se le multiplicaban por cien. Se sentía en extremo alterable, el ruido de la calle y la predilección de los transeúntes por resultar grotescos, la incomodaban; no quería escuchar lisonjas, no quería saber de nada ni nadie. Era uno de esos días que se pueden denominar malos, si es que ya no había tenido suficientes como ese; ensayó concentrare en los temas de estudios, en lo que haría al llegar a clase, hablar un rato con su amiga Mariana, e intentar distraerse. Abusar del poco entusiasmo que en su corazón, se resistía a desfallecer, empero, todo le dolía: los recuerdos, la desazón, la ciudad, el sol, el trasporte abarrotado, los estribillos musicales, en los almacenes de repuestos que cruzaba a su paso; anhelaba meter la cabeza debajo de la almohada como hacia cuando era niña y contener la respiración, para abrir luego los ojos a un mundo que en segundos había cambiado. Se

distrajo un momento revisando su mochila, pensando que había olvidado un cuaderno y encontró en el fondo de esta una nota que hace días había recibido de parte de su amado Hans… como lo extrañaba, como ansiaba tenerlo a su lado.

Al llegar a la universidad, sintió que aquel oscuro presentimiento subsistía, empezó a temer lo peor, tal vez le hubiese ocurrido algo a su solitaria madre; no se sentía capaz de ingresar al aula de clase con aquella incertidumbre. Tampoco tenía carga en su teléfono móvil para comunicarse, así que se acercó al salón en busca de Mariana, quien estaba sentada en un pupitre de la segunda fila.

—Hola Mari—se aproximó la joven—¿Qué haces?

—Estoy revisando el taller de procesos de comunicativos ¿tú lo terminaste?

—Claro ¿necesitas ayuda?

—No descuida, solo verifico que haya dejado todo en el orden que iba. Ayer me acosté a las dos de la mañana, pero gracias a Dios, lo pude terminar.

—¿Pero y por qué traes esa cara?—preguntó a continuación Mariana.

—No se amiga…es una sensación apenas me desperté, como un augurio que no sabría explicarte.

—Hmmm… y ¿Qué puede ser?

—No lo sé, quisiera comunicarme con Sebastián, y preguntarle si todo está bien; como esta mamá…

—Ven, si quieres te acompaño a llamar—ofreció Mariana.

—Sí, tengo que hacerlo—suspiró la joven—pero mejor vamos a la biblioteca para conectarme a internet.

Salieron las compañeras camino a la torre donde se erigía la sala de consultas, llegando presentaron sus carnets estudiantiles y se sentaron frente a uno de los ordenadores. Dery, ingresó su clave y rápidamente envió un mensaje a Sebastián, quien para su fortuna aparecía conectado.

—Hola Sebas ¿Cómo estás? ¿Cómo va todo en el pueblo? y mi mamá ¿que sabes de ella?.

No hubo respuesta, mientras la muchacha observaba ansiosa, así que insistió una vez más; sintiendo el corazón en llamas.

—Hola Sebas ¿estás ahí?

Después de un rato saltó la contestación.

—Hola Dery, ¿Cómo estás?

—bien…bien ¿y ustedes? ¿y mi mamá?

—Tu mamá está bien…—respondió cortante el muchacho y no escribió nada más.

Dery, le conocía muy bien y empezaba a tener certeza que algo fuera de lo habitual ocurría.

—Sebas… ¿Qué pasa?

Un par de minutos después hubo respuesta.

—Dery, ehhhhh…¿tienes tu teléfono al alcance?

—Si claro…pero…

—Ya te llamo.

—Bien, espero.

El repiqueo del móvil inició al segundo.

—Hola…

—Hola Dery, ¿Qué tal?

—Bien, ¿Qué es lo que ocurre?

—Mira, Dery, siéntate y trata de estar tranquila—dijo con voz afectada el muchacho.

Evidentemente, estas palabras alteraron mucho más a la joven.

—¿Qué es lo que pasa? ¿le ocurrió algo a mamá?

—No…no…tu mamá está muy bien, no tiene nada que ver con ella.

—¡Pero entonces que es dime ya!—insistió Dery, con voz alterada.

—Eeeehhhh, ¿Recuerdas el incidente del otro día entre Hans, y aquel sujeto?

—Por supuesto, ¿cómo no recordarlo?

—Pues… Dery, por favor, trata de tomar con calma lo que voy a decirte—dijo con tono grave Sebastián.

—¿Qué paso? No me digas que le ocurrió algo a Hans…noooo…Sebas…

—Dery, escúchame…esta tarde aparecieron unos forasteros en el pueblo, entre ellos el mismo sujeto del otro día; el que el profe…golpeó, eran unos diez, llegaron directamente a su casa y se lo llevaron.

—¡No…Sebastián, no puede ser! ¿Dónde está Hans?

De repente, el semblante de Dery, palideció, giró hacia el costado donde permanecía Mariana; con los ojos desorbitados por la conmoción. La mirada la tenia perdida, nublosa, las manos le temblaban, tanto que dejó caer el teléfono sobre la mesa; resoplaba como si el aire le faltara y enseguida se desvaneció quedando tendida contra la pantalla del ordenador, que contuvo su caída hacia el suelo. Al ver la escena los compañeros que estaban a esa hora en la biblioteca, se apresuraron en asistirla.

Minutos después despertó en la enfermería de la universidad, recostada sobre una camilla.

— ¿Estás bien? —preguntó impactada Mariana, extendiendo su mano para acariciarle la cabeza.

Estaba fría…pálida, entonces lentamente recobró el conocimiento, y se sentó; pero su semblante seguía absorto. Alzó la mirada para ver a su compañera y una gruesa lágrima se le deslizó primero por su mejilla y siguió hasta la blusa.

Al segundo, la auxiliar de enfermería se aproximó a ella.

—¿Ya está mejor?

La muchacha no respondió y permaneció ensimismada un buen rato, como si las dos mujeres frente a ella no existieran.

Luego miró nuevamente a Mariana, con la contrariedad destrozando su bello rostro, invadida por la angustia más profunda que había sentido hasta entonces y gimió.

—Lo van a matar—

—Dery, eso no va a pasar—la consoló su amiga—yo hablé con Sebastián; la policía y el ejercito le siguen la pista a los delincuentes, además, él es un ciudadano extranjero, no le harán nada.

—¿Sabes? Iba a venir a visitarme—dijo con el aturdimiento que la embargaba.

—Tranquila amiga—todo estará bien, ya verás—dijo Mariana, dándole un abrazo.

Luego se incorporó lentamente y dirigiéndose al salón de clases se excusó con el profesor, quien fue comprensivo ante el quebranto de salud que había padecido.

Descuide Dery, entrégueme el desarrollo del taller y vaya a su casa a descansar—dijo.

—Gracias profesor.

XLI

Los días posteriores fueron intensos para la joven, sin lograr amainar la constante sensación de angustia que abrigaba en su ser; nada le provocaba, aun así debía cumplir con sus deberes. No quería seguir en la capital, empero, debía levantarse cada mañana y

continuar, pero la vida se le había vuelto un simple susurro; su andar era pausado, su debilidad aumentaba con el paso de los días y el descuido en la alimentación le ocasionaba bajar considerablemente de peso.

Pero su sacrificio era inútil, su mirada apagada y su corazón palpitante de tristeza no le devolverían el amor; el desprecio por la torpeza en el actuar de los hombres la hastiaba. Las palabras son insuficientes para describir el profundo dolor que sentía aquella joven, sufrimiento que no se abreviaría hasta tener noticias del alemán; buenas nuevas que desde el pueblo no llegaban. Cada día hablaba con Sebastián, con su mamá y la respuesta era siempre la misma:

-No saben donde lo tienen, pero la policía y el ejército están poniendo todo de su parte por liberarlo.

La asombrosa imperfección del estado, se exhibía en toda su incapacidad o falta de voluntad; solo eso podía conjeturar. Con la frente baja recorría las rúas de la capital, recordando como por temor el ser humano,

tiene a veces conductas irracionales, innecesarias. Salvo por que cada mañana se incorporaba de la cama, iba a trabajar y luego a la universidad, solo por eso, sabía que seguía vivía; pero la vida empezaba a atragantársele en la garganta, en el nudo formado en ella, en el llanto constante.

Llanto que también provenía del cielo, avivado en fuertes tormentas eléctricas durante los últimos días; frio, desazón. Y como rondas de muertes juguetonas, la madrugada se crispó durante tres largos días, estremeciendo la ciudad, golpeándola sin indulgencia, descollando sobre sus inútiles sumideros; la naturaleza se presentó sombría, e incluso los que se revelaban valientes sentía tremor ante aquellos bramidos que descendían del cielo. La dueña de la casa rezaba en su habitación; Dery, por su parte básicamente era un zombi, impasible ante la braveza que ambicionaba arrancar puertas y ventanas de sus marcos. Y al llegar a casa se aferraba a la estatua del David, regalada por su tía, como si del propio Hans, se tratara; y podría

jurarlo que una madrugada sintió que estaba allí, en la cabecera de la cama junto a ella, y a esa misma hora la tempestad se detuvo súbitamente y su corazón se sintió sosegado. Por primera vez en tantas noches logró dormir.

A pesar de todo, aún centelleaba en ella una exigua luz de esperanza por recuperar a Bermer, y en ocasiones esta intentaba fulgurar briosa, cuando algún campesino de la región creía avistar a los sujetos, llevando consigo al alemán; pero bastaba con que despuntaran los operativos en la zona indicada, para que todo concluyera en una frustración todavía mayor. La llave de la libertad parecía pérdida, la de Hans, y la suya. Su ausencia le calaba en los huesos, en la casa permanecía siempre oculta, como un intruso velando su rostro; los últimos encuentros con la señora habían pasado de la indiferencia a los reclamos. El dinero que proveía la muchacha no era suficiente, era ese reclamo, y para colmo de males el trabajo en la fábrica se había terminado.

La capital le resultaba enervante, su ruido, su indiferencia, el caos que era su vestir habitual; la corrupción que emergía desde su suelo, la risa hipócrita de los ciudadanos. Añoraba lo perdido, lo vivido pocos meses atrás, pero el mundo se expresaba tan imperfecto cual es; deseaba regresar al pueblo y adentrarse ella misma en aquellas montañas y rescatar su amor extraviado, sin embargo, el traquido de su corazón le revelaba una certeza agobiante: no había nada que pudiera hacer.

Los últimos sucesos de su vida le habían modificado el carácter, borrado la sonrisa del rostro, su andar era grave y pesaroso; de su única amiga en la capital Mariana, apenas si tenía noticias. Esta había abandonado la universidad, porque el dinero no le había alcanzado para pagar sus obligaciones, era comprensible, se trataba de una niña preñada, no solo de un hijo, sino también de necesidades.

Dery, se adentraba cada día en la capilla de la universidad, buscando refugio, y a fe que un podo de

ello conseguía; incluso entre oraciones mezcladas con sollozos. Luego se apresuraba hacia el salón de clases, aun cuando en su cabeza escaseara el espacio, para las elucidaciones académicas, y al final de la jornada, el discernimiento se le volvía una maraña de ideas confusas.

XLII

Los días se ensancharon en semanas, y con los antecedentes de un país asolado por la injusticia, trascendía hacedero que esas semanas serian meses o incluso años; la lección que la vida enseñaba a la joven, era sucinta, lo que se quiere no siempre es ¿Qué debía hacer? ¿Seguir esperando una noticia que no llegaba?

Con todo, no podía controlar sus emociones, esperaría por él; el tiempo necesario. Cerraría su corazón para proteger su recuerdo dentro de este, eso haría.

En la impaciencia de cada final de jornada, llegó una noche a casa, como de costumbre directo al cuarto sin hacer pausas; se sentó sobre el filo de la cama, sintiendo que el aire le escaseaba. Ensayó tomar una bocanada de aire para llevarlo a sus pulmones y un fuerte dolor en el tórax la precisó a arquearse.

Extrajo de su mochila fotocopias y cuadernos, y abrió estos últimos echando un vistazo a las actividades pendientes; leyó y releyó las líneas sin lograr concentrarse. Esperando que su cabeza abriera el camino del entendimiento, de pensamientos desiguales a los de su congoja, pero resultó inútil; la sonrisa de Hans, le saltaba en la mente. Continuó sentada y del cajón de la mesita de noche, tomó las notas que este le escribía, las desenrolló y se prolongó en cada palabra:

"Debes saber que también yo te extraño, tu alegría hace más amable mi existencia; pero niña no te preocupes, aun las crisis no son reales en la medida que lo entendamos de esa manera. Si somos consientes que toda

realidad, es una decisión propia y que aquello que percibimos al mirar las estrellas, es parte de lo que nosotros mismos somos; si reconocemos que el ser humano es una fuerza universal y entendemos que es ella, quien nos permite viajar por el universo en el vehículo de nuestra conciencia; entonces el tiempo perderá su relevancia"

Sus palabras incluso escritas en un simple pedazo de papel, le generaban sosiego, le descansaban las ideas; lo apreciaba próximo, cercano. Podía sentirse descansando la cabeza sobre su pecho, se había amargado era cierto, pero eso no echaba por tierra que Hans, le hubiera mostrado algo muy valioso.

Y recordó sus palabras, durante uno de los mágicos atardeceres que compartió a su lado:

"Mi Hermosa niña, cuando tu ánimo decrete que ha llegado el momento propicio; suavemente cierra tus ojos, deja que el tiempo te lleve consigo, respira con calma hasta que el único sonido sea el propio latir de tu corazón

cada vez más pausado, en la armonía de cada pulsación que se pierde en el espacio. No temas, ni permitas que tus creencias interrumpan ese momento supremo, solo deja que el tiempo te lleve”

Entonces sintió una profunda paz que controlaba sus sentidos, como un vistazo a épocas mejores junto a sus seres amados; la madre, Sebastián, los amigos y vecinos, por supuesto, también Hans Bermer. Se recostó y descansó su cabeza sobre la suave almohada y al instante se sintió liviana, como si flotara en el aire, como una pluma que se deja llevar por el viento.

Luego abrió los ojos y lo que vio a continuación la sorprendió sobremanera. ¿Era un sueño?

Pues se veía a sí misma en un lugar ignoto de increíble belleza. Estudió con la mirada cada rincón de aquel espacio, disímil de cualquier otro que conociera; no era la ciudad, estaba segura, como tampoco el pueblo. Sus labios se entreabrieron sorprendidos, al apreciar una enorme comarca

engalanada de una majestuosidad nunca vista; en la cual se erigían enormes efigies representando hombres, mujeres y niños con expresión radiante. Y en medio de una inmensa fuente de donde surgía un manantial de agua cristalina, una escultura gigantesca símil al David, pero en su rostro podía asegurarlo acertaba el de Hans, el alemán. ¿Qué era aquello? ¿Dónde se hallaba?

Parecía tan real, tan intenso y vívido; no figuraba un sueño lo sentía en su piel, con todos sus sentidos activados. Cerraba los ojos y los entreabría de nuevo, y ahí frente a ella el solemne espectáculo persistía; con perplejidad avanzó hacia las esculturas, curioseó, palpó, y sumergió las manos en aquella fuente fría y cálida a la vez. Nada sugería que se tratara una quimera o un espejismo ¿era posible?

Por un instante dejó de lado el embeleso, para adentrarse en los recovecos de su conciencia y rumiar la razón que la situaba en aquel paraje

¿había muerto? ¿Era eso? ¿Llegarían al cuarto y encontrarían su cuerpo tendido sobre la cama? ¿Cuánto sufrirían quienes la amaban?

Pero la razón le dictaba otra cosa, en efecto sus recientes días habían estado cargados de tristeza, mas su salud era estable.

Y mientras pugnaba por acertar la sabiduría, en la visión develada ante sus ojos y una cálida brisa halagaba su cuerpo; giró para seguir contemplando la majestuosidad de aquella urbe. El fondo de esta se ataviaba con un colosal palacio, el más grandioso jamás visto; disímil de cualquiera existente, visto alguna vez en cualquier rincón del mundo y su arquitectura figuraba una mixtura entre el antiguo diseño griego y una innovación futurista. Empero, resultaría arduo describirlo, pues incluso sus tonalidades fulguraban con rayos multicolores, como una titánica fuente de energía.

De pronto de aquel palacio, emergieron las figuras de cuatro hombres vestidos con trajes

blancos, como túnicas, Y lo que vino a continuación le hizo sacudir la cabeza con incredulidad al principio, luego con júbilo.

Respira…Dery…respira…allí del otro extremo cruzando la puerta del majestuoso alcázar, irrumpió la imagen de Hans Bermer, el alemán. Era él, no había duda, por inverosímil que resultara; quien venía precedido por las personas ataviadas con túnicas. Dery, rió mientras cruzaba avivadamente, para vencer el amplio espacio que la separaba del hombre que le había enseñado un día, que el ser humano es una fuerza capaz de cruzar el infinito de sus sueños, para alcanzar lo que anhela. Seguía riendo alborozada, ya no importaba como había conseguido traspasar las fronteras del espacio y el tiempo; en su corazón no existía duda de la capacidad humana para transformar su mente, en una potencia capaz de controlar los principios universales. Olvidada quedaba la tristeza, el desconcierto, los inexplicables hechos de seres

confundidos por el temor; lejano resultaba aquel lugar sin tiempo en el que la humanidad muere sin despedida. Ahí estaba en medio de una ciudad que lograba entender que es el hombre, quien dotado de una fuerza divina que fluye eternamente, define la forma misma del universo. Una ciudad que se había reencontrado con el MegaDios.

Sostuvo la mirada rebosante de emoción, y manifiestamente, consiguió comprenderlo; no despertaría porque no se trataba de un sueño, ya jamás estaría preocupada ni tendría que resistir los embates de la vida…finalmente, se detuvo. Despegó los labios y sintió la emoción rebosando en su pecho cuando dijo:

–Te quiero—

FIN